



4

ST PR

<b>BIBLIOTECA UNIVERSITARIA</b>
<b>LAS PALMAS DE G. CANARIA</b>
N.º Documento <u>487746</u>
N.º Copia <u>487750</u>

OBRAS DE CLAUDIO DE LA TORRE

EL CANTO DIVERSO (agotada), 1918.

LA HUELLA PERDIDA, 1920.

EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE, 1924.

EN P R E N S A

EL VIAJERO.

EN P R E P A R A C I Ó N

SUR.

EL LABERINTO DE ESPEJOS.

EN LA VIDA DE MR. CUBAS.

A Santo, que vive siempre en  
el rincón más querido de mi  
amistad, donde cantan los buenos  
poetas -

Claudio .

Agosto de 1.924

EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE

A 2 años de que se iniciara en  
vencer una guerra mundial  
donde se luchó a muerte, fatigando  
- a todos

(Banco)

1914 a 1918

**ES PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES**

CLAUDIO DE LA TORRE

EN LA VIDA DEL  
SEÑOR ALEGRE

NOVELA

PREMIO DEL CONCURSO NACIONAL  
DE LITERATURA, 1923-1924



RAFAEL CARO RAGGIO, EDITOR  
MENDIZÁBAL, 34, MADRID

*TO*  
*MURIEL ALEXANDER*

**PRIMERA PARTE**  
**ABRIL Y MAYO**

HA habido desde entonces tal sucesión de pequeñas anécdotas, y han transcurrido relativamente tantos años, que apenas podría hoy fijar, de modo absoluto y preciso, cuándo y cómo hice conocimiento con Mr. Bright, el héroe de mi historia. Sólo recuerdo que le conocí en Sevilla, en una primavera inolvidable; creo que la primera primavera después de comenzada la guerra del 914, o séase en 1915. Digo que le conocí y, en realidad, yo no hice mas que saludarle muy de cuando en cuando y siempre en ocasiones vanas y pasajeras. En cambio, con más frecuencia, oí hablar de Mr. Bright, quien, por lo visto, era un ser un tanto singular y un mucho aficionado a sorprendentes aventuras. De su tipo, de su persona física, apenas quedan en



mi memoria unas cuantas líneas borrosas, francamente simpáticas.

Esto me parecían a mí. Pero noté que aquel desaliño suyo, aquella torpeza de movimientos, aquel lento maniobrar de los brazos, pegados siempre a las caderas, que lo hacían tan rotundamente cordial, no eran apreciados con exactitud, en su total virtud y armonía, por el resto de personas y amigos que le rodeaban. Hasta sospeché, a veces, que servían más a mover la risa y el comentario, que a la secreta adquisición de afectos y lealtades. Supe, más tarde, de perversas intenciones: quisieron en cierta ocasión vestirlo de torero y hasta lo pusieron delante de un novillo, allá en una de las ventas camino del hipódromo. ¡Llamémosle así! Mr. Bright se dejó alucinar, como buen inglés, por la promesa del nombre, y no resistió la tentación alborozada de subirse a un coche de amigos que le empujaban ruidosamente. Allí disfrutó dulces sorpresas: carreras constantes de tres y hasta de dos caballos —uno de ellos, casi siempre,

propiedad de un duque, cuyo nombre se pronunciaba en voz tan baja y respetuosa que adivinábanse en seguida las excelencias de la cuadra—. Mr. Bright jugó, por tanto, a estos caballos, o, como él decía derecho en su silla para no perder los incidentes de la carrera, y procurando maliciosamente un juego de conceptos: “yo estoy, por lo menos, colocado”. Disfrutó, también, de las delicias del *stand* minúsculo, familiar, como el *court* de su casa de campo en Epsom, si bien este de ahora sombreado tan sólo por una hierba pajiza, como regada con manzanilla, que crecía a trechos, mezquinamente.

—Farta de agua en la tierra der buen vino —le explicaron.

—Pero, ¿y el río? —preguntó Mr. Bright, abriendo asombrado los ojos.

—Er río es pa navegá —le contestaron alegremente.

Mr. Bright sonrió. Verdaderamente, aquella gracia la tenían solo los españoles.

—¡Y que lo digas tú, inglés! —sentenció uno de los amigos, haciendo un guiño de inteligencia a los otros.

Mr. Bright estaba encantado. No cesaba de admirar aquellas bellas muchachas de los palcos, nerviosas y elocuentes, de espaldas a la pista, engullendo entre carcajadas sabrosas golosinas. Los hociquitos se arrimaban glotones a las sagradas yemas de San Leandro, mientras la mano, mundana y ágil, levantaba, como en sacrificio, la sangre pálida de la manzanilla.

Claro está que Mr. Bright comprendía, confusamente, el porqué de este espectáculo en unas carreras de caballos y hasta llegaba, en el fondo de sus convicciones, a encontrarlo desprovisto de toda lógica. No acertaba a entender la realidad de tan grande indiferencia ante el espectáculo que, precisamente, les había reunido, o, lo que era más inmediato a sus positivas percepciones, no llegaba a comprender el sacrificio económico para no ver un espectáculo al que asistían pagando. Pero éstas eran ridículas econo-

mías —pensaba Mr. Bright—, de las cuales se reiría seguramente cualquiera de estos románticos españoles.

Más tarde comprendió la causa. El ambiente se hizo tan extremadamente tierno, tan afectuosamente sincero, adquirió tal tono de familiaridad la general conversación, tan desiertos estaban los alrededores de la pista, limpios del bajo pueblo de curiosos que se amontona en otras latitudes en esta clase de reuniones, que aquel grupito de personas selectas, únicos espectadores aislados en un rincón de la campiña, agrupados alrededor de unos maderos, daba al espectáculo, a todo el paisaje, bello y dilatado, como un barniz doméstico, lo limitaba a proporciones caseras en las que una virtud cordial y democrática esfumaba las líneas y respetos para que se mezclaran, calurosa y momentáneamente, aquellos seres privilegiados, capaces de coincidir y adivinar la hora más elegante del día.

José María Alcántara, maldiciente y formal,

aseguraba que todo era milagro de la manzanilla.

—Acaso del *champagne* —añadía, en una inexcusable rectificación.

Pero Mr. Bright, a fuer de extranjero correcto, capaz de gratitud cuando se le brindaba la hospitalidad más íntima, afirmaba muy serio que todo aquello brotaba espontáneamente del corazón.

Pronto le invitaron a los palcos. Fué presentado cortésmente a dos o tres familias, hasta que uno de los amigos que le acompañaba, que había estado en Gibraltar, recordó de pronto, con grandes aspavientos, que el nombre de Mr. Bright podía traducirse: Mr. Alegre. Y entonces, sucesivamente, fué presentándolo entre gran algazara por toda la fila de palcos. Alguien, un poco bebido sin duda, llegó a gritarle desde uno de ellos:

—¡Olé los flamencos con nombre!

La ocurrencia se celebró y los jaleos se generalizaron entre bromas. Mr. Bright, confuso,

sin abandonar su sonrisa, repetía a un lado y a otro, deshaciéndose en cortesías:

—¡Encantado, encantado!

Por fortuna, un incidente de las carreras desvió la atención unos segundos. Se corría la última prueba de importancia, el “Gran premio” de Sevilla: un caballo catalán y otro caballo del famoso duque. Mr. Bright estaba extraordinariamente sorprendido de la insospechada parquedad de los españoles.

—¡Sólo dos caballos en ocasión tan solemne!

Con una torpeza inconcebible exteriorizó su entusiasmo, y vió compungido, con un sincero malestar, que sus palabras producían un efecto detestable. Alguien le preguntó, muy severo, si hablaba “con segunda”. Mr. Bright no entendió, y se le quedó mirando boquiabierto, dolorosamente impresionado.

—Porque ha de saber usted —le explicó su vecino, un señor de aspecto venerable—, que aunque esta prueba no tiene muchos competidores, como usted ha observado, es, sin embargo,

de una gran importancia. Seguramente usted no ignora nuestro viejo pleito con Cataluña. El pleito, en realidad, es con Madrid: que si Barcelona, que si la calle de Alcalá, que si las Ramblas... En fin, menudencias.

Mr. Bright continuaba boquiabierto, esperando, sin duda, conclusiones más concretas.

—Ante Cataluña —continuaba el orador, esta vez un poco azorado porque la explicación se iba haciendo larga—; frente a Cataluña nos unimos todos: los del Norte, los del Sur, los del Este... Porque Sevilla también tiene sus bellezas. Habrá usted visto su parque. En fin, aquí van a correr dos regiones, dos puntos de vista, dos políticas.

Mr. Bright se preparó a la carrera increíble. El punto de vista catalán era bastante más ligero, impetuoso, dando trancos mecánicos y rápidos hacia la meta. El otro punto de vista era más perspicaz, recogido, conteniendo un galope descompuesto. Ya mediaban la pista.

—¡ Ahora ! —apremió alguien al oído de mis-

ter Bright, mientras le apretaba convulsivamente el brazo.

Y como si en lugar de apretar el brazo del inglés apretase un terrible botón eléctrico, el punto de vista catalán rodó por los suelos al tomar una curva. Castilla, aligerada del freno en este instante, pasó como un relámpago junto a su rival y se precipitó, libre ya, suelta y vigorosa, en línea recta hacia la meta, mientras el público en pie, delirante, ovacionaba el victorioso arribo.

Un personaje, alto y óseo, escondido hasta ahora en una pequeña tribuna, colocada en un extremo del *stand*, apareció en la escalinata secándose el sudor de la frente, con gesto de gran cansancio. Las manos enloquecidas revolotearon hacia él, en un movimiento circular y unánime, y le soltaron la ovación como un chocar de alas de madera. El personaje limpiábase con gravedad la frente y dibujaba en sus labios una maliciosa sonrisa, fruto de su experiencia y, acaso, de su inexperiencia.



Pero el triunfo fué rotundo, definitivo. Hasta Mr. Bright se sintió transportado, arrebatado por aquella ola de optimismo, y aseguró a grandes gritos que sólo en España se veían carreras tan emocionantes. Sus amigos le rodearon, le levantaron en alto, y al son de una marcha popular le zarandearon de lo lindo por los aires. Mr. Bright se sofocó y pidió que lo dejaran en el suelo.

Él no podía hacer aquellos esfuerzos; estaba enfermo, convaleciente. Había venido de la guerra a curarse de una herida en el pecho, al borde mismo del pulmón. Los médicos habían recomendado a su madre que lo enviase al Sur, a un país templado.

Mr. Bright se empeñaba en contar su historia, su pequeña historia de héroe, pero los amigos no le oían ya.

—¿Una copa, Mr. Alegre?

No, nunca bebía; le estaba absolutamente prohibido. ¿No lo sabían? El médico quería salvar su pulmón...

Pero al calor del vino y la merienda surgió el plan maquiavélico. Una de las muchachas del palco, una muchacha jerezana, alta y rubia, opulenta, se le acercó con una copa en la mano. El brazo, desnudo hasta más arriba del codo, se perdía después bajo una gasa, veladamente incitante, bañado por tibia humedad. Otros tules cubrían el pecho, la espalda, dando la sensación de verla desnuda, vestida, alternativamente pudorosa y lúbrica. Mr. Bright bajó los ojos y adivinó las fuertes piernas, los muslos macizos; todo ello cayendo como una firme arquitectura sobre los zapatitos de raso. Mr. Bright se excusó, balbuciendo:

Ya sabían, estaba enfermo.

Pero la muchacha, risueña, jugándose ya su amor propio ante las incitaciones y burlas de los demás, le acercó la copa a los labios, al mismo tiempo que inclinaba su busto y los tules se entreabrían en deliciosos pliegues. Bright sintió llegarle al cerebro como una brisa perfumada que le desvanecía. El respirar de la

muchacha, templado y rítmico, ardoroso al pasar entre los labios, brillantes y rojos, le abrasaba de lleno la cara. Mr. Bright cogió la copa y la bebió de un trago. La hazaña fué coronada con aplausos. Bright, jadeante, se limpiaba los labios con un pañuelo, fijando la vista en su Dalila. Ella estaba triunfante, con una nueva expresión en la mirada que le agrandaba luminosamente las pupilas.

Tenían, sin embargo, que despedirse. Se propuso la última copa. Ahora las muchachas no beberían. La jerezana sirvió en la suya, y esta vez sin palabras, sin un gesto, como cosa convenida, se la ofreció al inglés. Este, sin titubear, la bebió sonriendo.

—Ya sabe usted que somos paisanos —le dijo ella al despedirse—. Mi abuelo era un inglés; mi nombre es Alford.

Entonces, alguien propuso que brindaran juntos. Se sirvieron dos copas, que bebieron ambos mirándose a los ojos. Y con un largo

apretón de manos, que al aflojarse se escurrió hasta los dedos, se despidieron por fin.

Mr. Bright estaba contento. ¿Quién se acordaba, en efecto, de las carreras? Allí quedaban los caballos, embutidos en sus jaulas, asomando nerviosamente el agudo hocico por los portales. Los concurrentes pasaban sin mirarlos, en animadas discusiones que se confundían con los gritos, al otro lado de la cerca, llamando a los *chauffeurs*, con las broncas bocinas de los automóviles. Aún pudo ver a la señorita Alford en el momento de subir a su coche, un magnífico Rolls azul, con su capota charolada de gris perla. Y, entonces, sucedió algo inaudito, extraordinario. La señorita Alford, antes de sentarse, ya dentro del coche, se volvió rápidamente hacia donde estaba Bright con sus amigos y le envió furtivamente un beso. Los amigos abrazaron a Bright y, al pasar el Rolls, solemne y silencioso, pudieron oír como una risa ahogada que venía del interior. Los amigos volvieron a abrazarlo, mientras que Bright, un

poco contrariado, hacía por desprenderse de sus brazos. Sentía como una opresión en el pecho, resultado, seguramente, de tantas emociones.

Subieron al auto que les esperaba. Por el camino continuaron las bromas y hasta las insinuaciones groseras. Le pidieron que jurara sobre un casco de botella vacío que no cejaría hasta averiguar si la señorita Alford usaba pantalones, y que lo comunicaría inmediatamente a la reunión. Mr. Bright, avergonzado, confesó a media voz:

—Yo creo que es una señorita.

—¡Cómo una señorita! —le replicó airadamente uno de los más borrachos—; es nada menos que una Alford, de las familias mejores de Jerez; una chica riquísima y virtuosísima. ¡Habrase visto el majadero!

—Lo ha tomado en serio —comentó una voz de bajo, vinosa.

—En serio, ¿el qué? —repetía Bright, aún más avergonzado.

—Señores —dijo Pepe Alcántara, rompien-

do por una vez su indiferencia—: dejemos a Isabel, que, al fin y al cabo, va a casarse con un amigo, y entremos en esta venta desagradable. Hay buen vino.

El coche pasó un puentecillo y se detuvo a la puerta de una venta de rústica apariencia, distinta en su exterior apacible de sus hermanas reales las famosas Antequera y Eritaña. Pero esta de ahora tenía también su especialidad.

Los amigos cruzaron un amplio jardín en desorden y subieron a un terrado. Sonaron las palmas y se pidió manzanilla con tapas, más tapas que manzanilla, pues todos sentían la necesidad de navegar con lastre. Aquella noche se presentaba buena: baile en el Casino y en Labradores y, a la madrugada, Dios sabía dónde.

Mr. Bright, esta vez, se negó rotundamente a beber más. Haría cualquiera otra cosa menos eso.

—Mr. Alegre se ha quedado triste —sugirió el que había estado en Gibraltar.

—¡Pss, el amor! —dedujo otro maliciosamente.

—Vamos a dejar esto —dijo de pronto mister Bright, muy serio. Pero, arrepintiéndose luego, volvió a sonreír mansamente y rectificó en voz baja—: si a ustedes no les molesta.

—¡Venga aquí el cordero Pascual Bright! —gritó el de la voz de bajo—. Y bébase esta copa conmigo que soy su amigo.

Y le atenazó por el cuello con sus manazas de gañán, obligándole a mojar los labios.

—¿Se llama usted Pascual? —preguntó Alcántara distraídamente.

—No, señor; Richard Bright, Ricardo Alegre —añadió sonriendo—. No sé por qué me ha llamado Pascual.

—¡Flamencutis! —volvió a gritarle el de la voz de bajo, hudiéndole el estómago con un dedo inflexiblemente tieso.

Bright palideció y se llevó las manos a la

frente. La venta le dió vueltas. La respiración se le precipitó, produciéndole ahogos. Tuvo que sentarse. Los demás, asustados, le rodearon.

No, no era nada; un pequeño mareo. No se intranquilizaran por él; nadie tenía la culpa. ¡Aquel dichoso pulmón!

Serenóse poco a poco y, entonces, se empeñó exageradamente en que se olvidara el susto. Él, cuando estaba en el Colegio, en su primer Colegio de Croydon, era un compañero divertido, todos le llamaban para divertirse: jugaba a la pelota, organizaba carreras en sacos, excursiones por el campo; en fin, se divertían mucho. Claro está que entonces tenía salud y, en cambio, ahora... Pero él no quería ser un compañero triste, él quería volver a ser divertido...

Sus amigos andaluces le oían pasmados. El de Gibraltar rompió el silencio:

—*I say*, ¿no jugaban ustedes al toro en... en... en ese colegio?



—No digas extravagancias —murmuró Alcántara.

—Venga usted, venga usted aquí —llamaba el otro a Mr. Bright, asomándose al pretil de la azoteilla.

Mr. Bright se acercó y descubrió al otro lado del jardín, un poco enterrado, como un estanque vacío, de regulares dimensiones, marcando el centro de sus paredes, aunque un poco distanciadas de ellas, unas vallas de madera, de poco más de un metro de altura.

—¿Qué es esto? —preguntó Mr. Bright con curiosidad.

—Esto es un corral —se dijo en tono religioso.

Bajaron a explicárselo. Por cinco duros se podía torear un becerrete que salía por aquella puerta sucia. Podían verlo por una rendija. Mr. Bright miró, pero apenas distinguió un bulto más obscuro que las sombras del cuarto, inmóvil, como escuchando a su vez. Se daban los cinco duros y se tenían becerro y capote.

Claro está que la cosa no era fácil, pues aquel becerro ya era viejo y estaba muy toreado. Salía, desde dentro, cantando en latín.

Aquellas vallas eran los burladeros; ¿comprendía Mr. Bright? En caso de apuro, algo así como una bendición. Se escurría uno entre la pared y las maderas y ya podía el torete buscar una entrada. Lo peor era la salida.

Se habían alejado. En este momento sonó un voz estentórea en lo alto del terrado, imitando los toques de un clarín. El amigo que daba las explicaciones, más ducho en armonías musicales, reconociendo la sinfonía pavorosa, no bien la hubo oído dió un salto maravilloso y quedó junto a la puerta. La abrió y desapareció, en el mismo momento en que otra puerta misteriosa se abría en silencio por el mismo lado. El torete apareció en la arena, mientras arriba se oían las voces indignadas de Alcántara, que gritaba:

—¡No seais bárbaros, no seais salvajes!

Mr. Bright se quedó aterrado, sin hacer mo-

vimiento alguno. Dijérase que las piernas no le obedecían o que una sorpresa enorme, superior a sus emociones, lo había inmovilizado. El torete escarbaba la arena, receloso y con que-  
rencia. De pronto se arrancó. Mr. Bright lanzó un grito y se tiró a un burladero. Recibió un golpe en el pecho y cayó detrás, encajonado, a todo lo largo de su cuerpo, dejando la cabeza al descubierto por el otro extremo. El animal embistió, haciendo saltar las astillas. Los amigos se precipitaron al ruedo, desplegando las americanas, llamando a gritos al becerro. Hubo sustos, carreras. El becerro fué de nuevo encerrado.

—Esto es criminal —decía Alcántara vociferando—. ¡Voy a prender fuego a la venta!

—Pero, mí osté, señorito —se excusaba el ventero—, er señorito lo mandó.

Y señalaba al de la voz de bajo.

—A ti, lo que te digo —repuso Alcántara, encarándose descompuesto con su amigo—, es que eres demasiado animal.

—Oye tú, oye tú —dijo el otro, amoscado—; que no es para tanto. Cuidado con lo que se dice.

Ya los mozos del establecimiento traían a Mr. Bright. Estaba sin sentido, intensamente pálido; un hilito de sangre le señalaba un pliegue de la boca.

Lo tendieron en la cama de la ventera y le desabrocharon el cuello rápidamente.

—¿Y si estuviese muerto? —exclamó Alcántara de pronto—. ¡Qué gracia, eh, qué gracia!

—No exageres, hombre —decía, ya pesaroso, el de la ocurrencia—; esto no es nada. Por supuesto, esto me pasa a mí por salir con enclenques. Otra vez no me sucede.

Bright volvía poco a poco a la vida, aunque quejábese de fuertes dolores en las costillas, en el pecho, en todo el cuerpo. No podría levantarse. Sentía, además, como una excitación nerviosa, acaso fiebre.

—No se apure por eso —le decían—; nosotros le llevaremos hasta el coche.

Y así fué: cargadito sobre cuatro brazos, como un torero al salir de la plaza en una buena tarde.

—Tenga usted ánimos —decían alentándole—. ¡Si le viera a usted ahora la señorita Alford! ¡Vaya un Don Juan!

Bright hacía esfuerzos por sonreír, por mantenerse firme; pero la cabeza se le doblaba sin querer, desvanecida.

Tarde llegaron al hotel. Aún pararon en otras ventas, por el camino, para remojarse el susto. Mr. Bright les esperaba inmóvil en su asiento, apoyando atrás la cabeza, con los labios entreabiertos, respirando el aire fresco del crepúsculo. ¡Qué mal se sentía! ¡Y qué gusto si pudiera ir a su casa ahora, tenderse en su cama de estudiante, mullida y perezosa, oír el silencio del jardín por la ventana abierta y mirar el cielo, su cielo inglés, triste y nublado!

Las campanas de un reloj de la ciudad sonaron a lo lejos. Venía su sonido envuelto en una ráfaga que se acercaba y se detenía en las

copas de los árboles, sacando nuevas vibraciones. La brisa de los jardines traía el perfume de los azahares en flor. Mr. Bright sentíase aliviado, confortado por tanta maravilla.

La entrada en el hotel fué un episodio extraordinario, cruzando la triste comitiva por entre las mesas del hall, ocupadas totalmente de forasteros, gente de fiestas preparada ya para la noche, rebrillando los smokings junto al mate descote de las damas, entre el susurro de las conversaciones discretas y el volar cauteloso de los abanicos. El patio del hotel, de un sevillanismo artificial y alegre, presentaba un aspecto brillante. Bebíanse aperitivos diversos por las mesas, sembrando la superficie de lucecitas rojas, blancas, amarillas. Alguna cabeza rubia destacábase como una flor exótica en aquel mar agitado de cabecitas negras, lustrosas, con adornos transparentes de concha. Los hombres, correctos, estirados, más morenos sus semblantes sobre la pechera inmaculada, comentaban los incidentes de las carreras de

aquella tarde, las piernas visibles de aquella noche; todo un confuso alborotado mundo.

Al aparecer Mr. Bright en el hall, sostenido por sus compañeros, se promovió una general curiosidad. Era, en efecto, bien extraño el grupo que formaban estos cuatro o cinco amigos, aún con los trajes de la tarde, empolvados, descompuestos, con la huella bien alarmante de sus correrías y andanzas. Pero, más que en ningún otro, la atención pareció concentrarse a los pocos momentos en la figura humilde y solícitamente atendida de Mr. Bright.

—Oye, José Mari —llamó a media voz un mocetón de smoking, levantándose de su mesa y adelantándose al encuentro.

Alcántara se separó del grupo y acercóse al que le llamaba.

—Oye, dime: ¿es ese el inglés fantástico que habéis llevado a las carreras?

—Sí; Mr. Bright, una persona excelente.

—Y dime: ¿es verdad que se declaró en las carreras a Isabel Casa-Manrique?

—Hombre, no; esas son invenciones. No ha habido nada de eso.

—No sé —respondió el otro, alejándose desilusionado—; por ahí lo oí decir.

Alcántara volvió a reunirse a sus amigos, que ya empezaban a subir la escalera empujando suavemente a Mr. Bright.

Mr. Bright fué acostado en su cama, abrigado hasta el cuello, pues tiritaba de frío, y todos se despidieron de él, deseándole buena noche y después de dar instrucciones a los criados para que llamaran al médico del hotel y entraran de vez en cuando en la habitación por si al enfermo se le ofrecía alguna cosa.

Cuando se disponían a salir del cuarto, mister Bright hizo un esfuerzo y llamó a uno de sus amigos. Sin hacer movimiento que le desabrigara, le preguntó con voz cansada:

—¿Por qué esta tarde, en las carreras, me apretó usted el brazo y me dijo: “¡Ahora!”, poco antes de que cayera uno de los caballos?

El otro se acarició la frente, como tratando



C L A U D I O   D E   L A   T O R R E

de recordar, y dijo al cabo, levantando la vista :

—Aquello fué casual. Yo sólo sabía que en esa curva de la pista se ha amontonado mucha arena con motivo de no crecer la hierba y hacer más dura la llegada. Eso no lo saben los caballos nuevos ; es una buena prueba. ¿Algo más, Mr. Bright ?

Mr. Bright sonrió y cerró los ojos.

## II

Durmió bien, mejor de lo que esperaba, y, al despertarse por la mañana, ya entrado el día, notó alegremente que la fiebre había desaparecido y hasta que se encontraba con fuerzas para levantarse. En este momento llamaron a la puerta. Era el médico mandado a buscar la noche anterior, pero al que le había sido imposible el venir a aquella hora y se apresuraba a visitar al enfermo apenas levantado. Entró excusándose y sumiendo al pobre Bright en un mar de confusiones. Bright no recordaba haberlo necesitado. El criado explicó el encargo de los amigos.

—Pero siéntese usted —decía el enfermo, un poco desconcertado—. Lo que siento es que le

hayan molestado por mi culpa. Creo que no es nada. Me encuentro bastante bien.

—Mejor es así —repuso el médico, con una sonrisa exquisita.

Y le tomó galantemente el pulso. Estuvo con él un largo rato, con la vista fija en un magnífico reloj de oro que sacó limpiamente del chaleco, y al cabo abandonó la mano con suavidad sobre la colcha y dijo, poniéndose en pie, mientras respiraba con fuerzas, aliviado:

—Efectivamente, su salud es inmejorable.

Bright lo agradeció también con una sonrisa, y se excusó de no poder acompañarlo. El médico se retiró haciendo un gesto displicente con la mano, como diciendo: ; Por Dios, por Dios, no faltaba más!

Bright quedó solo y se dispuso a levantarse. Tocó un timbre a la cabecera de la cama y esperó largo rato. Volvió a tocar. Después se puso a examinar el timbre: el timbre no sonaba. Entonces quiso levantarse a llamar desde la puerta; pero, no bien se hubo incorporado, sintió

como un desvanecimiento que le obligó precipitadamente a apoyar de nuevo la cabeza en la almohada. Permaneció así largo rato. Le volvieron las palpitaciones y los ahogos. Apenas tenía fuerzas para moverse. Con gran trabajo subió las ropas de la cama, pues sentía que se enfriaba; poco a poco, procuró una cómoda posición y se quedó otra vez dormido.

Cuando despertó debía ser ya muy tarde. Miró las ventanas sin sol y calculó que serían las dos o las tres. Probó de nuevo a tocar el timbre, mas con el mismo resultado. No se atrevía ahora a moverse. Se resignó a su abandono y pensó que tal vez alguien entraría en su cuarto, extrañado de su silencio. Un reloj cercano dió seis campanadas.

—¡Las seis! —se dijo asustado Mr. Bright.

Después, pareció meditar y dijo al cabo, sorprendido:

—¡Qué hermosa primavera; parece que son las cuatro!

Miraba un cielo azul, por sus ventanas abier-

tas, y el alero de la casita de enfrente, coronado de blancas palomas. Quedó adormecido y volvió a despertar con las sombras ya dentro de su cuarto. El grato paisaje había desaparecido. Un aire húmedo, en cambio, se entraba por las ventanas abiertas. Sintió un hambre atroz. En verdad, esto llegaba a ser casi una desconsideración a su calidad de huésped; todo un día abandonado.

A su cuarto, situado en un extremo del edificio, no llegaban los rumores del resto vivo del hotel: del hall, del comedor; pero él adivinaba que a estas horas debían ya estar los huéspedes confortablemente sentados ante las mesas suculentas, acaso en vísperas de un pollo dorado con su guirnalda de verdes guisantes. Esto le puso furioso. A punto estuvo de tirarse de la cama y salir al pasillo dando voces. Pero, como si sólo se esperaran estas intenciones alarmantes de Mr. Bright para ponerle ante sus ojos despavoridos las excelencias del hotel, la puerta del cuarto se entreabrió tímidamente, dejando

ver la cara afeitada y prudente del criado. Al darse cuenta de que el huésped le espiaba, vuelta la cabeza sobre la almohada, tomó un aire ocupado y decidido y entró resueltamente en la habitación.

—¿Se le ofrece algo al señorito? —preguntó.

—¡Hombre —dijo Bright bastante molesto—, hace cuarenta y ocho horas que me tienen ustedes abandonado!

—Verá usted, señorito: yo entré esta mañana y estaba usted durmiendo. Como ví que descansaba no quise despertarle preguntándole si se le ofrecía algo durante el día. Porque, verá usted, hoy tenía licencia para dejar el servicio después del almuerzo. ¡Como estamos en Feria...!

—Pero alguien quedará en el hotel...

—Sí, señor, que queda. Quedan dos muchachos: uno arriba —dijo, señalando al techo con el dedo—, y otro abajo, en el patio.

—Pero aquí —repuso Bright señalando el

timbre con su dedo— hay un timbre que no suena.

—¿Qué me cuenta usted? —saltó alborotado el mozo—. ¿Que no suena? ¡Virgen María, y qué cosas! ¡Esta casa es una Babel! Espere usted, espere usted...

Y salió trágicamente al pasillo.

—¡Eh! ¡Eh! —gritaba furioso mister Bright—. ¡Lo que yo quiero es comer!

Pero ya el mozo corría sobre la alfombra estrecha del pasillo, presa de la electricidad que no encontraba el pobre huésped.

Transcurrieron unos minutos en silencio. Mr. Bright se desesperaba. A poco oyó los pasos precipitados del mozo, que volvía acompañado del intérprete del hotel.

—A ver tú, José —decía el criado—, ¿qué te parece la guasita? Er timbre que no suena y er señó muerto de hambre todo er día.

—Pero, oiga usted... —inició tímidamente Mr. Bright

—A mí no me diga usted nada —le inte-

rrumpió el mozo con un aire abochornado en el encogimiento de hombros—; esto es una vergüenza, y ná mas que una vergüenza.

—En realidad estamos en Feria —dijo en tono conciliador el intérprete.

—Eso sí es verdad —reconoció pesaroso el otro—. De todas maneras, esto hay que arreglarlo; no es posible que farte er timbre. Se necesita pá tóo.

—Pero, oiga usted —volvió a interrumpir Mr. Bright, esta vez casi lloroso.

—¡ Si ya estoy, señor, si ya estoy! —repetía el muchacho—. ¿Que quiere usted agua? Pues er timbre. ¿Que quiere usted vino? Pues er timbre.

—Que quiero cenar —se atrevió a decir mister Bright.

—Pues er timbre también, señó. ¡ Si es lo más necesario!

En tanto, el intérprete daba vueltas al chisme entre sus manos, volviéndolo y revolviéndolo con suma atención como para hallarle el



defecto por deducción visual. El criado se impacientaba.

—Mejó sería que te tiraras un salto a casa de Juanito el Revendedor, a ver si está su yerno por un casual.

Pero las manos del intérprete habían conseguido, al fin, desarmar el artefacto y se ocupaban ahora en la minuciosa tarea de reunir las piezas sueltas sobre la mesa de noche.

—Anda, que yo las arreglo —volvió a decirle el mozo.

Pero, en la precipitación de ayudarle, rodaron las piezas por el suelo. El intérprete salió malhumorado.

Bright esperó pacientemente a que el mozo concluyera su tarea y, cuando la creyó terminada, se aventuró a toser con discreción. El mozo, entonces, pareció recordar el motivo de su visita.

—Bueno —dijo—, ¿qué se le ofrece a usted?

—Yo desearía comer alguna cosa —pudo exclamar el huésped al fin.

—En seguida. ¿Quiere usted la lista?

—Tráigame un poco de pescado guisado, sin sal, y un buen vaso de leche. También quisiera alguna fruta.

—Al momento.

Y esta vez más despacio, como hombre que se prepara a cumplir una función normal, y no con las exigencias que requiere toda eventualidad de índole urgente, como un timbre que no suena, el criado se alejó por el pasillo cerrando al salir la puerta del dormitorio.

Mr. Bright volvió a recobrar la calma como quien recobra un tesoro perdido. Aquella gente se le antojaba que hablaba mucho y, sobre todo, que gesticulaba por cualquier cosa. Claro está que era siempre de agradecer aquella solicitud desplegada con motivo del timbre, cuya importancia reconocía, pero, a su pesar, no lograba entender que no fuera más importante su falta de alimento y, mucho menos, que para una u otra cosa se necesitase la presencia en su cuarto del intérprete. Bien es verdad, también, que se

había hablado de un revendedor, pero, ¿qué diablos tenía que ver en el asunto un sujeto de oficio tan bajo?

Con estas y otras confusiones entretuvo su tiempo Mr. Bright. Se compadeció, además, por su mala fortuna de haber caído enfermo en los días de feria. ¡ Tanto pensar en ella y oír hablar de sus primores, para no verla! Verdaderamente, había sido desgraciado. Y todo por las carreras, por haberse ido a las carreras nada menos que en la víspera de la fiesta. Pero aquí le tomó otro rumbo el pensamiento y recordó a la señorita Alford. Con esta idea estuvo entretenido largo rato. El hambre se volvió a dejar sentir. Pero, ¿qué hacía ese mozo que no volví? Instintivamente llevó la mano al famoso timbre desarmado y unió al apretar los filamentos desprendidos. El timbre sonó. El criado llegó sonriente, sorprendido de veras, como repitió cuatro o cinco veces.

—Perdone er señorito mi tardanza, pero no tenemos esta noche er pescao guisao.

Bright sintió que le abandonaban las últimas fuerzas. Aun las tuvo para murmurar:

—Pues yo creía que era lo más sencillo.

—Sí que lo es, pero no lo tenemos. Er pescao esta noche está arreglado con una composición mu rica. Pero, yo ser usted, lo que hacía es enviar por pescao frito a la calle. No hay ná mejó.

—¿Pescado frito? —exclamó aterrado mister Bright.

—Sí, señó. Es mu bueno. Lo come toda Sevilla.

Mr. Bright renunció a la lucha. En el fondo se sentía muy miserable, muy inútil para la vida.

—Traiga usted lo que quiera —dijo suspirando.

Y se volvió enojado para la pared.

El criado salió de nuevo. Profundos suspiros se escapaban del lecho, tristes recriminaciones que se hacía el pobre Bright. A él le hablaron de dos buenos hoteles en Sevilla: el hotel Castilla y el hotel Gran Bretaña. Y él, extranjero,

extranjero educado que sabe cuánto debe al país que le brinda hospitalidad, no dudó un momento en traicionar sus instintos ante aquel nombre nacional, venerado por los españoles, cantado en toda su Épica. Concibió aquella alternativa como una trampa tendida para probar su corrección. Y, grave y convencido, no dudó un instante en elegir. ¡Cómo pagaba ahora su falta de patriotismo! El infeliz Bright hacía radicar en los nombres, acaso en la fonética, esencias extrañas y desconocidas.

La puerta volvió a abrirse para dejar paso a una enorme bandeja sostenida milagrosamente en el aire por la fuerza insospechada del valeroso muchacho. Múltiples y diferentes viandas cubrían toda la superficie: la humeante sopa de ajos, aderezada esponjosamente con gruesos trozos de pan, el cordero asado a la andaluza, con su salsa recogida y vertida por los sabrosos rincones, la rugosa carne empanada con su aspecto de piedra volcánica; multitud de frutas calurosas: brevas, higos chumbos, ciruelas; algo

de fiambre, queso, aceite y vinagre, café. Al borde de la bandeja descansaba un cucurucho ordinario de papel de envolver, traspasado de grasa, del que salía un olor imposible. Aquello era el pescado frito. En el centro de aquel mar revuelto y embravecido, se destacaba como un faro la blanca torre del vaso de leche.

Mr. Bright, como un viajero atacado por el mareo, con la turbia sensación de las náuseas, o como un naufrago agonizante que ve de pronto surgir la tierra, tendió la mano hacia el vaso y lo asió desesperadamente.

—¿Empieza er señorito con la leche?

—Empiezo y concluyo —respondió postrado Mr. Bright, después de bebérsela de un sorbo—. Me encuentro mal. No tengo apetito. Gracias.

—¿Está enfermo er señorito? ¡ Todo sea por Dios! Entonces, me llevaré la cena.

Ya iba a salir, cuando se volvió como si recordara algo importante que decir.

—¡ Ah, se me orvidaba! Er timbre lo arre-

glarán mañana. Er muchacho que fueron a por él había salido. ¿Sabe usted? Como estamos en Feria todo er mundo se sale a divertirse. ¡Cosas de la juventud! —concluyó con misterioso suspiro.

—¡Claro! —murmuró Mr. Bright suspirando también, sin darse cuenta de lo que decía—. Algún timbre que habrá por ahí que tampoco suena...

### III

A la mañana siguiente le despertó esta vez una muchacha, pequeña y bastante agraciada, que, por lo visto, hacía las veces del mozo, y que entró, después de llamar a la puerta, con el desayuno en una bandeja: leche fresca y espumosa y unos ricos bizcochos llanos. También traía unas tostaditas diminutas, ligeramente untadas con manteca. Esta aparición deliciosa le pareció a Mr. Bright de buen agüero. El día se presentaba decorosamente.

—El otro —explicó la muchacha con su voz agradable, un poco infantil— tiene permiso esta mañana hasta la hora del almuerzo. ¡Como estamos en Feria!

—Bien, bien —dijo alegremente Mr. Bright. E intentó incorporarse. Pero la muchacha le



contuvo solícita con un gesto y empezó a arreglarle las almohadas, trayendo otras que tenía dispuestas en el pasillo, muy limpias y blancas; de tal manera, que Bright se sintió poco a poco incorporado y confortable sin necesidad de hacer el menor esfuerzo.

—¡Ajá! —exclamó la muchacha, terminando su arreglo y dando unos golpecitos cariñosos a la almohada junto a la cabeza del enfermo—. ¿Está usted cómodo?

—Bien, bien —repetía Mr. Bright, cada vez más contento.

—Han traído también esta carta —le dijo la muchacha, sacando un sobre cerrado del bolsillo del delantal.

Eran unas líneas de Alcántara deseándole mejoría y despidiéndose por unos días, que iba a pasar en el campo. Bright quedó agradecido a la lectura y se prometió estrechar más sus relaciones, cuando estuviera bueno, con aquel amigo tan afectuoso.

En verdad, todos eran buenos chicos, eso sí.

Él no podía olvidar cómo lo llevaron al hotel la noche que se puso enfermo. Ahora, sabiendo que él era un muchacho delicado, ya no le darían bromas ni volverían a encerrarlo con un novillo. Este recuerdo desagradable se le borró impetuosamente por una oleada de optimismo que le llenó el pecho de brisas y cantos alegres. Le hubiera gustado saltar y reír; pero se contuvo a la vista de la muchacha, que lo miraba un poco sorprendida, mientras colocaba a su alcance el precioso desayuno.

—¿Cómo se llama usted, cuál es su nombre?

—le preguntó sonriendo, esforzándose por parecer amable.

—Me llamo Carmen, Carmencita, como me dicen todos —contestó la muchacha.

—Bien, Carmencita; me parece que vamos a ser buenos amigos —repuso él, atacando de lleno el desayuno.

—¡Ah, me olvidaba! Anoche estuvieron unos señores preguntando por usted. Se les dijo que

el señorito estaba descansando y contestaron que volverían esta mañana.

—¿Unos señores? —preguntó Bright con la boca llena de bizcocho—. ¿Quiénes eran?

—No dejaron sus nombres. Me figuro que fueran sus amigos, que venían a saber de usted. Yo no los vi; el otro me dejó este recado.

—Bien, bien —seguía repitiendo Mr. Bright, atragantándose con las tostadas—. Seguramente eran mis amigos.

El desayuno terminó y Carmencita se dispuso a llevarse el servicio. Bright hacía propósitos de levantarse en seguida e irse a dar una vuelta por la Feria; pero Carmencita, envalentonada por las pruebas de afecto del huésped, propuso, con su gran sentido común, como ella decía, otro plan más razonable: Mr. Bright dormiría otra vez hasta las once; ella vendría a esa hora a despertarle, trayendo otro buen vaso de leche; Mr. Bright tomaría su baño, bien templado, y luego, abrigadito y dentro de un coche, iría a tomar el sol por la Feria.

Bright la oía con la boca abierta, asombrado de sus disposiciones. Ella lo interpretó como asentimiento y, quitándole las almohadas que había traído para que recobrar su posición de enfermo, le subió las ropas hasta los hombros y salió del cuarto de puntillas, poniéndose un dedo en la boca en señal de silencio. Mr. Bright no intentó siquiera moverse.

En la misma posición le encontró Carmencita cuando tuvo que volver, al poco rato, malhumorada, porque los señores de la noche anterior habían vuelto, como prometieron. Ella había dado todas las excusas; pero los señores no habían querido entenderlas y se empeñaban en ver al señorito en seguida. Parecía que tenían prisa.

Todo esto lo explicó alargando en una bandeja dos tarjetas. Bright leyó: "Joaquín Moral de Morales" y "El Marqués de las Siete Fuentes". Hizo un mohín de extrañeza con los labios. No los conocía.

—¿Y dice usted que quieren verme en seguida? —preguntó.

—Sí, señorito; eso me lo repitieron muchas veces. Dicen que, si no quiere usted molestar, que no les importa que usted los reciba aquí.

—¡Oh, no; eso no! —protestó Mr. Bright, ruborizándose—. Dígales usted que bajaré en seguida; que se sirvan disculparme.

—Pero, señorito, si está usted muy débil; no debe agitarse.

—¿No habría una pequeña sala en este piso? —preguntó Mr. Bright, comprendiendo que sus fuerzas no le servirían para mucho.

—¡Ay, no, señor; no hay mas que dormitorios! Pero —rectificó de pronto—, ¿por qué no los recibe usted en uno que está aquí juato, vacío?

—Muy bien —decidió Mr. Bright, incorporándose—; llévelos usted a ese cuarto.

Carmencita salió diligente, mientras Bright comenzaba a vestirse. En los primeros momentos sintió como un ligero vahido; pero la idea

de la visita, y de su urgencia, le hizo sacar fuerzas de su debilidad. Consiguió ponerse en pie, lavarse y peinarse un poco, y encajándose una bata de mañana y unas severas zapatillas salió al pasillo en dirección al cuarto donde había oído ya llegar la extraña visita.

Entró disculpándose por el lugar donde recibía y por su vestimenta; pero el más joven de los dos, que parecía muy vivaz y decidido, le atajó, diciéndole con fuerte acento andaluz:

—No es preciso; ya la muchacha nos ha explicado...

Entonces Bright cogió una silla, hizo un gesto para que se sentaran los otros de nuevo y, sentándose él también, se les quedó mirando sonriente, un poco turbado. El más joven volvió a tomar la palabra.

—Ya usted supondrá a lo que venimos...

Bright los miró sorprendido.

—No; yo venía con curiosidad por saber...

Esto pareció desconcertar al que permanecía callado; pero el otro no se acobardó por este

tropiezo, sino que, al contrario, lanzándose de lleno al asunto, soltó esta terrible proposición:

—¿Vamos a quitarnos las caretas?

Mr. Bright, inconscientemente, se pasó la mano por la cara, pero no articuló palabra alguna. Estaba maravillado. El más viejo, gravemente, concretó entonces la cuestión:

—Nosotros somos los representantes de nuestro amigo el vizconde de Hacha, a quien usted ha ofendido.

Mr. Bright dió un salto en la silla. ¿Cómo? ¿Qué era aquello? ¿De qué vizconde hablaban? ¿Que él había ofendido a quién?

—Seguramente, señores —dijo, haciendo un esfuerzo para disimular su turbación por la rapidez de la escena—, en esto hay algún error. Mi nombre es Bright y soy un extranjero que acaba de llegar a Sevilla.

—Precisamente —intervino el joven—, mister Bright; esta es la persona a quien nos dirigimos.

Mr. Bright estaba en sumo grado sorprendido.

dido. Cuando ya no tuvo dudas de que era a él a quien querían hablar, una curiosidad extraordinaria le hizo hacer nuevas preguntas. Pero, ¿cómo podía él ofender a una persona que oía nombrar por primera vez? ¿Cuándo pudo ofenderla?

—Usted recordará, en cambio —continuó el joven implacable—, a otra persona bien allegada a nuestro amigo, a la señorita de Casa-Manrique.

—No —contestó Mr. Bright cada vez más asombrado.

Entonces les tocó a los representantes el quedarse sorprendidos. ¿Cómo que no la recordaba? ¿Cómo era posible que se hubiese olvidado de esa señorita a quien había conocido hacía sólo dos días, y a quien, incluso, hizo la corte?

Mr. Bright empezó a adivinar, todo confuso. ¿Era de la señorita de Alford de quien hablaban los señores?

—Claro está —decía el más joven, profundamente irritado—; de Isabel Alford, o de Isa-



bel Casa-Manrique, o de Nené Manrique, ¡da lo mismo!

Mr. Bright parecía conforme, en apariencia, por las señales de aprobación con la cabeza, con esta triple identidad; pero aún no conseguía explicarse qué es lo que tenía que hacer en este lío aquel terrible vizconde.

—Usted no ignorará —le dijeron— que la señorita de Alford, como usted la llama, es la prometida de nuestro amigo.

Pues no, no lo sabía. Había oído decir que iba a casarse, pero no supo con quien.

—¡ Esas son martingalas! —interrumpió brutalemente el más joven, el que llevaba la voz cantante.

Mr. Bright palideció, adivinando el sentido de la palabreja. Se puso de pie en el acto.

—Yo no digo nunca mentiras —dijo—, ni siquiera en los asuntos que no me interesan, como éste.

—Excelente —respondió el joven, perdiendo

terreno, desconcertado—; eso es ya concretar la cuestión.

—No, señor —volvió a decir Bright, que iba alterándose por momentos—; eso no es concretar la cuestión; eso es desviarse de ella. Porque, en resumidas cuentas, ¿qué desean ustedes de mí?

El que había permanecido más silencioso tomó entonces la palabra, una palabra medida y reposada.

—Una explicación —anunció solemnemente—. Nosotros deseamos una explicación satisfactoria. El hecho de que usted no supiera con quien iba a casarse la señorita de Alford no amengua, a mi juicio, las proporciones de la ofensa. Claro está que si no fuera quien es nosotros no estuviéramos aquí; pero esto es aparte.

—En resumen —volvió a interrumpir, impaciente, el otro visitante—: que usted nos da una explicación satisfactoria o iremos a una reparación por las armas.

La confusión volvió a hacerse. Una explica-

ción, ¿de qué, por qué y para qué? Y, sobre todo, ¿sobre qué? El lamentable dominio que tenía Mr. Bright sobre la declinación del relativo hizo más penosa la vuelta a la luz.

—Usted ha ofendido —repetían ambos amigos incesantemente— a nuestro amigo el vizconde de Hacha en la persona de su prometida, la señorita de Alford. Lo reconoce usted, ¿sí o no?

—De ninguna manera —repetía asimismo Mr. Bright—. Yo he hablado solamente unos momentos con la señorita de Alford; no hubiera tenido tiempo ni siquiera de ofenderla.

—Pero usted la cortejó —afirmó lúgubrememente el más viejo.

Bright no comprendía.

—Sí, señor —afirmaba el joven, dando pequeños saltitos nerviosos en la silla—; le hizo el amor..., le pidió relaciones; flirt..., flirt... —agregó, gozoso de encontrar la explicación en el propio idioma de Mr. Bright.

Pero Mr. Bright, al conjuro de la palabra

mágica, había caído en un dulce éxtasis que se transparentaba en su sonrisa, tierna y maliciosa, evocadora de pretéritas delicias.

—Eso sí es verdad —confesó, como hechizado—; la señorita Alford es muy bonita.

Los dos padrinos se pusieron bruscamente en pie. Dieron sendos tirones a las solapas de sus americanas, como expresando un fin o una decisión, y los dos a una dijeron:

—Después de esa confesión, nuestra misión ha terminado. Esperamos que nombre usted sus representantes para entenderse con nosotros. Besamos a usted la mano.

Y se dispusieron a abandonar el cuarto. Pero Mr. Bright, desolado, con una inexplicable angustia, se agarró al faldón de la americana que tenía más cerca, y que resultaba ser la del grave personaje, y dijo con un acento desgarrador:

—¡Pero si es que todavía no he comprendido nada!

Los dos amigos se miraron con una sonrisa de desdén, como comunicándose, mutua y táci-

tamente, lo lamentable que empezaban a encontrar la escena, y el jovencito dijo entonces, precipitando las palabras, deseoso de llegar, por fin, al término de la conversación:

—Usted ha reconocido que flirteó con la señorita de Casa-Manrique.

—Sí, señor —respondió Bright, pendiente de no perder una sola sílaba.

—Luego, reconoce usted la ofensa...

—¡Ah, no; eso, no! En mi país flirteamos todos, como usted dice.

—¡Lo dice usted! —exclamó el otro, furioso.

—¡Nunca! —dijo, ofendido, Mr. Bright—. Nosotros no decimos flirtear: *We say to flirt*.

—Pero, ¿qué dice este bárbaro? —no pudo si se lo preguntara alternativamente a la alfombrilla de excluir el personaje grave, como fuso, queriendo cortar el estúpido incidente—. Usted reconoce que quiso flirtear con la señorita y al techo.

—Estamos en España —replicó el otro, con

ta Alford. Usted reconoce que fué usted el culpable.

Mr. Bright meditó unos momentos, como si estuviera reconstruyendo la escena. Después dijo con acento tranquilo:

—Sí, señor; yo fuí el culpable.

—¡Al fin! —exclamaron los otros respirando.

—¿Qué más? —preguntó Bright, reflejando en su cara un enorme cansancio.

—Nosotros —dijo el más viejo— esperaremos el aviso de sus amigos para reunirnos donde les plazca y tratar del asunto.

Y se pusieron en pie nuevamente. Mr. Bright dejó también su asiento, y repuso:

—Supongo que no se tratará de un duelo. Yo no puedo batirme en duelo, porque me lo prohíben mis creencias, mi educación...

—¿Tiene usted miedo? —dijo el más joven, friamente.

Mr. Bright lo miraba desconcertado. Iba a decir que sí. Pero dijo, al cabo:

—Esta tarde recibirán ustedes la visita de mis amigos. Buenos días.

Y señaló la puerta, despidiéndolos. Ya en el pasillo, los dos representantes resumieron sus impresiones. El más viejo dijo gravemente:

—Es un pobre idiota.

Bright esperó a que dejaran de oírse los pasos por el corredor y salió después en dirección a su cuarto, andando penosamente. Se sentía muy fatigado.

Aún le aguardaba otra sorpresa. Carmencita, en un rincón de su habitación, sentada en la cesta de la ropa, lloraba desconsoladamente.

—¡Ay, señorito! —le dijo al entrar—. ¡No tuve más remedio que oírlo! ¡De aquí se oye todo! ¡Ay, qué desgracia para el señorito!

Mr. Bright se quedó de una pieza. ¿De manera que aquella muchacha, en tres horas, ya le había cobrado tanto afecto? España era, indudablemente, un país de grandes corazones.

Se acercó, solícito y vacilante, y le dijo, acariciándole conmovido la cabeza:

—¡Vaya, Carmencita, no llore usted! Esto no tiene importancia.

Después se quedó de nuevo pensativo, como si no acabara de resolver una duda. ¿Dónde iba a encontrar él sus padrinos? Pensó en la carta de Alcántara. ¡Qué contratiempo! De los otros amigos apenas si sabía la mitad de sus nombres: uno se llamaba Gabriel...; otro, Ramírez...; otro, Rafael... No conseguía formar ni una sola personalidad. ¿Adónde iba él, por esas calles, preguntando por Juan, uno que era así, con esta estatura, que había salido con él una tarde? La gente le tomaría por loco. Quiso pensar donde vivía alguno de ellos; pero recorrió al punto que nunca se lo dijeron; que, al contrario, cuantas veces quiso averiguarlo, para concretar más sus amistades, según las recomendaciones de su madre, los amigos se habían entretenido en un juego arbitrario, en darle, riendo, fantásticas direcciones. En realidad, esto no estaba bien. Él no intentó más averiguarlas, sintiéndose casi ofendido.



El asunto, pues, se complicaba. Bright preguntó, de pronto, a Carmencita:

—¿Tiene usted algún hermano?

—Sí, señorito —contestó la muchacha entre sollozos entrecortados, que le agitaban el cuerpecito nerviosamente—. Tengo uno en la Cor-ta, trabajando.

—¿Y usted cree que querría servirme de padrino?

La muchacha dió un salto. Desaparecieron los sollozos. Se acercó despacito a Mr. Bright, con el estupor pintado en su cara.

—¿De padrino? —dijo, al fin, dilatando los ojos—. ¿Mi hermano padrino del señorito en un duelo?

—¿Por qué no? —decía tranquilamente mister Bright—. Su hermano no tendrá inconveniente, ¿verdad?

—¿Inconveniente? ¡No, señor! —decía la muchacha, atacada de improviso por una risa convulsiva—. Lo único que cuando se lo diga

a esos señores le van a dar de palos y se queda sin trabajo. ¡ Si mi hermano es un infeliz!

Mr. Bright estaba preocupado. Miró el reloj y volvió a decir a la muchacha, que hacía esfuerzos para no reírse:

—Carmencita, ¿quiere usted ayudarme en este asunto?

—Sí, señorito; en todo lo que usted quiera

—respondió apasionadamente la muchacha.

—Pues bien —añadió Bright con un suspiro—; tráigame entonces el almuerzo.

Y se sentó, sombrío, al borde de la cama.

#### IV

La hora era calurosa, como si el verano se hubiera adelantado para que brillaran hasta los más escondidos detalles de la Feria. Todo en Sevilla parecía dispuesto a lucir su fiesta más sonada, hasta este sol de oro, de ígneos ribetes, duro y amarillo como un pandero.

Mr. Bright pudo salir del hotel sin hacerse notar gracias a la siesta que adormecía el edificio. Atravesó el patio desierto, donde hasta la fuente se desperezaba, estirando y cruzando sus brazos sutiles, y el agua caía como un susurro, adormilada, brotando a hilitos de unas ranas bruñidas, de reluciente cerámica, apoyadas en el borde del estanque en actitud oratoria. Afuera, en la calle, el calor se hacía más sofocante, y sólo de vez en cuando una ráfaga de fresca

brisa, rápida y huidora, recordaba el invierno vecino. No eran días de abril, cambiantes y alocados; eran días de estío, en reposo, en los que el artificio se denunciaba vagamente en las verdes copas de los árboles, en las últimas hojas, bulliciosas y estremecidas aún por los aires pos-treros del invierno.

Mr. Bright se lanzó a la ventura. Un fuerte optimismo que le daba la ciudad maravillosa, como envuelta en aquella hora por una dorada arena que la hacía confusa y transparente a un tiempo mismo, y le entraban en su corazón como nuevas fuerzas en calma, dispuestas a desplegarse al pretexto menos íntimo, le hizo acelerar su paso en busca de no sabía qué sorpresas, cosas insospechadas que parecían aguardarle. Pronto se refrenó. Vacilaba, como siempre. Aquel ímpetu extraordinario, sin razonados propósitos, le llevaría de un lado a otro, fieramente desorientado, con miles de problemas bulléndole en la mente, sin precisarlos en su algarabía. Esto le desalentó. Sintió cómo de nue-

vo le invadía su torpeza, la triste inutilidad de su acción, y se detuvo perplejo, dudando de su estrella y de su rumbo.

—Lo primero es formarse un plan —se dijo para consolarse.

Pero no sintió alivio alguno, como si una vez abandonado aquel reino de atropelladas fantasías, esta necesidad de ahora, necesidad de acción ineludible, le fuera radicalmente incompatible con sus deseos o, mejor, ajena y desconocida. Una vez más maldijo su salud, aquella enfermedad que lo minaba y lo iba reduciendo poco a poco a contadas aptitudes. Volvió la vista atrás. Aún se distinguía el hotel, cuando él pensaba haber andado horas y más horas. Se subió a un coche de punto y se tiró en un rincón, malhumorado y triste, sin fuerzas ya para pensar en su infortunio. El cochero, asombrado, arreó al caballo, encogiéndose de hombros.

Al cabo de unos minutos se ladeó en su pescante, preguntando la dirección. Bright le respondió levantando una mano indiferente y cie-

ga, y el cochero esta vez, agradeciendo la seña con su sonrisa más servicial, se dirigió a la Giralda. Momentos después se detuvo el coche. Un viejo uniformado se acercó solícito, ofreciéndose como guía para subir a la famosa torre. Mr. Bright se hizo repetir el número de escalones, la altura aproximada. Sentía como un placer infantil, una especie de picardía, en observar atentamente la naturalidad con que el viejo le invitaba a la ascensión, le contaba uno por uno los escalones, le señalaba los recodos de descanso, los diferentes puntos de vista que iban surgiendo de la espiral, las visiones parciales de Sevilla; ahora enmarcada en las líneas árabes de una ventana, como una postal de propaganda; ahora estrecha y aguda a través de una saetera; el aire más puro a medida que se avanzaba; la franja del río, reduciéndose y acercándose a la base del monumento al par que se subía. Y se subía más, mucho más, hasta volar sobre Sevilla. El viejo era un devoto de su

oficio, como él mismo confesaba apesadumbrado, a pesar de todo.

—Interesante —repetía Bright.

Y mentalmente calculaba la altura en que le abandonaría su resto de pulmón. La charla, sin embargo, le había animado. Dió al viejo una buena propina, como si bajase de la torre más alta del mundo, y ya más tranquilo, concretó su dirección al cochero.

—Dé unas vueltas por la ciudad, sin parar en ningún sitio.

El coche volvió a rodar. Ahora se internaba por el barrio tortuoso de Santa Cruz, dando tumbos violentos, como escapando con estas contorsiones de quedar aprisionado entre las paredes. El cochero, más rígido en estos instantes difíciles, adquiría todo el prestigio de un piloto o de un capitán en día de tormenta, amarrado al puente de mando. Las olas se le antojaban a Mr. Bright de un verde constante en la rápida sucesión de puertas y ventanas. Terminó por sentirse mareado.

—En realidad —se dijo—, el barrio de Santa Cruz no es un paseo de coches.

Y suspiró abrumado, cerrando los ojos.

Cuando volvió en sí, comprendió el susto del cochero. El pobre hombre estaba junto a él, mojóndole la frente con un pañuelo humedecido, y desolado por cuanto sucedía. Mr. Bright trató de tranquilizarlo; pero no le salió sino una sonrisa, una sonrisa débil, insuficiente para tanta alarma. Empezaban a reunirse los primeros curiosos. Bright hizo un esfuerzo y consiguió bajarse del asiento, y dando el brazo al cochero, se dirigió a un jardincillo próximo, solitario y en sombra. Por el camino iba explicando a su acompañante las causas de su desvanecimiento: su malestar desde hacía unos días, la dieta rigurosa a que estaba sometido. El otro parecía conformarse y reponerse de la sorpresa. Lo sentó en un banco y le dijo:

—Yo esperaré al señorito hasta que se reponga. Si quiere me irá al patio de Banderas, y cuando el señorito esté mejor no hace mas que



meterse por esa calle, que es la calle de la Vida, y que es muy fresca y muy bonita, y luego por el pasadizo que da al patio. Allí estaré yo. Al señorito le sentará bien dar esta vuelta a pie, refrescándose.

Bright quedó solo en el jardín. Poco a poco recordaba sus compromisos. Había salido en busca de unos padrinos, de unos sujetos insustituibles, y casi lo había olvidado. Este recuerdo le inquietó sobremanera, con la angustia del que va a llegar tarde a una cita y no puede remediarlo. Pero no se movió. Recorría con la mirada, lentamente, los floridos rincones, subiendo los ojos con desperezo por las enredaderas graciosas, formando múltiples arcos alineados, en suave descenso, hasta conseguir una rápida perspectiva.

Por allí se le iba el pensamiento. Más tarde detenía, sumergía los ojos en la lámina tersa del estanque, como buscando su fondo oscuro y en reposo. La mente huía o descansaba; no sujetaba por un instante el hecho actual e inclu-

dible, la forzosa necesidad de acción. Así corría la tarde, luminosa, serena, rociada de brillantes reflejos, como un halo de pedrerías que coronara el éxtasis de un iluminado.

Bright se estremeció; la humedad del jardín le envolvía ya los pulmones. Fué como si despertara. Sacó precipitadamente de un bolsillo su cartera, deformada por un montón de papeles de todos los tamaños, y buscó afanoso entre ellos. Extrajo dos tarjetas y leyó. Los nombres terribles volvieron a sonar: "El Marqués de las Siete Fuentes", "Joaquín Moral de Morales". Al pie de las dos tarjetas, dos direcciones diminutas indicaban las guaridas.

Bright se levantó, por fin. Los jardines de Murillo, donde estaba, perdían su placidez, atravesados ahora incesantemente por los que se dirigían a la Feria acortando el camino. Esto le hizo acelerar. Entró por el callejón del Agua, junto a la muralla del Alcázar, que se inclinaba al peso de sus enredaderas, mientras el agua le cantaba dentro, entre sus piedras, como la cuer-

da mecánica que la sostenía. Luego se perdió. No acertaba con la salida del cochero. Llegó hasta una plaza con una cruz solemne que se levantaba en su centro, una cruz de hierro que le infundió un terror supersticioso y le hizo huir de aquellas soledades. Desanduvo lo andado. Por último, se dejó guiar por un niño, un rapaz servicial que se le ofreció de lazarillo y lo llevó junto a él, casi de la mano, a través de las sombras densas del pasadizo. Cuando salió al patio de Banderas le pareció recobrar la vida. Los naranjos se estremecían con la brisa de la tarde, rebrillándoles sus frutos, y esparcían por el ambiente el incienso de sus azahares. El cielo azul, bruñido, se remataba en los aleros que cercaban el patio, curvando su superficie como una cúpula de cristal. La vida callejera se presentía fuera, recortada por el portalón de la entrada, abierto sobre un trozo de fachada de la catedral, un pedazo de jardín urbano, la arista graciosa de la Giralda.

Este mundo exterior le inquietó mucho más.

Volvió a subirse al vehículo y dió al cochero una dirección que conservaba en la memoria: la calle de los Ángeles. Mientras el coche se ponía de nuevo en movimiento, despertando las sonoridades del patio empedrado, Mr. Bright iba precisando su plan definitivo. Se dirigiría a la calle de los Angeles, donde él recordaba vagamente que vivía una compatriota suya, algo extravagante, eso sí; pero mujer que, por haber vivido largos años en Sevilla, era acreedora a una cierta autoridad en materia de costumbres locales. Así se lo repetía Mr. Bright, deseoso de encontrar de este modo la solución, y en parte esforzándose por borrar de su memoria el triste concepto que tenía de su paisana.

Pronto llegaron. La calle de los Angeles estaba también cerca de la Giralda.

—En realidad —pensaba Bright—, los sevillanos tienen razón. No se concibe Sevilla sin su Giralda; por lo menos la topografía.

Dejó el coche en una esquina y se internó por la calle estrecha, enlosada, atisbando con rápi-

das miradas los patios para descubrir el que buscaba. Se detuvo a los pocos segundos en uno de ellos, más espacioso, adornado profusamente por una nutrida colección de piedras de todos tamaños, aunque de un solo aspecto: ese aspecto peculiar, monótono, de los objetos largo tiempo enterrados. Unos sillones de mimbres de la Madera, forrados con cretonas, completaban el adorno.

Entró y se hizo anunciar. Lo pasaron a una salita oscura, con olor de humedad, sembrada de muebles diversos, de tonos grises y apagados; algún adorno exótico, entre las sombras, daba a los rincones de la sala extrañas vibraciones; el extraño prestigio de lo remoto, que tanto seduce y conforta al alma inglesa. Míster Bright, bajo el halago oriental del decorado, sintió la comodidad de un ídolo, hundido en un sillón inmenso, a poca altura de la alfombra, con las manos en las rodillas, procurando su inmovilidad. Unos pasos leves y reposados se oyeron por el patio. Mrs. Bishops, su paisana,

entró en la habitación, saludándole con toda clase de grititos apagados. Nuestro amigo planteó el problema precipitadamente.

—Vengo a usted, Mrs. Bishops, verdaderamente preocupado por un asunto que no puedo resolver. Usted me ayudará, ¿no es eso?

—Ciertamente, ciertamente —respondió mistress Bishops con toda calma, dando a su entonación ese énfasis peculiar que ponemos al hablar de nuestras convicciones.

—Gracias, mi querida amiga. Se trata de un caso muy sencillo. Necesito encontrar dos amigos.

—¡ Oh ! ¡ Oh ! Nada más fácil. Yo aplaudo su idea. Nada más triste que vivir en un país extraño, sin amigos. Yo recuerdo mis primeros tiempos; después conocí muchas gentes. Es cosa fácil. Pero, ¿por qué, mi querido Bright, se contenta usted con dos solamente?

Bright ya no la oía. La miraba nada más, muy fijo, como si contemplara una aparición.

—Usted me perdonará, señora... —comenzó diciendo.

—Naturalmente, naturalmente —interrumpió Mrs. Bishops con un grito de lógica y de indignación—. Nada más natural. Siendo yo su paisana, ¿a quién mejor ir a pedirle amistades?

—No se trata de eso —pudo decir, al cabo, Mr. Bright.

—¡Oh! —exclamó entonces Mrs. Bishops, cambiando de énfasis.

—Se trata de dos amigos especiales que necesito esta misma tarde.

—No comprendo, Mr. Bright, no comprendo.

Mr. Bright eludía la fatal noticia. Le repugnaba, en cierto modo, turbar la paz de aquellas cretonas, la serena antigüedad de aquellos tapices; todo este mundo aprisionado y en reposo que rodeaba la vida de su amiga.

—Se trata de un duelo —dijo con un esfuerzo.

Y se preparó, mentalmente, a salir al paso de las lamentaciones. Pero, Mrs. Bishops, al oír el motivo transfiguró su semblante. El momento era demasiado eminente para vivirlo con indiferencia.

—¿Un duelo? —repuso con una voz extraña, llena de insinuaciones románticas; más bien como si la pregunta no llevara objeto determinado, sino fuera una vaga evocación sin rumbo.

—Sí, un duelo; yo he hecho todo lo posible por evitarlo —se creyó Mr. Bright en el caso de contestar.

—Desde luego, desde luego —susurraba ahora Mrs. Bishops, distraída, balanceando un fino pañolito entre sus dedos—. Nosotros no estamos acostumbrados a eso. España, en cambio, es un país histórico. Pero, Mr. Bright, ¿no es usted irlandés?

—Sí, señora —repuso Mr. Bright, sorprendido del giro de la conversación.

—¿Nació usted en Irlanda?

—Nací en Dublín —contestó sonriendo mis-



ter Bright—. Mi madre es también irlandesa.

—¿Y su padre?

—Mi padre era inglés.

—De todas maneras —se apresuró a decir Mrs. Bishops, como excusando el error involuntario del padre—, usted es irlandés. Irlanda es también, en cierto modo, un país histórico.

Mrs. Bishops veía la confusión de su amigo, y no dudó en aclarársela con sus palabras más vulgares.

—Yo entiendo por historia el conjunto de hechos, y por hechos las acciones de los hombres.

Y aquí se detuvo perpleja, maravillada de su triunfo, con un ligero estremecimiento nervioso.

—Y entre los hechos de los hombres, los más bellos han sido siempre los hechos de armas. El duelo es el único resto que nos queda de aquellos hechos. Por eso España es un país histórico. No, no me lo diga usted. Le estoy adivinando el pensamiento. Las guerras no forman la histo-

ria; la historia, por lo menos mi historia —rectificó con una extraordinaria coquetería—, la forman sólo los hechos bellos.

Mr. Bright sonreía como atontado, desfigurando su sonrisa complaciente, por segundos, en una mueca de curiosidad. Mrs. Bishops, en tanto, surcaba con la proa de su mirada un mar invisible, inacabable, hasta enfilar, pasados unos instantes, la figura de su amigo como una playa de arriba indeseada. No pudo disimular su pesadumbre.

—¿No tendrá usted miedo? —dijo al fin, exteriorizando su duda más insoportable.

Mr. Bright se ruborizó y contestó con un suspiro. ¡Todo el mundo se creía obligado a tratarlo como a un niño! Esto le hería en la fibra más sensible, le arañaba como dentro de los ojos.

—Supongo, Br. Bright —repuso gravemente Mrs. Bishops, como si se dispusiera a confesar un terrible secreto—, que ese temor que usted

experimenta no le impedirá sostener con dignidad su papel de extranjero.

Aquí se enredaron en una discusión. Mister Bright entendía su papel como actitud pasiva, al margen de costumbres que no eran las suyas, y libre de compromisos que no podía adquirir por desconocerlos o voluntariamente rechazarlos. Por lo demás, entendía que esta calidad suya de extranjero debía colocarlo, ante una sociedad circunstancial y pasajera, en un plano distinto de observación, como ante un tribunal examinador que le exigiera, eso sí, elementales deberes; pero nunca aquellos otros que tienen su raíz en la misma conciencia, y cuya observancia o desafecto significa tanto como modificar o torcer un concepto fundamental de conducta. Mrs. Bishops, por otra parte, entendía que precisamente su condición de extranjero le obligaba, forzada y tácitamente, en una momentánea mutación de ideas, a aceptar sin reserva alguna lo que le impusieran las circunstancias que marcaban aquella condición.

—Claro está —concedía en el curso de su perorata— que no debemos olvidar que usted es un irlandés; un hombre que no quiere renunciar a su nacionalidad.

—Precisamente es lo contrario, mi querida Mrs. Bishops. Porque no quiero nacionalidades, protesto de lo que trata de imponerme ésta de ahora.

—Pero su caso de usted no debe de extrañarle. Irlanda es también un país histórico.

Mr. Bright volvió a mirarla. La señora Bishops adquiría de nuevo su gesto de iluminada. Estaba otra vez en vísperas de la gran interpretación. Mr. Bright se puso trabajosamente en pie.

—Lamento —dijo— haberla molestado.

—¡Oh, no! ¡En absoluto, Mr. Bright! Yo tengo mucho gusto en servirle. Precisamente, ayer han llegado dos huéspedes más para la Feria, los dos únicos huéspedes varones que hay en la casa. Yo podría hablarles en su nom-

bre; se trata de dos compatriotas, dos escoceses.

—¡No, no se moleste! —respondió precipitadamente Mr. Bright, presa de una instantánea inquietud—. Sólo deseaba avisar a usted para el caso en que necesitara molestarla. Yo le avisaré, si es preciso. Aun no hay nada definitivo.

—Usted no me molesta, usted no me molesta —continuaba repitiendo indefinidamente mister Bishops, mientras su amigo se despedía estrechándole rápidamente la mano y dirigiéndose a pasos largos hacia la puerta de la calle.

Mr. Bright volvió a subir al coche, y dió, desesperado, la última dirección. Mientras rodaba otra vez el vehículo, consultó las tarjetas de visita que tanto le inquietaban, y ya, tranquilo por su rumbo, se recostó suavemente en el coche, como sumido en hondas meditaciones. Mister Bright no se consolaba. ¡Qué distinto aquel proyecto suyo de Inglaterra, cuando preparaba su viaje, creyéndolo lleno de alegres sorpresas

y espectáculos, a esta realidad de ahora, imprevista y desagradable! Lo que menos le importaba en este momento era el aspecto inusitado de la ciudad, de todas las calles por donde cruzaba. La ciudad parecía desbordar su gente, a esta hora de la tarde, en una sola dirección, en una dirección obsesionante, camino de la Feria. Pasaban los coches, sueltos y bulliciosos, con el trote alegre de los caballos andaluces. Este mundo rápido del arroyo se transformaba incesantemente, presentaba de continuo sus variadas visiones, desarrollando por entero su película de cosas y personajes. Por las aceras, en cambio, se pegaba pausado el hormiguero de peatones, jadeante, hasta formar un cuerpo sin cola, hacia la Alameda, pero con una cabeza pequeña, con dos puntos luminosos por ojos que mirarían risueños por la Pasarela.

Mr. Bright no veía nada de esto; pensaba y pensaba en su infortunio. Presentía todo este mundo sugestivo que pasaba junto a él y que perdía por su mala estrella. No, no fué éste su

plan de Inglaterra: perderse los días de la Feria.

Suspiró una vez más al tiempo que el coche se detuvo. Creyó por un momento que el cochero había naufragado, entrando en una calle demasiado estrecha; pero su vista tropezó en seguida con unas letras pequeñas y regulares sobre la pared, que le alarmaron más. Sonrió, sin embargo. Aquel Viriato que daba nombre a la calle le recordaba una famosa parodia española que vió en sus tiempos de estudiante, en la que el padre de la novia, grotesco y ventrudo, se llamaba Viriato y daba unos gritos muy cómicos de cólera, con su sombrero ladeado sobre una oreja. Una de las primeras casas de este Viriato de ahora era el número 2. Mr. Bright entró por el ancho zaguán, hasta desembocar en un patio enorme, descubierto, bañado de luz por todas partes.

—¿El señor Moral de Morales? —preguntó a un viejecito enjuto, de aspecto eclesiástico, que estaba sentado en su silla leyendo un perió-

dico, con visible indiferencia hacia su librea, que le subía hasta le cuello, cruzándosele en el pecho.

El viejecito se levantó con pereza y dió unos pasos hacia la escalera. Pronto se arrepintió y volvió al visitante.

—Va a salir —dijo.

Mr. Bright le entregó su tarjeta, y el viejo, esta vez, se decidió a tirar de un cordón que hizo sonar a lo lejos una campanita. Tras la aparición de nuevos personajes, todos asalariados, hasta ahora, Mr. Bright se encontró subiendo la escalera. Apenas pudo ojear el amplio vestíbulo, las severas y largas galerías tendidas sobre el patio. Una criada joven, tras una ligera reverencia, le condujo a un salón lujosamente amueblado y volvió a salir silenciosa, casi inmaterial, como un ave que volara en un atardecer. Al poco rato turbó la paz del aposento el paso nervioso de Joaquín de Morales.

—Me perdonará —dijo al entrar, excusándose, con su voz sobresaltada, de agrias vibra-



ciones— que le reciba con los guantes puestos. Me disponía a salir.

Mr. Bright se puso inmediatamente en pie, quitándose precipitadamente los suyos. Nadie supo jamás la génesis de este impulso. El señor de Morales, entonces, se apresuró a despojarse de los guantes, y quedáronse ambos mirándose, cara a cara, con los guantes flacos, apuñados fuertemente, como dos pájaros moribundos que intentaran el último aleteo. Mr. Bright tenía esta especialidad: convertir los actos más triviales en escenas de verdadera pesadumbre.

Joaquín Morales fué el primero en reponerse. Tosió fingidamente, y dijo, al cabo de un instante, sin disimular su contento:

—No necesita disculparse. Supongo que vendrá usted a dar la explicación. Siento que me encuentre usted solo, sin el marqués. Hubiera sido mejor...

—Yo también siento —interrumpió tranquilamente Mr. Bright— que no esté su otro amigo. Hubiera preferido explicarme ante los dos.

—De todas maneras —argüía Moral de Morales en esta competencia de cortesía que se había entablado—, para el resultado es lo mismo. Yo tendría sumo gusto en oír sus explicaciones y, después de trasladarlas a mi amigo, las comunicáramos juntos al vizconde. Yo espero, por lo demás que sus explicaciones serán suficientes.

—¡ Oh, sí, señor —decía ahora, muy contento, Mr. Bright—; son explicaciones que convienen! Verá usted: mi caso es el siguiente.

—¿ Me atrevería a rogarle, Mr. Bright —interrumpió esta vez el señor de Morales—, que fuera usted breve en su narración? La historia es conocida de todos.

—Imposible, señor —le respondió Bright apesadumbrado—; ustedes no conocen la historia; no pueden imaginarse la serie de tropiezos.

—¿ Tropiezos? En fin, hable usted.

—Pues bien —empezó diciendo míster Bright—; no me es posible encontrar padrinos.

El señor de Morales dió un salto en la silla. No esperaba esta sorpresa. Después palideció intensamente, ante la sospecha de una burla, y respondió en tono duro:

—No habrá usted querido reírse de mí.

Mr. Bright no entendió, y el señor de Morales tuvo que repetir su grave sospecha. Entonces Mr. Bright se puso rojo, avergonzado, y balbuceó unas cuantas palabras sin sentido.

—Este hombre es un imbécil —pensó Moral de Morales.

Y luego, en alta voz, como si hubiera desvanecido sus dudas, le preguntó más tranquilo:

—¿De manera, Mr. Bright, que no ha podido usted encontrar padrinos?

—No, señor —murmuró Bright, confuso todavía—. He visitado mis amistades; la señora Bishops no ha podido servirme.

—¿La señora Bishops? —exclamó escandalizado el señor de Morales—. ¿Una señora? ¿Ha ido usted a consultar a una señora?

—Sí, señor —repetía Mr. Bright, cada vez

más apesadumbrado—; no tuve más remedio; no conozco a otra persona en Sevilla. Comprenderá usted; yo soy extranjero.

—¡A quién se le ocurre! —decía el otro, indignado—. ¡Meter a una señora en estos líos! Bueno; ¿y qué le dijo? —preguntó, sin darse cuenta.

Mr. Bright sonrió. En realidad, la entrevista fué muy graciosa. Ahora lo comprendía bien.

—Me dijo —empezó diciendo Mr. Bright— que España era un país histórico.

—¿Imbécil o loco? —volvió a pensar el señor de Morales—. ¿Y qué más, qué más le dijo? —inquirió impaciente.

—Que Irlanda también lo era —concluyó sonriendo Mr. Bright.

—Querido Mr. Bright —dijo Joaquín de Morales poniéndose en pie, como dando por terminada la visita—; no entiendo a que ha venido usted a verme. Eso que me cuenta es muy entretenido; pero yo tengo que salir.

—Pero, señor —exclamó desolado *mister*

Bright—, usted tiene que interesarse por mí, pues éste es un asunto que a todos nos interesa.

—¿Pero, de qué asunto del demonio se trata? —exclamó furioso el señor de Morales.

Mr. Bright volvió a enrojecer. Aquel “demonio” no le había gustado.

—Pero, ¿de qué asunto ha de ser sino del nuestro? Yo no puedo encontrar padrinos. No veo más que una solución: batirme sin padrinos.

—¡Sin padrinos! —mascullaba despreciativamente el otro, dando largos pasos por la habitación.

Mr. Bright lo seguía con la vista, lamentándose una vez más en su interior de su mala estrella.

—Bueno —dijo al fin Morales, interrumpiendo su paseo—, ¿y qué desea usted que haga yo?

—Que me deje batir sin padrinos —volvió a insinuar tímidamente Mr. Bright.

—Eso es un disparate; eso es imposible.

—Pues, entonces, que me los busque usted.

Joaquín de Morales volvió a sus paseos. Su fisonomía revelaba que esta segunda proposición no la encontraba del todo descabellada. Otra idea genial debía de estársele ocurriendo, pues su cara reflejaba, poco a poco, un íntimo regocijo. Se detuvo, al fin, y miró de frente a Mr. Bright, con los ojos brillantes de triunfo. Mr. Bright apenas lo notó.

—Aceptado, Mr. Bright —dijo con voz sonora—. Esta noche tendrá usted los nombres de sus padrinos y la decisión que hayamos tomado.

Mr. Bright se levantó de su asiento, expresando su gratitud con un apretón de manos.

—Si quiere usted —añadió—, puedo dejarle donde usted quiera. Abajo tengo un coche.

—No, gracias; me es imposible aceptar —le agradeció el otro, con una amabilidad que se le había despertado de pronto—. Tengo que hacer antes unas minucias en casa para poder ocuparme más tarde de nuestro asunto. Hasta la noche, Mr. Bright.

Al pasar por la galería tuvo Mr. Bright que hacerse a un lado para dejar paso a una señora anciana, de cabellos muy blancos, que al cruzar le clavó unos impertinentes muy negros.

—Es mi madre —le dijo Morales sin presentarlo, cuando la señora hubo desaparecido.

Volvieron a despedirse, y Mr. Bright bajó la amplia escalera y se dirigió a la calle en busca de su coche.

—Vamos ahora a la Feria —dijo al cochero alegremente, libre ya de ocupaciones.

Pero de pronto se ensombreció. Una honda tristeza le encogía el ánimo. Murmuraba, entre otras palabras misteriosas:

—¿Por qué no me la habrá presentado?

## V

SE habían servido ya los últimos tes en la Caseta de Labradores, casi los últimos chocolates, y las personas allí reunidas se sentaban ahora junto a la baranda para admirar el espectáculo de la Feria. Dentro, junto a las mesas, sólo quedaban conversadores rezagados, gentes a media charla, que se iban alejando poco a poco de los restos de la merienda, a pasos reposados y tardíos, apenas iniciados y detenidos de pronto por el hilo de una nueva narración. La atmósfera se saturaba del humo varonil y del rumor fogoso de las conversaciones, hasta conseguir la rara sensación conjunta de un lugar respetuosamente libre. Todo parecía pedir la más ruidosa de las familiaridades; pero daba luego, en su escondido aspecto, fórmulas pru-



dentes, mesuradas. No existía la expresión, la medida exacta; pero advertíase al menor contacto un mundo de malicias previsoras. Grato lugar del Sur, escandalosamente honesto, ¡cuánta prudencia bajo tu latido tan cordial!

En una de las mesas, hacia el fondo del restaurante, continuaban aún sentados nuestros amigos. Morales encontró, por lo visto, a su compañero, el de las Siete Fuentes, y, juntos, trataban de convencer de algo, a toda costa, a un tercer personaje, grave y pensativo.

—Comprenderán ustedes, mis queridos amigos —decía este último—, que eso no puede ser. Lo sabe ya toda Sevilla.

—Mi querido gobernador —replicaba afectuosamente el de Morales—, la cosa no es para tanto. Se trata simplemente de una cuestión de honor, una cosa de todos los días.

—Que deben ustedes arreglar —afirmaba el otro—, como se arreglan siempre esas cosas. Pero, ¡un duelo! Yo no puedo consentirlo.

—Un momento —interrumpió el marqués

con su voz cavernosa—. Tengo una fórmula de arreglo. Usted hace que no se ha enterado y deja correr el asunto a cargo del jefe de Policía. Al fin y al cabo él es el responsable.

—Pero, marqués —dijo ahora el gobernador, abriendo desmesuradamente los ojos—, el jefe de Policía no se enterará a tiempo y ustedes se batirán.

—Yo, no —replicó el marqués con una deferente cortesía.

—El caso es —volvió a decir Joaquín Morales—, que nosotros teníamos un plan. Pero, no me atrevo...

—¿Un plan? A ver, a ver —preguntó intrigado el gobernador, acariciándose su barba de embudo.

—Usted comprenderá que la cuestión es delicada...

—Desde luego, desde luego. Ha sido una falta incalificable la de ese extranjero. Esto lo comprendo bien.

—Usted comprenderá también que merece un

correctivo. La cosa no puede quedar así. Además, es ya tarde.

—No, no —rectificaba airoosamente el gobernador—; yo no he querido decir que hay que abandonar el asunto. Por lo demás, me congratulo de que se haya presentado una ocasión de cortar las alas a ese extranjero. Yo mismo, personalmente, casi me tengo un disgusto con él.

—¿Usted, señor gobernador? —dijeron a un tiempo, asombrados, los dos amigos.

—Nada de importancia; un pequeño incidente. La otra tarde, en el Hipódromo, se permitió unas ligeras burlas sobre nuestras carreras. Yo le paré los pies y le di una lección. Me pareció un poco deslenguado.

—Yo no creo lo mismo —dijo el de Morales—; a mí me parece un imbécil. Pero, de todos modos, hay que darle una lección.

—El plan de Joaquín —gimieron a un tiempo las Siete Fuentes— no es de mi gusto. Me parece poco caballeroso, poco serio; pero, en fin, él se empeña tanto...

—Pero, ¿de qué se trata? Veamos.

—Se trata de lo siguiente —empezó diciendo Joaquín—; se trata de fingir un duelo, nada más.

—¿Fingir un duelo? ¡No comprendo!

—Verá usted, mi querido gobernador. Fingir un duelo: llevarlo al terreno del honor, hacerle pasar un susto, ¡y santas Pascuas!

—Pero, ¡eso es imposible!

—No, señor. Es facilísimo. No hay mas que hacer que no cargar las pistolas.

—Pero, ¡se enterarán sus padrinos!, ¡no lo consentirán! —repuso el gobernador, ya en el colmo de la sorpresa.

—Todo está previsto. Sus padrinos los he elegido yo: son Paco Arolas y Pepe La Mata. Ellos están conformes con el plan. Como usted verá, no se trata de hacerle ningún daño; solamente de darle un escarmiento.

—De otra forma —afirmó el marqués—, yo me hubiera opuesto más tenazmente.

—¡Oye, tú —dijo ofendido el de Morales—,

que me estás haciendo el cartel! Yo soy una persona decente.

El otro le golpeó una rodilla en señal de afectuoso asentimiento. ¡Quién lo dudaba! El gobernador, en tanto, había vuelto a su actitud pensativa.

—Bien —dijo al cabo de un instante—. Sólo me falta la palabra de honor de ustedes de que se hará el duelo como dicen. En ese caso, yo no tengo por qué oponerme, aunque comprenderán ustedes que yo no sé nada —concluyó con un gesto malicioso, señalando a las gentes.

Morales se levantó de un salto y le estrechó la mano. El marqués se puso también en pie y repitió la ceremonia.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

El pacto estaba sellado. Los tres se dirigieron ahora en silencio hacia la barandilla, a contemplar la Feria, que estaba en su apogeo. Una doble fila de coches, como movida por un mismo mecanismo, se cruzaba en direcciones opuestas

frente a la Caseta. La noche había cerrado y daba a la fiesta un aspecto más alegre, más confuso. Todo rebrillaba con la estridencia de las luces eléctricas, de los violentos mantones de Manila, removiéndose y saltando en los interiores de los tinglados al compás de los bailes, de la loca zambra de los organillos. A veces, sobre una fachada, la blanca hilera de las bombillas hería los ojos; más allá, la vista se detenía, cansada, en el grupito vacilante de los faroles venecianos. Más allá, en aquella caseta, la última de la perspectiva, donde los paseantes se detenían de continuo, todo se mezclaba: luces, mantones, farolillos. Y más cerca, dentro de los oídos, música, zambra, continua algarabía.

Joaquín tocó en el brazo al marqués. Este siguió la vista de su amigo y descubrió entre los coches uno, un coche de alquiler, como un fantasma. Dentro iba Mr. Bright, sonriente, encantado, recibiendo como un baño de placer la luz eléctrica.

\* \* \*

Luego de cenar pasaron los dos amigos por el Hotel Castilla y dejaron unas líneas al señor Bright:

“Distinguido señor: El duelo ha sido concertado para mañana, a las cinco de la mañana, junto a Tablada. Un poco antes de esa hora pasarán por el hotel a buscarle sus dos padrinos, los señores don Francisco Arolas y don José Díez de la Mata, quienes le explicarán los detalles correspondientes.

De usted ss. ss.,

*J. Moral de Morales.*

*El Marqués de las Siete Fuentes.”*

Bright se tuvo la sorpresa más grande de su vida. Esperaba, desde luego, una noticia como ésta; sobre todo, después de su última entrevista con Morales; pero la esperaba tan vagamente concebida, sin saber por qué, tan ligada a un mundo exterior, que, al verse directamente aludido por ella, al comprender la última relación que los unía, tuvo un gran asombro, como

si hasta ahora no hubiese entendido bien el papel que estaba desempeñando. Se trataba, pues, de comprenderlo de una vez. Su papel era nada menos que el más importante. Iba a actuar. Bright sintió como una oleada de sangre que le subía a la cabeza y experimentó esa peculiar sensación, tan enojosa, del rubor que no puede evitarse. Conservaba aun la carta en la mano, procurando tenerla entre los dedos como una cosa olvidada o indiferente. No se atrevía siquiera a mirarla por temor a descubrir su curiosidad, insaciada a pesar de la lectura. Los mismos brazos, el mismo cuerpo, los mantenía de codos en el sillón, en actitud de reposo o de espera, y, de cuando en cuando, fingía una sonrisa pasajera, diáfana, como si ocupara la mente en lejanos y dulces recuerdos. Sin embargo, el rubor intermitente, con distintas intensidades, le molestaba de continuo. Aquello le estaba delatando. Quiso beberse con naturalidad el vaso de leche colocado en la mesita, junto a él, pero sospechó que el temblor de las manos iba a des-



cubrirlo. No pensó más en ello. Pretextaría cuando vinieran a llevárselo que la leche estaba fría. ¿Estaba fría o caliente? Tocó el vaso tímidamente con los dedos: la leche estaba caliente; pero cuando viniesen a llevársela estaría fría. Diría, por lo tanto, que estaba fría; y, si venían antes, que estaba caliente. Sintió un enojo profundo consigo mismo. Diría cualquier cosa. Luego quiso pensar de nuevo en su asunto y no pudo. ¡La leche estaba caliente! Se puso en pie de un salto, irritado, furioso. Miró a su alrededor con aire de desafío, de franca insolencia. El hall estaba brillante, susurrador, sugestivo. Las señoras, sobre todo, con el ajetreo del día de Feria, con la temprana salida al sol, reclinaban fatigados sus desnudos hombros, con un aire de cansancio y de voluptuosidad. Se hablaba a media voz del baile de esta noche en el Casino. Parecían formarse las parejas con aquellos comentarios, aquellas vagas insinuaciones, que habían de recordarse más tarde como

un vínculo anterior, al compás agitado de los bailes.

Bright continuaba en pie, retador, magnífico.

Dió un paso hacia adelante.

—Y ¿qué pasaría ahora —empezó a murmurar—, si yo comenzara a tirar los vasos y las sillas y me pusiera a dar gritos como un loco?

Un individuo, sentado en una de las mesas próximas, volvió la cabeza con curiosidad. Creyó que alguien le hablaba. Bright se apresuró a sentarse en su silla al tiempo que el mozo de servicio se le acercaba.

—La leche no está muy caliente —dijo levantándose de nuevo. Y, tropezando con mesas y sillas, se dirigió desesperado a la escalera.

Alguien llamó al mozo y, señalándole a Bright, preguntó:

—¿Qué le pasa a ese señor?

El camarero, sonriendo, se llevó un índice a la sien y lo movió como un sacacorcho. Una señorita, con aire sumiso y ojos de virgen, tradujo:

—*Guillao.*

El incidente terminó. Bright, mientras tanto, había llegado a sus habitaciones. Ahora le preocupaba una cuestión de técnica, de procedimientos.

—¿Qué era eso de enviarle padrinos que él no conocía, que ni siquiera le habían presentado?

Esto, indudablemente, había sido una incorrección. Claro está que eran días especiales los días de la Feria; pero Bright no se convencía del todo de que se tratara de una prueba de delicadeza. Además, ¿cómo iba a ser el duelo, cómo se iban a batir? Desdobló torpemente la carta: el duelo sería a pistola. Esto le tranquilizó. ¡Menos mal! Él se había batido en la guerra y no le asustaron las balas. ¿No le asustaron?

—¡Bueno —se dijo—; eso es otra cuestión!

Y volvió a pensar en su desafío. Poco a poco, nuevas luces, nuevas sensaciones, le fueron explicando el motivo de su furia, de su atroz

desasosiego. Este descubrimiento le entristeció. No existía, como él se figuraba, una lucha de principios, una incompatibilidad de criterios. Por lo demás, él nunca estuvo muy seguro de sí mismo. Las causas eran otras, más pequeñas, más inconfesables. Se trataba solamente de una cuestión económica: él estaba perdiendo su dinero de un modo estúpido. No se divertía, no iba a ninguna parte, no conocía a nadie, no conocía siquiera Sevilla, y todo esto le costaba mucho dinero.

—Claro está —decía luego para consolarse— que yo he venido a curarme. Pero —añadía con un suspiro—, me parece que tampoco me curo.

Se desnudó tristemente y se metió en la cama. Al poco rato sólo se oía en la habitación su hondo respirar de enfermo.

A media noche despertó. Sintió, primero, una gran sensación de alivio físico; las pocas horas de sueño le habían devuelto el descanso. Pero a este alivio físico, que le producía un bien-

estar extraordinario, que lo inmovilizaba en el tibio hueco de la cama, hasta sentir todos sus miembros desprendidos, totalmente en reposo, uníase, muy tenue al principio, acrecentándose por momentos más tarde, una grave melancolía que iba envolviéndole el ánimo. Pronto comprendió la causa: la había sentido otra vez, en una ocasión inolvidable, allá en un pueblo francés, la tarde antes de que lo hirieran. Entonces no pudo explicársela; ahora, sí. Estaba frente a la Muerte. Se asombraba, poco a poco, de su indiferencia pasada, de los últimos días, de su despreocupación al tratar de asunto tan grave como el de su duelo. Lo otro, lo de aquella linda muchacha, quedaba muy atrás, como una cosa aparte o, por lo menos, como un motivo tan remoto, que hubiera podido olvidarse incluso, a no ser por la belleza de la protagonista. El duelo vino por otros caminos. Aquella tarde encantadora con la señorita de Casa-Manrique no pudo engendrar, de ningún modo, un asun-

to tan desagradable como el presente. Más bien parecía que el duelo nació espontáneo de un choque fulminante, de su incompatibilidad desde el primer momento con dos personas que vinieron a visitarle. O, también, de su falta de comprensión, de no haber entendido en ningún momento cuánto dijo y cuánto le dijeron. Si él se hubiese dado cuenta, sólo un instante, del sentido de las conversaciones, de seguro que el resultado hubiera sido otro. Pero él habló y habló, y propuso soluciones, y asintió a lo que le dijeron, y hasta miró el reloj durante la última entrevista, la definitiva, para calcular si llegaría a tiempo a la Feria. En fin, había obrado de ligero, indiferente, y he aquí la consecuencia: quizá le mataran al amanecer.

El reposo se le hizo insoportable y se incorporó, dejando colgar los pies fuera del lecho. Así estuvo unos minutos. Pensaba, por primera vez, en su madre. ¿Cómo pudo olvidarla en este trance? Estaba asombrado. Durante sus gestio-

nes no pensó una sola vez en ella, y, sin embargo, debió ser su primer pensamiento. ¿Qué hubiera dicho su madre de saber sus apuros, el peligro que estaba corriendo? ¡Y no haberlo pensado! Se levantó a obscuras y abrió las maderas del balcón. No quería encender la luz; le molestaba la claridad como un espejo. Por los cristales entró la luna de primavera, blanca y triste.

Bright se acercó a la mesa. Pensaba escribir. Cogió la pluma y, al empezar, se detuvo. Una congoja profunda, como brotándole cálidamente del corazón, le inundaba los sentidos de amargura. Al pasarle por la garganta, la ola invasora extendía sus aguas y llenaba el estrecho recinto hasta turbarle. Un mundo de viejos pensamientos, de recuerdos olvidados, le entraba tumultuosamente en el cerebro. Tan pronto era un paisaje de su niñez, recogido y remoto, como era una anécdota, un suceso familiar, traído trabajosamente por la memoria

desde lejos. Todo esto se perdía, pensaba. Cogió de nuevo la pluma y comenzó a escribir. Necesitaba explicarlo, disculparse, volcar su extraña situación en una larga carta. Escribió horas y horas. El amanecer empezaba, al fin, a destañir los cristales del balcón.



## VI

Los padrinos llegaron al hotel un poco después de la hora convenida. Habían pasado también su mala noche. El bárbaro de Manolo Hacha —como decía Paco Arolas— se había empeñado, en el último momento, en batirse de verdad.

—Yo no hago comedias —decía gritando, cómicamente furioso, en una de las salas altas de Labradores, donde se habían reunido los cinco amigos—. Yo no hago comedias, y, además, tengo ganas de batirme con ese majadero, a quien no conozco, que no me importa, pero que me está dando la lata.

—Pero reflexiona, querido Manolo —decía Siete Fuentes—, que eso no puede ser. Hemos dado nuestra palabra al gobernador.

—Pues no haberse metido en eso. Yo me bato.

—El caso es... —volvía a insinuar el marqués.

—¿Tú crees —preguntó Joaquín Morales, dispuesto ya a meterse en otro conflicto— que esa palabra nos ata mucho? Porque yo entiendo que habiéndola dado antes de...

—¡Calla, calla! —decía el marqués escandalizado—. La palabra la hemos dado y no podemos volvernos atrás.

—¿Fué de honor? —se atrevió a preguntar Pepito La Mata, con su voz harto insegura.

—Yo no tengo sino una palabra —le respondió severamente el marqués.

Imposible desenredar la madeja. Se trajeron varios códigos, todos del honor, y empezó la consulta afanosa. El caso era que los códigos, con la única excepción de uno ya anticuado, edición del año 1784, estaban todos conformes en que el caso a discutir no era un caso grave, y, por lo tanto, sobraban aquellas continuas

amenazas de muerte que pregonaba el terrible vizconde.

—De todas maneras —decía este último—, yo me bato. Nadie me quita el placer de dejarlo cojo.

—Pero, hombre, ¡no es para tanto! —dijo esta vez Joaquín Morales.

—¿Cómo que no es para tanto? —exclamó, más furioso, el ofendido—. Y yo, ¿qué sé? ¿Quiénes han dicho que yo debo batirme? Ustedes. ¿Quiénes me contaron lo sucedido? Ustedes. Porque Isabel insistía todavía en que la cosa no tuvo importancia. Ustedes son los que se la han dado. ¿Y te atreves, encima, a decirme que el asunto no es para tanto? Entonces, ¿para qué me has metido en él?

—Sé razonable —intervino el marqués, viendo a su compañero que perdía terreno, todo azorado—. Joaquín lo que ha querido decir, y esto puede confesarse entre amigos íntimos como nosotros, que éste es un duelo para arreglarlo... sin consecuencias. Nosotros hemos intervenido,

porque debíamos hacerlo, por cuestión de forma. Hay que evitar los comentarios de la gente, que hubieran sido muchos, de no dar nosotros este paso. ¿Comprendes?

—Tú eres el que no quieres comprender mi última palabra —repuso el vizconde—. Yo no me presto a esa pantomima de tirar sin bala.

—Entonces —intervino otra vez Joaquín, recuperadas ya las fuerzas— habrá que cambiar las condiciones del duelo y buscar las legales. Nosotros habíamos acordado un duelo especial, ya que sólo nos proponíamos que el otro se llevara una lección. Habíamos pensado en un duelo a veinticinco pasos y avanzando, puesto que no habría consecuencias; pero, por lo visto, tendremos que variar el plan.

—Pero, ¿y el gobernador? —volvió a decir, indignado, el señor de Siete Fuentes.

—Que se compre un fajín —dijo Paco Arolas, rompiendo el silencio por primera vez.

—Señores, señores —empezó diciendo de nuevo el marqués—; el asunto es delicado. Si

nuestro amigo, aquí presente, se empeña en hacer lo que quiera, yo, por mi parte, y me atrevo a hablar también en nombre de mi compañero, el señor Morales, declino el honor de ser su padrino.

—Lo mismo digo —se apresuró a manifestar Joaquín Morales, que ya no sabía lo que quería.

—Venid acá —dijo Arolas al cabo de un instante—; yo creo lo mismo que ustedes: el asunto no es grave. Deben, sin embargo, batirse, para que la opinión se dé por satisfecha. Y debe ese majadero llevarse, además, lo suyo. Las condiciones, por lo tanto, de Joaquín, me parecen lo más a propósito; el susto que se le da es monumental. Ahora bien; como yo comprendo también lo que dice Manolo, y me parece muy justo su deseo de pegarle, propongo que se carguen solamente las pistolas de éste.

—¿De quién? ¿Cómo? ¿Qué? —exclamó el marqués, dando un salto en su silla—. ¿Qué está usted proponiendo? ¿Un asesinato?

—No, marqués —le interrumpió Arolas con una estrepitosa carcajada—; no se trata de eso. Digo que cargar las pistolas de Manolo para amedrentar solamente. Así la venganza será mayor y Manolo quedará satisfecho.

—¡Muy bien! —no pudo menos de exclamar Joaquín Morales, entusiasmado de nuevo con otro plan—. Pero Manolo no tirará al buñto, no hará ningún disparate.

—¡Hombre, no es de esperar! —contestó Paco Arolas—. ¿Qué te parece, Manolo?

—No me parece mal, aunque a mí me hubiese gustado más romperle una pierna.

—Y usted, marqués, ¿no dice nada?

—Lo que ustedes quieran —suspiró el marqués—; pero si se deciden a esto último, Manolo me dará su palabra de honor de que no tirará sobre Mr. Bright.

—Te doy mi palabra de que tiro al aire —dijo el aludido, que se había puesto repentinamente alegre.

—Es lo mejor —le decía Arolas al vizconde,

una vez terminada la discusión y convenidos sobre el duelo—. Nadie te quita el placer de darle un susto bestial, y así le desaparecen los humos.

—Señores —interrompió el marqués—, debemos pensar en acostarnos. Mañana tenemos que madrugar.

Pero, con gran asombro de todos, el reloj del Ayuntamiento dió cuatro lentas campanadas.

—¡Las cuatro! —exclamaron a un tiempo, poniéndose todos en pie.

—Pues aún faltan algunos preparativos —dijo Morales, dando muestras de gran nerviosidad—. Tenemos incluso que vestirnos.

—Señores —volvió a decir el marqués—, cada uno a lo que tenga que hacer. Ustedes —añadió, dirigiéndose a Arolas y La Mata— vayan luego por el hotel a buscar a Mr. Bright. Nosotros reuniremos con don Alberto y les esperamos en Tablada. Sed puntuales. Hay que terminar el asunto con la mayor rapidez.

Arolas y La Mata llegaron al Hotel Castilla

poco después de las cinco. Mr. Bright les esperaba desde hacía rato, envuelto en su amplio abrigo de mañana y dando unos paseos silenciosos bajo las arcadas del patio. ¡Qué distinto este patio de ahora, abandonado y frío, aclarándose con las luces del amanecer, con el hall de la noche, tibio y confortable! Allí estaban, sin embargo, los muebles familiares, las mesas, las sillas, los cómodos sillones, alineados junto a la pared, conservando aún un vago prestigio, la fácil evocación de su destino. Arriba, a través del cierre, humedecido por la madrugada, se entreveía la larga fila de aposentos, con sus ventanas cerradas, caldeando en su interior, como en estufas, las lindas forasteritas. Bright las recordaba, confusamente, como una sucesión de gratas imágenes. ¡Qué lejos estarían todas ellas, tan sonrientes y afectuosas, de soñar en estos momentos con que iban a matar a su vecino, a su vecino más correcto!

A la vista de los dos amigos, Bright quedóse un poco avergonzado. Las líneas severas de las



levitas y el doble brillo opuesto del charol y la chistera contrastaban irregularmente con su abrigo de mañana, su gorra de sport, y, sobre todo —¡oh, martirio!—, con su calzón corto y las vendas de sus piernas, que se le salían por debajo del gabán con un aire deportivo e insolente. Ahora comprendía en todo su valor una de las más prudentes recomendaciones de su madre: “Vas a un país extranjero; entérate de sus costumbres, de sus usos, para que seas en todo momento un caballero”. Y, pese a este consejo, no había intentado siquiera aprovechar su sana substancia en una de las ocasiones más solemnes de su vida.

Expuso sus escrúpulos, después de los saludos, con una timidez desesperante. Los otros entendieron a medias que Mr. Bright había creído el duelo uno de los deportes nacionales, y que de ahí la vestimenta que lucía. Hubo explicaciones innecesarias, mutuas promesas de excusas, razones de apremios de tiempo, cálculos improvisados de distancias, y después de

este mare mágnum de palabras, Mr. Bright se sintió empujado suavemente dentro de un auto y sentado entre los dos amigos. Así podrían explicarle mejor los últimos pormenores o, como decía Bright, rectificando, le contarían los primeros detalles del asunto. Los otros volvieron a excusarse de no haberse presentado antes, debido a la precipitación con que se había llevado todo, a la falta material de tiempo. Después le expusieron las condiciones del duelo: veinticinco pasos, avanzando, cañón rayado...

—¿Hasta cuándo avanzando? —preguntó Mr. Bright.

Hubo que explicarle que eso dependía de muchas circunstancias; que habría un juez de campo, que éste apreciaría...

Bright interrumpió:

—¿Y qué interés tenía ese señor en el asunto?

Los otros le alegaron razones, motivos, le hablaron de principios de justicia y equidad, de la necesidad del equilibrio en el lance de ho-

nor, del fiel de la balanza duelística, del resorte de la ecuanimidad restablecida... Bright no preguntó más. En realidad, no había entendido una palabra. El auto se deslizaba, veloz y silencioso, acallando con su vuelo los primeros rumores de las Delicias, entrando por las ventanillas abiertas la humedad mañanera de los árboles. El paisaje aparecía envuelto en una neblina de cristales irisados, como arañados por la punta invisible de los alfileres, que eran los rayos del sol al nacer. Todo era frágil y luminoso. El verde de las praderas se dilatava como una esmeralda humedecida y, en la raya lejana, fulguraba el ópalo de los horizontes. El campo despertaba, y sus primeras palpitaciones hacían saltar gozosas las alondras, con su vuelo rítmico y breve, como el latido de la campiña. Bright sintió reforzadas sus energías, su decisión de actuar.

Cruzaron frente a los últimos hoteles, bordearon el seno redondo de la Palmera y pocos minutos después encontraron de nuevo el río.

Habían llegado a la cita. Ya los otros les esperaban formando un pequeño grupo junto a un segundo automóvil. Bright bajó el último y su presencia pareció que producía una ligera contrariedad. La verdad es que aquellas vendas eran del todo irrespetuosas para el negocio tan serio que los reunía. Bright no acertaba a levantar la vista. Quedóse solo, malhumorado, mientras se saludaban los padrinos. Un señor de aspecto venerable, con anchos trozos de barba en los carrillos, le pareció que se entretenía en un ejercicio pueril, dando grandes zancadas por el campo. Oyó que le llamaban don Alberto. Tuvo entonces curiosidad por conocer a su adversario y se puso a observarle. De seguro que en Sevilla sería un hombre de estatura regular; pero en Inglaterra hubiera sido un enano, y un enano deforme: muy ancho de espaldas, con un cuello de buey y sostenido por dos piernas cortitas y voluminosas. Con la distancia que les separaba no distinguía bien su fisonomía; pero le pareció de duras facciones, acen-

tuadas con el reciente afeitado, que le daba reflejos de acero y pronunciando más, como nota característica, la unión poblada de las cejas. Todo aquello, sin embargo, tenía un cierto desembarazo, una cierta distinción de movimientos, que brotaba del cuerpo inusitadamente, como el agua brota de la roca. No le fué antipático. Aquello de ser el novio de la bella Isabel no lo recordaba.

Por fin se terminaron los preliminares. Mr. Bright se percató, no sin cierto asombro, de una curiosa faena de su enemigo. El vizconde se había desembarazado con un rápido gesto del cuello y la corbata y se cerraba ahora la levita hasta arriba, como se hace con un gabán cuando sopla la brisa. Bright lo imitó: se abrochó el abrigo; pensó luego que había hecho una cosa estúpida; se lo desabrochó de nuevo y se lo quitó, arrojándolo a pocos pasos sobre la hierba. Descubrió entonces su total visión, su espléndida indumentaria, con las piernas vendadas, que lucían aún más largas y endebles;

no se atrevió a dar un paso y quedóse mirando desde lejos a los demás como un ave enflaquecida y contrita. Sus padrinos se le acercaron y le indicaron el sitio en que había de colocarse. Luego, se retiraron prudentemente a cierta distancia, como habían hecho ya los otros. Bright se mantuvo firme en su sitio, con un enorme pistolón en la mano. Frente a él se erguía, afanosamente, para ganar estatura, su terrible contrincante. El señor de las barbas, colocado en el centro de la línea, hacia un lado, dió una palmada débil, que se perdió en la inmensidad del campo como el vuelo de un pájaro asustadizo. El vizconde levantó el brazo y lo dejó extendido, señalando lúgubrementa a Mr. Bright. Este comprendió, al fin, y abrió los ojos con espanto. Sonó el disparo. Mr. Bright oyó como el vuelo rápido de una abeja que le pasara junto al oído. Quedóse inmóvil, atónito. Aquello era un asesinato.

Alguien gritó con mal disimulada risa:

—¡ Valor, Mr. Alegre!

Bright enrojeció. Dió un paso vacilante y disparó sin tino. El vizconde recibió el disparo sonriendo.

—Por lo visto —pensó Mr. Bright— es más valiente.

Sin embargo, procuró recibir la segunda bala con cierta dignidad. Esta segunda bala tuvo el mismo vuelo que la anterior, el mismo que la tercera. Bright desesperaba ya de su suerte. Debía estar muy excitado y el pulso no le respondía. Ahora estaban los dos frente a frente, a pocos pasos de distancia. Le tocaba tirar al vizconde. Y pasó, en este momento, una cosa inexplicable. Bright no perdía de vista a su adversario. De seguro que le iba a matar. El vizconde dirigió una mirada rápida a sus padriños. Estos hicieron unos aspavientos ininteligibles al tiempo que sonó el disparo. Bright vaciló y cayó al suelo. Una mancha de sangre se iba agrandando sobre una de las vendas.

Todos corrieron y le rodearon. Bright estaba desvanecido.

—La herida ha sido en la pierna —dijo don Alberto.

Mientras tanto, el marqués había empujado violentamente al vizconde fuera del grupo y le decía con voz queda y agresiva:

—Es usted un infame.

El otro le miró sonriendo, aunque intensamente pálido, y le respondió en el mismo tono:

—Es posible, pero no lo diga en alta voz, porque irán todos ustedes a la cárcel.

El marqués dió un paso atrás, aterrado. Miró a los otros tres. Todas las miradas coincidieron en un punto, en el aire, donde quedóse brillando la angustia. Un secreto mortal, irremediable, acababa de unirlos para siempre.

Don Alberto parecía el más tranquilo.

—La herida no tiene importancia. —dijo, cuando concluyó de quitar las vendas a Bright—; ha sido sólo un arañazo, que ha interesado poco más de la piel. De todas maneras —díjole después aparte al vizconde—, de haber avisado usted, hubiéramos traído un médico.



Y, dirigiéndose de nuevo a los demás, que formaban un grupo silencioso, les dijo con su voz campanuda, un tanto servil, sin embargo, como de persona de antiguo asalariada que, a pesar de los años, no puede olvidar que habla con sus amos:

—Señores, repito que esto no tiene importancia. Vamos a trasladarlo al coche; se conoce que está débil, y por eso se ha desvanecido.

En uno de los coches entraron el marqués, Morales y Pepe La Mata, acomodando cuidadosamente entre ellos al herido. En el otro se fueron Arolas, don Alberto y el vizconde.

—La verdad —decía ya dentro del coche don Alberto, camino de Sevilla— que tiene usted a veces cada ocurrencia...

—Pero, ¿a quién se le ocurre —respondió el vizconde, interrumpiendo sus meditaciones— venir a batirse con esas vendas en las piernas? ¡Eran mi obsesión!

## VII

LA aventura del duelo no mereció, en modo alguno, el apóstrofe violento del marqués al vizconde. Así tuvo que reconocerlo el propio marqués, al cabo de unos días, en una larga excusa que presentó con todo género de sinceridades a su amigo. Muy al contrario de lo que se esperaba, aquel incidente del desafío fué algo así como una nueva ejecutoria de nobleza del vizconde y, además, la completa rehabilitación de Mr. Bright. Bien es verdad que al público no llegó, por expreso acuerdo de todos los testigos, sino una especie de relación mixtificada, un acta falsa y compuesta a última hora, en la que variaban elementales componentes del suceso. De este modo, dada la estricta legitimidad del hecho y la severa corrección con que se

habían atendido hasta los más nimios detalles, las consecuencias, aunque dolorosas, no podían ser más naturales. Nadie se extrañó, pues, con la noticia, ni pensó, siquiera remotamente, en posibles irregularidades.

El comentario fué unánime y sencillo: el vizconde, dando una prueba más de su nobleza, se contentó con herir ligeramente a su adversario, pudiendo haberle matado con facilidad. De todos era conocido su dominio de las armas. Mr. Bright, por otra parte, había quedado como un perfecto caballero, había mostrado su valor y su serenidad admirables. Se relataba en todas partes la indiferencia de que dió pruebas en el momento del desafío. Hasta se decía que se presentó en traje de golf, como si se tratara sólo de un deporte. La herida, por lo demás, curaba rápidamente, y Mr. Bright ni siquiera la aludía en las frecuentes visitas que recibía en su cuarto de convaleciente. Todo esto se comentaba con entusiasmo en las tertulias, en las noches de la ópera, en las grandes rotondas de

las Delicias, donde se alineaban los coches, como palcos, durante el paseo. Bright, en resumen, fué la figura del día. Tuvo sobre el vizconde la ventaja de no ser sevillano.

Hasta el mismo gobernador, que en los primeros instantes de la noticia mandó a buscar iracundo al grave marqués, hubo de aceptar, al fin, la explicación de lo sucedido. Una equivocación, como decía Morales, que asistió voluntariamente a la entrevista, cualquiera la tiene. Fué una equivocación, lamentable, si se quiere, pero una equivocación. Bien podía entender el señor gobernador que el asunto estaba concluído; la herida no tenía importancia; ¿es que el señor gobernador iba a denunciar una cosa tan grave como el compromiso que adquirieron? ¿No era más prudente olvidar lo pasado?

El gobernador no insistió. Vió su prestigio tan comprometido, su reputación tan mal parada, que empezó a sentir allá en el fondo de su corazón, muy en el fondo, como el deleite del peligro salvado. Tampoco le disgustaba del todo

la idea de que el extranjero se había llevado su lección.

No había, por lo tanto, que pensar en complicaciones desagradables. El temor de una indiscreción desaparecía ante la responsabilidad simultánea que implicaba. Todos podían saludarse tranquilos.

Por un fenómeno extraño hubo una persona, la menos indicada, que no pareció satisfecha del relato, y esa persona fué la señorita de Alford. La señorita de Alford, con su fino instinto de mujer y acaso también con un conocimiento más exacto de su novio, no aceptó con tanto entusiasmo como el público el relato de la hazaña. Presintió algo anormal en lo sucedido, algo que no podía explicarse a su gusto y que empezaba a obscurecersele al pensar en los dos padrinos que le habían adjudicado al pobre Mr. Bright, y terminaba de hacersele impene- trable al oír aquello de la generosidad de su novio, que para ella era una sorpresa. Le hizo al vizconde algunas preguntas, aunque procu-

rando velarlas de indiferencia; pero las preguntas no debieron ser modelo de discreción, porque levantaron desde el primer momento un fuerte altercado entre los novios.

—Lo que yo te digo —concluyó Isabel con un gesto magnífico— es que ya sabes tú con quien lo haces. Si llego a ser yo, en lugar de Mr. Bright, lo que te digo es que a estas horas estás viviendo en Triana y no se te ha pasado el remojón.

—¡Olé las rubias con sangre! —le respondió su novio, viéndose perdido y atrincherándose en un piropo.

—A mí no me la das tú, ni... con oles —replicó Isabel.

El vizconde dejó la casa de su novia muy pre-ocupado. ¡Mucha mujer era aquella jerezana! Expuso sus temores a su amigo Arolas, pero éste le hizo en el acto un resumen filosófico que casi valía por un consejo:

—Y si sospecha algo, ¿qué más da?

El vizconde se sintió más tranquilo, y así terminó el incidente.

En cuanto a Mr. Bright, eran múltiples los pensamientos que le ocupaban. Mejor dicho, eran varios, uno tras de otro, que se le iban alineando en la cabeza, marchándosele como un pelotón en fuga.

Al principio tuvo apenas una confusa noción de lo que le ocurría. Volvió a sentir el mismo desconcierto que cuando recibió la carta de los padrinos participándole que el duelo había quedado concertado; es decir, lo mismo que la carta, esperaba también, como un suceso lógico, la posibilidad de resultar herido en el duelo; pero esta posibilidad, al igual que otras muchas de sus sensaciones, la aceptaba tan vagamente, tan remotamente relacionada con su realidad inmediata, que, al acaecer efectivamente el suceso, al encontrarse dentro de él como su factor principal o componente, experimentaba una extrañeza sin límites, algo así como el asombro ante consecuencias injustas e inesperadas. Tal

fué su sentimiento al cruzar el patio del hotel, cojeando, de vuelta del desafío.

—Por lo visto —pensaba malhumorado— no tengo suerte en ese paseo. Es la segunda vez que me traen.

Los amigos le acompañaron hasta su cuarto y se despidieron deseándole toda suerte de mejorías. Bright volvió a meterse en el lecho, como la otra vez, triste y silencioso. Estuvo así, inmóvil, largo rato. Al cabo se incorporó, como si hubiera de pronto recordado alguna cosa importante, y se dejó caer de nuevo en la almohada, dando profundos suspiros. ¡Adiós, Feria de Sevilla! ¡La había perdido definitivamente!

El ruido de la puerta al abrirse le interrumpió sus desgraciados pensamientos. Quedóse mirando a la persona que entraba, sin reconocerla, casi sin mirarla, preocupado solamente en sus adentros por el aire compungido que traía.

—¡Ah, Carmencita! Pase usted.

La muchacha se acercó al lecho, con sus ojos



humedecidos de lástima. Parecía más niña o más bonita.

—Ya me lo han dicho, señorito. Está usted herido.

Bright sintió que el buen humor le renacía. Procuró ser elocuente y corresponder a las simpatías de la muchacha.

—No tiene importancia —contestó—; un pequeño rasguño en la pierna.

—Entonces —preguntó Carmencita como quien tiene una duda que quiere aclarar—, ¿se batió usted?

—Claro está —le respondió Bright con aire importante.

Se hizo el silencio entre los dos. Ya no sabían cómo volver a hablar. Bright dijo, al fin:

—¿Sabe usted que encontré padrinos?

—¿Quiénes fueron, señorito?

—¿Cómo? ¿Que quiénes fueron? ¡Ah, pues no lo sé! —respondió enojado Mr. Bright por no haber previsto un detalle tan delicado—. Es decir, ahí en mi bolsillo debe haber una carta

en la que me dicen los nombres. Traiga usted. Esta es la carta. A ver: Francisco de Arolas y José Díez de La Mata. Estos fueron mis padrinos.

La muchacha había lanzado una exclamación de asombro al oír los nombres.

—¿Francisco Arolas? —preguntó—. Diga usted, señorito, ¿es un señorito alto, con bigote negro y que usa lentes?

—Me parece que sí, el mismo. ¿Usted le conoce?

—No; de vista nada más.

Y Carmencita se ruborizó, volviendo la cabeza para que no la viera Mr. Bright.

—Usted le conoce —afirmó éste con su santa imprudencia.

—No, señorito; no lo conozco —repetía la otra, cada vez más azorada.

—A ver, Carmencita, diga la verdad. ¿De qué le conoce usted?

La muchacha rompió a llorar. Bright se que-

dó de un salto sentado en la cama. Esto sí que no lo esperaba.

—¡ Ah, diablo! —dijo sin darse cuenta—. Soy un imbécil.

La otra se disculpaba como podía, diciendo que la noticia del duelo le había impresionado mucho. Después, a medias palabras, empezó a contar una historia, su historia pequeñita de muchacha. Ella conoció a ese señorito cuando vivía ella en la Alameda. Él fué muchas noches, durante un verano, a ver unos juegos que se ponían allí. ¿ Comprendía Mr. Bright? Se conocieron una de esas noches, viendo uno de esos teatros al aire libre. Él estaba de pie junto a ella y empezó a hablarle de la función, de lo malos que eran los cómicos. Ella no le hizo caso, porque la hacían reír mucho. Entonces, él empezó a reírse también y a decir unas cosas muy graciosas. También, de vez en cuando, le decía con disimulo algún piropo. Así estuvieron varias noches, sin que él faltara una sola. Se hicieron

amigos y se saludaban siempre. Al cabo de unos días, sin saber cómo, era novia de él.

—Eso es todo, señorito; pero no se lo diga a nadie. Él se portó muy mal conmigo y ya yo he olvidado lo que pasó.

Mr. Bright no salía de su asombro. Conservaba su misma postura sobre la cama, sin acordarse de la herida. Tampoco entendía muy bien lo que la muchacha le contaba. Claro está que había de por medio, y hacia el final de la narración, una vieja palabra amiga que ya le había costado un disgusto y que no quería volver a interpretar. Novia; ¿qué es lo que significaba esto?

Carmencita continuó, al cabo de un rato:

—Él me buscó este puesto en el hotel, porque tenía muchas influencias. “Así —me dijo—, podréis vivir tú y la niña sin que os falte nada”.

—¿La niña? ¿Qué niña? —volvió a preguntar Mr. Bright inconscientemente, aunque redoblando el acoso.

—Mi hija —contestó Carmencita.

Mr. Bright dió un segundo salto. Esta vez se quedó sentado en la almohada, sujetándose la pierna herida que le molestaba terriblemente.

—Pero, ¿tiene usted una hija? ¿Se casó usted después?

Carmencita no acertaba a desenredarse de aquella madeja que embrollaba Mr. Bright. Éste, mordiéndose los labios por el dolor, no cesaba de interrogar con la vista, intrigado ya por la historia de la muchacha. Carmencita se decidió a terminar el relato y contarle todo de una vez.

—Él es el padre de la niña. Es una hija nuestra, de los dos.

—¡Ah! —exclamó esta vez Bright, tranquilizado—. Entonces, se casaron ustedes, y él la abandonó después. Muy mal hecho, muy mal hecho.

—¡No, señor! —le dijo Carmencita, mirándole asombrada—. No nos casamos nunca. Por eso le digo que él se portó muy mal. Claro está —añadió, como disculpándole, a pesar de

todo— que él no podía casarse conmigo, porque él es un señorito. Pero, entonces, lo que yo me decía: ¿para qué quiere ser mi novio?

Bright se había acostado otra vez, trabajosamente, en el lecho. Cerró los ojos y su respiración fué haciéndose normal, hasta tener un ritmo pausado, grave y tranquilo. Parecía dormir o sumergirse en hondas meditaciones, que no alteraban, sin embargo, su dulce fisonomía. La muchacha estaba junto al lecho, sin atreverse a hacer un movimiento. Bright la cogió una mano, la puso debajo de su mejilla, junto a la almohada, y la apretó dulcemente, con un recóndito calor. Después la besó con timidez. La muchacha, sorprendida, corrió hacia la puerta abierta y desapareció.

Bright volvió a quedar solo. Aquella historia le había impresionado. Carmencita surgía ahora frente a él, nueva y distinta, con un nuevo y triste significado.. Bright no dió otra señal de vida en toda la mañana: continuó tendido de

espaldas, con los ojos abiertos, mirando al techo, serio e inmóvil.

Al mediodía llegó el médico, correctísimo, con una sonrisa en los labios que aludía a la vez anterior. Le quitó la venda, le hizo un lavado a toda velocidad, volvió a vendarle la pierna, prometió una rápida curación, trazó un ligero esquema sobre el honor y el duelo, que, a su juicio, no reparaba nada, y después de sacar el reloj con su limpio procedimiento de malabarista, y consultarlo, hizo una reverencia ante el lecho y se fué, brillante y perfumado. Le esperaban —explicó con un gesto displicente— sus nuevos clientes del hotel: señoras que requerían sus auxilios después del cansancio de estos días. Lo dijo con su última sonrisa de hombre de mundo contrariado. Bright ni lo oyó siquiera; apenas se enteró de la visita. Estaba preocupado con su almuerzo, que no tardaría en llegar. El mozo entró, efectivamente, a los pocos minutos, llevando entre sus brazos la bandeja. La colocó en una mesita, junto a la cama,

y se dispuso a salir. Se vió, sin embargo, que no se decidía a marcharse sin decir antes algo que ocultaba, acaso una importante noticia. Bright dió comienzo a su almuerzo sin notar aquella inquietud. El criado llegó hasta la puerta, y en el momento de desaparecer en la galería, volvió la cabeza y dijo:

—Señorito...

Bright levantó la vista, sin abandonar su importante ocupación. Vió, entonces, que quien le había servido no era la muchacha. Esto le intrigó hasta el punto de suspender el almuerzo.

—Oiga, mozo —preguntó—, ¿es usted el que está ahora de servicio?

El otro, disimulando su turbación, empezó a explicarle:

—Mire usted, señorito: de eso quería yo hablarle. Yo soy el que está de servicio, ¿sabe usted? La otra estaba porque yo tenía licencia...

A Bright le disgustó profundamente este cambio. El criado, además, le inspiraba una gran antipatía.



—El caso es, señorito —continuó—, que yo creo mi deber contarle al señorito lo que ha pasado...

Y aquí se interrumpió de nuevo, como quien se arrepiente o vacila. Pero Bright, curioso impenitente, era ya todo oídos. El mozo tuvo que seguir :

—Pues, el caso es... ¿cómo se lo diría yo al señorito? El caso ha sido... que... la muchacha no está ya en el hotel. ¿Comprende usted? El señorito, ¡claro!, cosas de hombre...; pero... el señorito se olvidó de cerrar la puerta y parece que le han visto... Dieron parte... Usted me comprende, ¿no es verdad, señorito?

Bright se había quedado de una pieza, con la cuchara destilando sopa sobre la blanca sábana. No acertó a decir palabra.

El mozo aprovechó el silencio para marcharse. Cuando volvió por el servicio encontró el almuerzo completo, intacto, y a Mr. Bright concluyéndose de vestir y cerrando sus maletas.

La habitación había experimentado, como por arte mágico, una total transformación.

El mozo se detuvo atónito, sin atreverse a entrar. Bright pidió con voz firme:

—¡La cuenta!

Al poco rato subieron el gerente, dos o tres empleados de la oficina, el jefe del comedor. Bright no explicaba nada; no atendía tampoco a lo que le decían. Pagó y se marchó. Fuera ya del hotel se sintió más tranquilo, tranquilamente orgulloso, contento de sí mismo, comprendiendo que había hecho una noble acción que rehabilitaba a la muchacha a los ojos de los que la habían ofendido.

En el hotel se comentó la marcha durante unos minutos nada más. La cosa no tenía mayor importancia. Era lo que decía el mozo entre el corro de sus compañeros que le escuchaban:

—¡Cuando un inglés se enamora de una mujer, es capaz de seguirla hasta el fin del mundo!

\* \* \*

Final de aquella lamentable jornada, y merecida compensación, sin duda, a tantos sinsabores, fué para Mr. Bright la carta que recibíó aquella tarde, a poco de quedar instalado en su nuevo hotel. Se la enviaron del otro, adonde llegó momentos después de abandonarlo míster Bright. La carta decía así:

“Querido paisano: Vaya, ante todo, mi enhorabuena por lo valiente que ha estado. Vayan, después, mi dolor y mi remordimiento por haber sido la causa del desafío. Todo esto se lo hubiera querido decir de palabra, pero no puede ser. Sepa, de todas maneras, que estoy orgullosa de mi amigo... y de mi tierra.

Un fuerte apretón de manos de

*M.<sup>a</sup> Isabel de Alford.”*

## VIII

LA convalecencia fué más larga de lo que esperaban el flamante doctor y hasta el propio Mr. Bright. Hubo complicaciones de índoles oscuras, de mal estado general de la sangre, de otras mil causas calamitosas que retuvieron a Bright en el lecho durante algunas semanas. Para mayor desdicha, con la constante excitación de los días pasados se robusteció la antigua enfermedad, hasta reflejar en el enfermo tal estado febril que el mismo Bright tuvo que aceptar forzosamente la gravedad de su caso. La gravedad, para él, consistía, de un modo especial y determinado, en aquella inmovilidad que, a su juicio, le anulaba y le desposeía, sobre todo, de posibles actividades placenteras.

Era entonces el mes de mayo, y pudiera afir-

marse que en este mes divino, tan lleno de sorprendentes maravillas en las ciudades del Sur, no hubo otro espectáculo más atrayente en Sevilla que la figura, deteriorada y triste, de Mr. Bright.

Las semanas de convalecencia, aquellos días interminables de la vuelta a la salud, que lo aislaron del resto del mundo, que lo encerraron taciturno en el tedio de su cuarto de hotel, completaron el interés de su persona, aumentaron el misterio de su vida.

Sevilla entraba ahora en su mes voluptuoso, llenaba sus patios de crucecitas de flores, de ardientes enramadas. Cada rincón se convertía en jardín y cada jardín en un culto. Eran cuidados minúsculos, amorosos y hábiles, los que seguían los dedos al enhebrar la rosa con la rosa y las rosas en el madero. Surgían como llamas, detrás de las verjas, los altares diminutos de la ciudad enamorada. Por el día apagábanse, como un capricho pueril; pero a la tarde, a medida que la noche se acercaba, los patios co-

braban una nueva vida pasional, que a la media noche se festejaba con el repique obsesionante de los palillos. Desde lo alto de la Giralda —la altura ejemplar para todo buen sevillano— la ciudad luciría por las noches, toda sembrada de hogueras, rojos braseros en la distancia, de los que subiría el humo invisible de los bailes como incienso sagrado.

Era el mes sevillano, de recogidos placeres. La atmósfera se transparentaba con los tibios días de la primavera, hasta dejar en el aire extrañas vibraciones de luz. Amanecía Sevilla con sus albas doradas y terminaba con sus crepúsculos de rosa: dos crepúsculos de arteificio, como de acuareladas porcelanas que enmarcaran los extremos de un paisaje intermedio de sol, inmóvil, en el que morían devorados todos los colores.

Con este ambiente de milagrería que rodeaba toda cosa, y que, sutilmente, iba penetrando en las almas, moviéndolas a increíbles afanes, brotó también la leyenda de Bright.

Las gentes comenzaron hablando primero de una mujer, casi de una diosa, a quien muy pocos habían visto, como es de rigor en estas leyendas. ¿Quién era esta mujer? Unos la suponían de país remoto, fabuloso, y hablaban de unos cabellos de oro fino reflejándose sobre el mármol de los hombros. Otros aseguraban que era española, sevillana y morena, y que vivía escondida en el mismito barrio de Santa Cruz. Se cruzaban noticias contradictorias, se aseguraba haberla visto en sitios diferentes. En lo que todos coincidían, sin embargo, era en la historia enamorada y triste del viajero. El viajero sí se conocía, había indicios más reales de su existencia. No podrían, quizá, precisar sus años, su vida y sus costumbres; pero lo cierto era que en un lugar de Sevilla, en cualquiera de ellos, existía un viajero herido, un hombre triste y enamorado. Se señalaban lugares concretos de su residencia: un hotel enorme y silencioso que permanecía cerrado desde hacía algún tiempo, en... ¿dónde? Allá por las Ventas, o cerca del

manicomio, o por la carretera de Jerez. Sí, al extranjero lo habían visto antes del desafío. El duelo fué una noche, junto al río, y el otro, el antiguo amante, murió en el duelo y fué arrojado a las aguas. El extranjero quedó malherido. Lo llevaron a un hotel de las afueras y allí lo ocultaron. El extranjero era un personaje. Ahora se trataba de conseguir el silencio para celebrar la boda. Porque había esta segunda parte: la bella misteriosa se rendía, al fin, a su nuevo galán.

Cuando Bright salió a la calle la leyenda volaba ya por Sevilla. Pero nadie pudo, sin embargo, adivinar la íntima relación entre aquel ardiente personaje y la figura desmedrada de nuestro Bright. Tan dispares se presentaban, la una en su reducida concreción y la otra en el amplio cielo difuso de la fantasía, que hubiera podido difícilmente juntárselas un momento con el mismo latido popular que las animaba. De este modo, aun aquellos amigos de Bright, los que conocieron o adivinaron sus desventu-



ras, no pudieron siempre concederle la atención debida a su persona. Bright continuaba siendo para todos, no el héroe popular, de vivas enseñanzas, sino la mixtificación, más o menos hábil, de preceptos y virtudes. Se le aceptaba, se le quería incluso; pero con la distancia prudencial de lo indeseado, de lo que suplanta a veces, enojosamente, tergiversando su índole, lo que en nuestra conciencia tiene su vida inmutable.

Pero Bright era feliz, intensamente feliz en aquella primavera sevillana. Respiraba sin darse cuenta el aura de su popularidad, la caricia invisible de los afectos.

Cambió de vida. Ya no fué el hombre retraído y triste que se arrinconaba en todos los lugares, sino más bien el hombre sonriente, correcto y expresivo, que busca en toda ocasión momentos para su crítica. Al viento favorable de su optimismo atravesó nuevos mares de amistad, frecuentó desconocidas y umbrosas riberas. Ya se le acogía como una antigua fisonomía, que

## EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE

quizá no fuera la auténtica; pero que era, indudablemente, la que más le recordaba.

Conoció otras gentes; no faltó un día a los puntos de reunión. Bright arraigaba como ente social, apacible y misteriosamente. Bright, de sí mismo nacía y renacía.

¿Lo consiguió? ¿Unió en su alma, tan difusa, aquellas dos contrariadas creaciones? ¿Quién lo sabe! Su sonrisa era perfecta, confiada. Todos respetaban, por lo demás, el misterio de aquel íntimo alborozo. Alguien, sin embargo, lo descubrió al fin: Bright estaba enamorado.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

LA RELACIÓN DE ÁLVARO CUBAS

## I

DURANTE mi estancia en Sevilla tuve frecuentes noticias de la vida de Mr. Bright; pero, eran esta noticias tan dispersas, tan desposeídas de necesaria unidad, que hube de olvidarlas poco a poco como anécdotas sin sentido. Por lo demás, conocía lo bastante a mis sevillanos para pensar que, acaso, aquel nuevo y pintoresco tipo que surgía pudiera ser no más que el resultado de sus ociosas imaginaciones. Algo, sin embargo, sospeché de la verdad en mis últimos días de Sevilla. Bright, tan amable y solícito de costumbre, con aquel saludo suyo extremadamente afectuoso aun para sus más indiferentes amigos, atravesaba ahora las calles sin reparar en persona o cosa alguna, como sumido en plácidas meditaciones, que le hacían llevar un

paso reposado, de hombre distraído, pendiente tan sólo de su íntimo vivir.

No pude, a pesar de todo, como decía, reconstruir en aquellos días su vida e inquietudes, que más tarde habían de despertar en mí un apasionado interés. Toda su historia, los episodios de los últimos días de su vida, la supe años después, en otra ciudad y otro país, cuando ya Sevilla era sólo un recuerdo en mi memoria y terminaba yo el año 1921 entre las brumas otoñales de Londres.

Apenas puedo precisar, a pesar del corto tiempo transcurrido, cómo supe la estancia en la capital de Inglaterra de mi amigo Alvaro Cubas. Como siempre, su presencia se me anunció primero por vagas noticias sociales, dispersos reflejos de su magnífica personalidad. Luego fueron noticias más concretas, visiones reales de su persona en determinados sitios, nombres de amigos y conocidos suyos, lugares que frecuentaba, círculos a que pertenecía. Más tarde, comprendí que su presencia material se apro-

ximaba: había sonado el primer nombre de mujer. Por último, una mañana recibí estas líneas:

“Esta tarde, a las cuatro, en el Japanese Club, Cavendish Square, núm. 5.”

Siempre mostró gran predilección por lo aparatoso o teatral; así que no me extrañó del todo aquella manera sorprendente de invitarme a darle un abrazo, ni el no menos sorprendente lugar en que me citaba. Poco antes de la hora señalada emprendí a pie el corto trayecto que separa Curzon Street de Cavendish Square. No dejaba de meditar por el camino en la extraña suerte de Alvaro, destinado, por lo visto, a frecuentes cambios y mutaciones. Lo que no conseguía explicarme era cómo su andar desordenado por el mundo podía ajustarse, con estricto ritmo, a sus deberes profesionales, salvo el caso de que éstos no existieran. Porque mi amigo Alvaro desempeñaba en la actualidad, según mis noticias, el puesto de segundo secretario de la Embajada en Londres, cuando

apenas hacía un mes estaba en París, y hacía dos, en Constantinopla, y hacía tres, en una República sudamericana. Pero todo esto pensaba yo aclararlo en la octava o décima entrevista que tuviéramos, porque antes estaba seguro de que no me dejaría hablar una palabra.

Llegué a la plaza, callada y espaciosa. Dos o tres *taxis*, charolados y diminutos, aguardaban en fila su turno, arrinconados a la verja del jardín. El resto de la plaza estaba desierto, reflejando en su suelo, bruñido como un espejo de acero, la pálida claridad del cielo.

—Tarde de nieve —me dijo el portero, al entrar en el Club.

Quedé esperando en un vestíbulo en sombras, profusamente decorado. A poco me sentí abrazado estrechamente. Aquellos brazos, vigorosos y cordiales, me eran conocidos; pero la densa obscuridad del hall sólo me permitía adivinar las facciones de mi amigo. Me empujó por la ancha escalera hacia el piso principal y penetramos en uno de los salones iluminados.

Ya entonces pude ver, a plena luz, la antigua fisonomía, sonriente y enérgica a un tiempo mismo.

—Ante todo —me dijo, sin darme tiempo siquiera a resumir mi examen—, nada de profesión de fe, de afirmación de españolismo. Nadie más español que yo. Conozco de sobra esta medianería, la casa vecina, que es la Casa de España. Conozco la existencia de ese club español. Pero adivino también sus ruidos, sus discusiones y sus juegos de dominó. Ninguna persona tranquila podrá estar en él un par de horas. Por eso te traigo al Club japonés. Pero como yo soy español, cada día más español, no debo alejarme mucho de mis lares y busco un sitio y me traslado aquí, a cuatro metros de su frontera, lo más cerca que encuentro para vivir a su amparo y a su sombra. ¿Entendido? Nada de profesión de fe.

Yo lo contemplaba encantado. Era el mismo de siempre, el sempiterno hablador.

—Por lo demás —continuó—, no te extrañe



la hora de la cita. No es que yo me adapte a costumbres modernas, que imponen el te a las cuatro de la tarde, en lugar de a las cinco, como en la ante-guerra, que se tomaba el te a las cinco, porque no se tomaba el te y se podía comer a las siete. No; yo conservo las cinco de la tarde, aunque tomo el te como si fueran las cuatro. Lo que pasa es que a las cinco tenemos visita, y yo quería hablar contigo un rato a solas.

Yo asentía a todo sin titubear, entusiasmado por su locuacidad. Me explicó la fatal coincidencia, a su juicio, que le hizo invitar a un amigo con anterioridad a tener noticias de mi estancia en Londres. No quiso, sin embargo, retardar nuestro encuentro, y por eso no dudó en citarme. Yo sabría perdonarle, seguramente. Por otra parte, el invitado era también conocido mío: Mr. Eales. ¿No recordaba? Un señor muy afectuoso que estaba de cónsul inglés en Sevilla hacía algunos años. Sí, me parecía recordar. Se habían encontrado pocos días antes, cuando Mr. Eales salía del Club español, y él,

Alvaro, del Club japonés, claro está. Habían charlado un rato en la acera, recordando cosas de España, gentes de Sevilla, y Alvaro concluyó llevándose a su *flat* y haciéndole gustar de algunos vinos españoles. Después, la cita obligada, la mutua invitación. ¿Dónde invitarle a seguir charlando mejor que en este Club, tan cerca del nuestro, que es el que él prefiere?

Aquel galopar de palabras hizo pasar por mi memoria una serie de viejos recuerdos, de fisonomías, de lugares perdidos y remotos que, apenas precisos, se esfumaban bajo el alud de nuevas palabras e impresiones. Al fin, pudimos sumergirnos en aguas más reposadas, en la conversación diáfana y quieta de nuestro presente. Nos confiamos proyectos, dudas y esperanzas. Alvaro no creía muy estable su situación en Inglaterra. Empezaba a sentir la vieja enfermedad del regreso, el vehemente deseo de saturarse de su patria, de sus gentes y de sus paisajes. Ahora le retenía en Inglaterra la entrada de su hermano en la Universidad de Shelford. Era el

único hermano de Alvaro, Jacinto, a quien yo también conocía, y que juntos y solos formaban, con una lejana parentela en Canarias, los únicos vestigios supervivientes de una extinguida numerosa familia.

La conversación se interrumpió, apenas entrada en cauce, por la llegada de Mr. Eales. Nos reconocimos en seguida y nos apretamos las manos como viejos amigos. Alvaro, en el acto, pidió que sirvieran el te. La conversación se generalizó entonces, y hubo de caer, naturalmente, en el tema obligado. Volvió a hablarse de España, de Sevilla, de todo aquello que nos parecía tan distante y tan amado. Mr. Eales no dudó en hacer una vez más el elogio de los sevillanos, cosa que Alvaro agradeció infinitamente por el tanto de sangre andaluza que corría presuroso por sus venas. Yo también hice una inclinación, aunque casi injustificada. La cuestión era estar agradecido a tan gratas observaciones.

—No hablaría así Mr. Bright —dijo Alvaro con un triste movimiento de cabeza.

Desapareció mi indiferencia. Aquel nombre mágico, evocado tan de improviso, grabó de un golpe en mis recuerdos el viejo retrato olvidado. Vi ahora a Bright tal como yo le conocí en Sevilla, con su andar despreocupado y el lento balancear de sus brazos y la sonrisa confusa a flor de labio. Volví a los años atrás de aquella primavera andaluza y me quedé como asombrado, como íntimamente entristecido del lejano olvido en que estaba todo.

El Sr. Eales se había quedado silencioso después de las palabras de mi amigo. Me pareció que le afectaban profundamente y que se hundía también en otro mundo de recuerdos. Al cabo de un instante dijo así:

—Dejemos a Bright en su reposo. Él no conoció Sevilla.

Estas palabras me parecieron más misteriosas todavía y a punto estuve de pedir que se me aclararan. Pero Alvaro, infatigable conversador, ya me las explicaba espontáneamente. Así supe la muerte de Bright, ocurrida algunos me-

ses después de salir yo de Sevilla; pero las circunstancias de esta muerte, indicadas vagamente por Alvaro, me dejaron, en cambio, la insaciada curiosidad de conocer sus pormenores. No me atreví a pedirlos, sin embargo. Visiblemente, la conversación producía en Mr. Eales un penoso efecto. Fué él, no obstante, quien volvió más tarde al mismo tema.

Alvaro atendía en este momento, minuciosamente ocupado, al servicio del te. El mozo del club, un japonés de anchas espaldas y piernas tan diminutas que al andar parecía mover sus pies debajo del entarimado, nos miraba desde la puerta de servicio, lanzándonos, de vez en cuando, su oblicua mirada indiferente.

—Nunca he podido comprender del todo —volvió a decir Mr. Eales, llevándose a los labios el redondo recipiente del te chino, amargo y aromático, caldeado como urna de sacrificio— este asunto de Mr. Bright. Él no fué jamás al Consulado, ni siquiera a visitarme. Cuanto supe de él me lo contaron otras gentes. Conocía sus

hechos a medias, y fui el primer sorprendido cuando me enteré de su muerte. Aun este final permaneció bastante obscuro para mí durante algún tiempo. Existían algunos hechos inexplicables. Más tarde, pude reconstruirlo todo exactamente y comprender lo desgraciado que había sido nuestro amigo. Pero, a pesar de ello, ¡cuántos detalles aún que quisiera explicarme, que quisiera entender y no lo consigo! En toda mi carrera consular —concluyó suspirando— no he tropezado con otro Mr. Bright. Y él no fué nunca al Consulado...

—De todas maneras —confesó Alvaro solemnemente—, Bright era una excelente persona. Creo que tú le conociste bien —añadió, dirigiéndose a mí.

Yo desvanecí el error. Apenas nos saludábamos; lo que yo deseaba ahora era saber algo más de su vida. Eales se excusó de contármela. Él tampoco conocía sino el final desdichado. Alvaro, entonces, exclamó:

C L A U D I O D E L A T O R R E

—¡ Ah, mis queridos amigos, yo soy el depositario de la historia!

Y los dos nos quedamos mirándole fijamente, mudos de asombro.

ALVARO era lo bastante hábil para no desaprovechar su triunfo. Se había dado cuenta de nuestra sorpresa y tomaba ahora un aire indiferente, inmóvil, entre el humo de su larga pipa, con los ojos entornados, mirando al exterior a través de los cristales cerrados de la ventana. Afuera, la nieve comenzaba a caer, continua y silenciosa, apagando la vida de la ciudad. Los aleros distantes, la quebrada sucesión de los recios perfiles, de los altos relieves de las casas destacándose más oscuros sobre la placidez de la tarde, iban cubriéndose cuidadosamente de blancas tiras, como toscos encajes, bordeando a trechos irregulares el negro paisaje de los tejados. Londres, en vísperas de la Navidad, envejecía de pronto, cargado de nieve y de niños gozosos.



Dentro, en la tibia soledad del Club, la llama inquieta de la chimenea ataba los primeros maderos con su cordón de oro y daba reflejos de ámbar a la faz amarilla del pequeño japonés, de rodillas ante sus fuegos, pendiente de su vida, en un culto minúsculo y grave, que estremecía la ancha espalda de su frac como un ala negra y agorera.

Las palabras de Alvaro, vibrantes y serenas, sonaban en la sala como un alegre rezo.

\* \* \*

—Indudablemente —comenzó diciendo Alvaro con un acento de gravedad desconcertante—, hay dos Sevillas, hay dos ciudades en cada ciudad. Acaso hay más de dos. La cuestión está en acertar a elegir la que se prefiere. Bright se equivocó en esto. Bright eligió mal, o acaso no eligió ninguna; acaso no vió ninguna de las dos.

Después de tan vagas afirmaciones, Alvaro

sorbió un poco de te y continuó diciendo, con un suspiro que le brotaba seguramente de profundos rincones de melancolía :

—A Bright le perdió, como a tantos hombres, su popularidad. Mientras fué el hombre sin triunfo visible fué el hombre feliz. Así él recordaba siempre, con su voz confidencial, tan medida, sin embargo, que conservaba intactas sus vibraciones, aquellos primeros años de su infancia en Epsom, en su casa de campo, donde parece que vivió algún tiempo con su educación olvidada. Fué cuando la tragedia familiar, cuando la muerte del padre, apenas recordado, en una remota colonia, tentadora y virgen, que escarbaba afanosamente desde hacía tiempo con un vasto proyecto de grandezas. Y con la muerte inesperada, la angustiada sorpresa de su madre, el pavoroso desconcierto ante el presente económico desconocido y, por último, el apartado refugio de Epsom, lugar familiar más adecuado para defenderse o decidir.

Pero la familia salió adelante, no tan mal como se temía, y él ingresó en un colegio del norte sin bagaje preliminar de nociones. Sus conocimientos fueron tardíos; no consiguió nunca destacarse. Apenas dejó al abandonar el colegio un nombre sin brillo, confundido fácilmente, un recuerdo de alumno hurraño, de torpes afirmaciones, apegado siempre a tristes éxtasis. ¡Gratos años, sin embargo! ¡Gratas horas para Bright aquellas, lejos de los *pre-fects* temidos, a la hora de los recreos distantes, en los campos alegres y apartados del colegio, que se sumía, entonces, en una paz susurradora, y que él gustaba de sentir bajo el murmullo de los árboles, sentado al abrigo secular de sus altas copas, en el largo paseo central vacío!

—La infancia de Bright, por lo tanto —resumió Alvaro—, carece de historia heroica. A los cuantos años salió del colegio para entrar alborozadamente en “su” Universidad, en aquella por él preferida y soñada en sus medi-

taciones como la más adecuada para desarrollar sus facultades incipientes. Fueron días de gozo, de íntimo alborozo, los primeros de su estancia universitaria. Esto era lo que él necesitaba, lo que seguramente operaría en él un total desenvolvimiento, la plena posesión de sus aptitudes; un amplio medio social de dilatado esparcimiento, de tranquilos estudios al influjo benéfico y cordial de la amistad constantemente renovada. Admiraba el perfecto sistema de sus maestros, los previsores reglamentos que al principio le sorprendían para dejarle, como un bálsamo, apenas meditado, el comfortable descubrimiento de sus enseñanzas, esa impresión inconfundible que deja siempre el contacto con la sabiduría. Cada día le mostraba una sorpresa, como complaciéndose su experiencia en enriquecerse poco a poco, atentamente. Cuando no era el alegre hallazgo de un nuevo amigo, era el escrúpulo temeroso de aventurarse de noche por la ciudad, sin el uniforme colegiado, entre las sombras de las

calles tortuosas, traspasadas, sin embargo, a distancias inverosímiles, por los ojos inmóviles del *proctor*.

Todo esto contribuía a su felicidad presente. Aun los deberes, distintos y múltiples, se le antojaban fáciles distracciones, y él, un hombre ya, y no el niño escurridizo del colegio, representábase, sobre todo, aquel mundo universitario, como el comienzo brillante de su actividad social, vieja pedagogía que él admiraba ahora en toda su grandeza.

Pero la infelicidad es tan vieja como el mundo. Bright se vió más tarde movilizado brutalmente, acuciado por el seco laconismo de unos papeles, por la rígida llamada de la prosa militar. Era la guerra, aquella guerra obsesiva de todos los días, de todas las semanas, que él consideraba, sin embargo, que no había de tocar su vida, su familia, tan reducidos sus afectos de hijo único a su madre y a su hermana. ¡La guerra! La ciudad universitaria se turbaba de cuando en cuando con motines ca-

llejeros, ráfagas patrióticas que atronaban momentáneamente sus calles, como vientos sin rumbo, para dejarla sumida luego en un silencio más profundo, en un total reposo, agrupada y enredada por entre los viejos edificios, nunca más nobles y firmes sobre la vejez de sus cimientos, sobre los siglos y en el espacio, mostrando a la ciudad alarmada la historia viva de sus piedras, el ejemplo solemne de su eternidad.

En estos días los estudiantes agrupábanse atóntos en los numerosos *tea-shops* de la ciudad, aturdidos aun por sus juegos, graves y silenciosos con la nueva noticia, fatal casi siempre, bulléndoles en la mente, con la imagen imprecisa de esa guerra lejana pasándoles por la imaginación como un espectáculo importante y vago. Bright se unía a sus compañeros y permanecía horas y horas absorto en sus meditaciones, como cuando la época de la escuela, y ya anochecido se retiraba a su colegio, atravesaba los enormes patios empedrados,

donde el pie sonaba recio e inseguro, y subía a sus cuartos, pensativamente, a prepararse para el *Hall*, como se nombraba la comida de la noche para ennoblecer su categoría. Desde sus ventanas distinguía todo el patio central, inmenso, con su fuente gótica de piedra, siempre sin agua, rematándose en aquel momento, graciosamente, por las primeras claridades de la luna.

Sólo una noche comprendió el terrible significado de la guerra; una noche tormentosa, de espesas nubes, que envolvió inesperadamente al enemigo y lo desorientó en los aires, ya de retirada de los tejados de Londres, y le hizo pasar sus terribles aviones sobre la vieja Universidad. Era la hora de la cena, cuando llegó el aviso y fueron apagadas hasta las velas que alumbraban tímidamente el comedor solemne, alto y vidriado como una catedral. El colegio quedó en sombras. Afuera se presentía la vigilancia de la ciudad, también a obscuras, en un silencio absoluto, atento, lleno de angustias re-

primidas. Muy alto pasó, confundido con el viento amigo, un rodar pavoroso y grave, cada vez más lejano, anunciando con su monótono jadear, ya confuso, que el peligro pasaba y se perdía sobre los venerables edificios.

Bright no durmió aquella noche. Permaneció con los ojos abiertos hasta el alba, más absorto que nunca en sus meditaciones, recibiendo un mundo nuevo, que descubría lentamente. Por la mañana, al levantarse y bajar al desayuno, notó cierto movimiento entre sus compañeros. Algunos se despedían y marchaban a Londres. Eran los primeros voluntarios de la Universidad.

Él sintió también deseos de acompañar —tan calurosa fué la despedida, junto al tren— a los primeros héroes. Pero se quedó. Algo invisible le ataba a su Universidad querida, docta y estudiosa siempre, de sociables tradiciones, donde él preparaba sosegadamente su personalidad futura e ineludible.

Y, de pronto, aquel llamamiento imperioso,



su marcha precipitada a Londres, no sin antes ver con una consternación sin límites cómo su Universidad venerada se transformaba tumultuosamente en cuarteles y cerraba sus puertas seculares a toda noble investigación para abrir las escandalosamente a los guerreros, gente que pisaba sus piedras, mil veces sabias, con una grosera indiferencia de centuriones.

La entrevista con su madre fué muy dolorosa. A los pocos días se incorporó a su regimiento en un puesto muy secundario, a pesar de sus títulos y de la falta de oficiales, pero como decía en un escrito la oficina militar que le reconociera, "carecía propiamente de condiciones de mando". Pasados los meses de instrucción, por último, salió para Francia.

Bright no fué soldado largo tiempo. Dejó a poco las trincheras humillado, vencido por los rigores de la guerra. Se hospitalizó. Pero la tos no le abandonaba, continua, feroz, rompiendo con su seca estridencia el silencio del hospital, como antes le rajaba las entrañas con un ruido

sordo, que él percibía, sin embargo, como una tempestad lejana. Más tarde, volvió de nuevo a la línea y fué herido. La bala le rozó justamente el borde del pulmón. ¡Ya sabía el camino! De regreso a Londres, convaleciente, los médicos entregaron a su madre la última receta, y Mr. Bright, vencido y humillado, atravesó la frontera de un país neutral, en la ruta del sur, en busca de un clima y de un sol que necesitaba.

—Como habrán observado —se interrumpió Alvaro, en su afán de síntesis aclaratoria—, la juventud de Bright carece de especial heroísmo, de verdadera historia. Es este un punto curioso que señalar en su vida por sus improbables biógrafos. Bright carece siempre de historia, aun en aquellos momentos culminantes en que creemos que va a superarse. Se supera, eso sí, espiritualmente, cada día más, en un inconsciente estado de grandeza moral, pero su orden de ideas no refleja nada en la tierra, lugar y suelo histórico.

En cuanto a España, apenas sentía aún la in-

quietud fecunda que abortó el año 17, año fecundo para la humanidad. Ni siquiera atravesábamos aquel período de dudas y vacilaciones que siguió al fracaso y que había de marcarse, tristemente, más tarde, con la acentuada indiferencia, y a veces con la retirada, de sanos elementos directores. Este fué, quizá, un peligro de muerte para el socialismo español. Pero acaso fué, tan solo, como hizo observar en frase ardiente un articulista anónimo, “el estremecimiento del parto inevitable: del ideal comunista”.

En tanto, Sevilla, con sus anhelos locales de grandeza, tenía, sin embargo, su vida estancada. No despertaba del todo a los afanes de renovación. Más tarde es cuando había de comenzar tímidamente su reforma, iniciándose transformaciones provechosas en su Universidad y en sus paseos, en su literatura y hasta en sus costumbres.

Pero los días de Bright eran demasiado gloriosos para dudar de su grandeza. Dedicábanse

insaciablemente, a la exaltación de un placer sensual, a veces retorcido y obscuro, que llegó a su máxima estridencia en aquellas estrepitosas juergas en el río, Guadalquivir abajo, en las que se bañaba a las mujeres con sus trajes de noche, sumergiendo los descotes, en un juego perverso, bajo las aguas transparentes, hasta dejar a las niñas entontecidas y subirlas a los botes más escuálidas y frágiles, aptas ya para seguir bebiendo. Una noche, una de ellas no pudo, claro está, porque estaba ahogada.

—Todo esto debe haber cambiado —murmuró mi amigo Álvaro—. Así quiero pensar, a veces, cuando me entra la comezón del regreso. Del tiempo que hablo es, también, nuestra amiga la señorita Isabel Manrique, la bella María Isabel, separada ruidosamente de su marido a los pocos meses de matrimonio y hoy dentro de una vida de yerros y de escándalos que consterna a sus buenos amigos. Por ella supe casi todo lo que cuento. Pero volvamos a míster Bright.

### III

BRIGHT no se engañaba. Le bastaba con mirar aquel cielo limpio, aquella ancha perspectiva urbana por la que pasaban los transeuntes perezosamente, saludándose con un gesto de cansancio, para desentrañar de nuevo el alma pensativa de la ciudad y sentir en la suya propia como un reposo bienhechor en el que poco a poco se adormecía. Los sentidos se le utilizaban hasta percibir iniciaciones de otros mundos, rápidos atisbos indefinibles de no sabía qué nuevas realidades. Bright era feliz, intensamente feliz, en aquella primavera andaluza. Sevilla fué para él, desde el primer momento, el medio social aprovechable, ineludible, para el desarrollo de su personalidad ya en movimiento. Aun los tropiezos del comienzo los consideró como ex-

periencias necesarias, ejemplares y provechosas para el mejor conocimiento de la nueva sociedad en que vivía, de las personas de que se rodeaba. Estaba, además, como agradecido a estas vicisitudes. A ellas debía su popularidad, sobre todo a aquella gran aventura del duelo, que le valió tantos agasajos. Su amigo Alcántara, más que ningún otro, se le mostró afectuoso hasta el límite. ¡Curioso amigo éste!

—Lo único que he sentido, querido Bright —le dijo, pasados los primeros instantes de efusión, y envolviéndose de nuevo en su cruel escepticismo—, es que no hubiese usted matado a esa mala bestia de un tiro.

Bright sonrió, algo turbado, como le acontecía siempre ante toda afirmación rotunda. El otro añadió:

—Yo me hubiera ofrecido a servirle a usted en ese asunto, y acaso con fortuna, pero no estaba en Sevilla en esos días. Acostumbro a pasar los días de Feria en el campo. Detesto solitariamente toda explotación de lo castizo, aunque

en verdad lo castizo —terminó con un suspiro— es ya la misma explotación.

Y no volvió a ver a su amigo Alcántara sino sólo de cuando en cuando en el paseo, embutido en un enorme automóvil, silencioso y vacío como una tumba abierta.

Este recuerdo, y otras imágenes y anécdotas de los días de la convalecencia, surgían una vez más en esta tarde plácida, coronada de nubes prietas, inmóviles, de recortadas orillas, como blancas islas acantiladas sobre el océano profundo de los cielos. Medíanse los términos con la vista. Y ante el espectáculo de la tarde, con las nubes suspensas, bajas y quietas sobre la tierra, casi a la altura de la mano, Bright se sentía invadido de una ausencia divina, de un goce íntimamente sorprendido. Él amaba su libertad, su gloriosa libertad. Él amaba la vida en su más noble expresión, en sí mismo y en el prójimo. Él tenía conciencia absoluta de su triunfo. Él necesitaba reanudar su vida, desarrollar su personalidad instigadora.

Apoyado de codos en el balcón del hotel, Bright iba prendiendo sus pensamientos por el paisaje urbano. La plaza de San Fernando, en aquella hora de la tarde, parecía empujar con su soledad al Ayuntamiento, estirando la inutilidad de su tamaño. Sólo en el centro de sus arenas jugaban unos niños laboriosamente, a la sombra del monumento, invisible y presente a todas horas. Bright acogía el paisaje entero con su mirada, desfigurándolo abstraídamente en el cóncavo espejo de su fantasía. Detenía los ojos soñadores en la base erizada de una palmera y complaciase, después, en subir pausadamente la vista por el tronco dentado, hasta estallarla arriba, como un cohete luminoso, por las ramas estremecidas.

Gozaba de la tarde. Pocas tan felices para su espíritu como esta, con su visión limitada por los aleros vulgares, recogida toda ella en la amplia soledad de una plaza pública. Así estuvo hasta el crepúsculo. Salió entonces del hotel con un andar reposado, de hombre que mide aún



los momentos felices transcurridos. Atravesó distraído la plaza hasta dar con el edificio del Municipio en el otro extremo. Sí, aquel era el Ayuntamiento; por el otro lado lucía su fachada vistosa, la mitad plateresca, como una cara a medio afeitar. Cruzó bajo el arco y se dirigió hacia la Catedral con el mismo andar pausado, con un vivo interés esta tarde por presenciar el desfile del paseo. Los automóviles pasaban ya de retirada, conteniendo la velocidad con un jadear ronco, interrumpido, explotando a veces sus impacencias en un más rápido crepitar de sus motores. Los caballos les seguían nerviosos, como enredados desesperadamente en sus arreos, con su trote breve y recio sobre el empedrado.

Bright buscó la perspectiva junto a una calle nueva, de amortiguados ecos, por la que deslizábanse los coches apagando su rodar, convertidos un momento en góndolas fugaces sobre el canal de asfalto. Allí, en la orilla, presenciaba el desfile numeroso, la graciosa suce-

sión de instantáneas sonrisas; complaciale, sobre todo, la severidad que volvía a cubrir los rostros, transcurrido el saludo, imprimiéndoles serios rasgos inmóviles, adecuados al momento solemne del desfile. Era algo así como la dignidad revestida ante el mudo homenaje del transeunte mudo, paseante a pie con su mutismo husmeador y respetuoso.

Bright esperó a que el desfile terminara. Los últimos coches venían ya distanciados, algunos demasiado lentos para el orden pedido tácitamente, como en un complot romántico, por la última llama del sol que se ponía.

Cuando iba a retirarse, Bright se detuvo aún para presenciar el paso del último coche, que venía, a juzgar por el trote lento de sus caballos, con un retraso imperdonable y previsto de buen tono. Bright siguió con la mirada el interior del coche hasta perderlo entre las sombras. Dentro iba Isabel, la bella Isabel Alford, indiferentemente reclinada. Una señora de edad la acompañaba, más erguida y grave.

Bright quedó deslumbrado, indeciso ante no sabía qué rumbos temblorosos. Siguió la dirección del carruaje y al llegar a una esquina le pareció adivinar aún, hacia el fondo, entre las claridades de la plaza de San Francisco, la obscura silueta del coche que poco a poco se alejaba. Pensó en correr, pero le pareció ridículo. Después de pensarlo un poco más, le pareció absurdo: ¡él corriendo, con su pulmón averiado, para alcanzar a dos caballos andaluces, de soberbios bríos!

Aquel incidente de la calle de la Reina Mercedes le había impresionado. Volvió al hotel con una mezcla agridulce de pensamientos. Hacía tiempo que él lo sospechaba, que él se ruborizaba gozosamente con este nuevo aspecto de su vida: estaba enamorado de la señorita de Alford. Temía a veces no haber guardado todo lo habilmente que es preciso este hondo secreto en su corazón. Sus amigos habían sospechado algo, acaso habían hablado entre ellos, quizá llegó a oídos de la misma señorita de Alford.

Esta última sospecha, lejos de inquietarle, le producía un gozo malicioso. Mejor era así. Lo malo del asunto consistía en que la señorita de Alford iba a casarse, estaba hacía tiempo comprometida. Esto era un contratiempo, un enorme contratiempo. Pero Bright se consolaba forjándose vagas ilusiones, confusos proyectos que apenas dibujaba.

Cenó con apetito. Después de comer salió en busca de sus amigos, deseoso de conversar con ellos, de rociar calladamente con su optimismo aquella lánguida tertulia. Como el calor apretaba no se entraban los sillones del Casino hasta muy avanzada la noche, y en ellos se sentaban los amigos de Bright, soñolientos, esbozando como un penoso deber el plan de la media noche.

Bright llegó e intervino seguidamente en la conversación general con un ardor inusitado. Uno de los amigos se incorporó en su asiento unos segundos, asombrado de tanta elocuencia. Bright, en efecto, estaba radiante. Confe-

saba, incluso, encontrarse dispuesto a correrla aquella noche.

Los amigos empezaban a animarse. Aquel hablar seguido de Mr. Bright era como un cosquilleo continuo, perturbador. Por fin se levantaron, no sin después mirar desconsoladamente los sillones, como en una despedida atroz. Mandaron a buscar las niñas, con un recado misterioso, a un cochero rasurado, tieso y servicial. Bright se encontraba en un apuro. No tenía amistades.

—Mandamos por una a casa de Manolito

—solucionó Arolas, que acababa de llegar.

—Mejor será que vayais por ellas —decía un madrileñito muy elegante, diminuto, que había venido para las fiestas—. A veces se hacen las sordas con los recados. Dicen que ya tienen la jaula llena de micos. Eso nos pasó a nosotros la otra noche.

Arolas se ofreció a acompañar a Bright. El tenía que hacer también por aquel sitio. Bright, sin gran entusiasmo, subió a un coche de punto.

El Marqués y La Mata se despidieron. Arolas se sentó junto a Bright y el cochero arreó por la calle de Tetuán abajo. Iban los dos silenciosos, contemplando distraídamente las aceras. En el fondo, Bright estaba arrepentido de la aventura, deseoso de hallar algún tropiezo y volverse a su cuarto del hotel. El compañero, además, no le agradaba. Desde aquel desgraciado incidente con Carmencita, la muchacha del Castilla, le parecía un ser degradado, distinto de los demás hombres. Arolas, por su parte, no parecía ocuparse mucho de la compañía de mister Bright. Guardaba un silencio absoluto y solo de cuando en cuando, por una agresividad que iluminaba sus ojos de miope, se advertía que un pensamiento hostil le estaba mortificando. Bright tampoco habló por el camino. Solo alguna vez intentó una conversación indiferente, que murió en seguida en el hosco gruñido con que la recibió su acompañante.

Por fin, el coche paró. Entraron en un zaguán iluminado y esperaron junto a la cancela.

Por detrás de un biombo, que ocultaba al visitante el pequeño patio y el primer tramo de la escalera, asomó una cara. Volvió a ocultarse y se oyeron unos cuchicheos; y, pocos instantes después, la casa, pacífica hasta entonces, se transformó, se oyeron unos pasos alocados por la escalera y más tarde en el piso, sobre el mismo zaguán. Bright no se explicaba tanto alboroto. El otro parecía nervioso, empujando visiblemente los hierros de la verja.

Al entrar, Arolas preguntó a la mujer del manojito de llaves que acababa de abrir:

—¿Dónde está esa?

La mujer se encogió de hombros y Arolas subió la escalera a grandes zancadas. Bright quedó solo en el patio, sorprendido, sin saber dónde entrarse. La encargada le metió en una alcoba no muy amplia, de claros muebles de riga y cromos con vistas de Venecia por las paredes. Sobre la cama, en la pared también, se desangraba una Dolorosa, con unos puñales enormes enterrados en su corazón pequeñito. Unas

flores marchitas en la mesa de noche, un bidé.

Bright no salía de su asombro.

—La sala está ocupada —le explicó la otra—, lo mismo que el comedor...

Al poco rato, entraron en la alcoba dos mujeres, dieron las buenas noches y se sentaron una sobre la cama y otra en una silla. Los tres quedáronse mirando con una sonrisa forzada, sin decidirse a hablar.

—¡Qué costumbres más extrañas! —pensaba Bright.

Al cabo, una de ellas, la que estaba sobre la cama, suspiró y dijo:

—Bueno, ¿qué hay de nuevo?

Bright no comprendió. La que no había hablado dijo, entonces, como resumen de sus observaciones:

—Tu eres inglés.

Bright contestó que sí; ellas serían, claro está, españolas, sevillanas.

—No, hijo mío —interrumpió la de la cama—,



yo soy de Granada, granadina, de la tierra de los Abderramanes.

—¡ Ah!

Los Abderramanes: esos serían de seguro los toreros más famosos de Granada —pensó Bright. Pero después le pareció que no. En fin, él ¿qué sabía?

—Y yo soy de Avila —dijo la de la silla tímidamente, como si confesara un pecado—; de la tierra de Santa Teresa.

Bright se ruborizó. Él tampoco sabía quién era Santa Teresa, pero le impresionaba que fuera una santa.

El silencio se hizo de nuevo. Los tres no se miraban ya sino a hurtadillas, disimuladamente, como si estuvieran enojados. Otra mujer se asomó a la puerta.

—Aquí tienes una de Pozuelo —dijo de pronto la de la cama, señalando a la que llegaba con un entusiasmo inesperado.

—¡ Te daba así! —dijo la otra, amenazándola con un gesto; y desapareció de nuevo.

Volvieron los tres a su silencio. Bright dijo, por decir algo:

—¡Cuánto tarda mi amigo!

La de la cama levantó una mano estirada y la movió varias veces en el aire como cortándolo.

—¡Eh? —inquirió Bright.

La otra repitió el gesto y dijo luego, bajando la voz:

—Que hay solfa.

Bright no entendía. Por lo visto no sabía aún bastante español. La otra tuvo que explicárselo. Su amigo Paco, ¿se enteraba? tenía una amiga... ¡Vamos, se entendía con una! Esa una era una compañera que estaba chalada por Paco. Paco venía a buscarla, pero antes de salir... ¡Vamos, caprichos de algunos hombres!, le propinaba una...

Y volvió a repetir el gesto.

El dueño, claro está —continuaba explicando—, se quiso oponer a esas cosas; era un escándalo. Pero la amiga de Paco, ¿comprende?

prometió que no gritaría más, y así ha sido. Ahora él viene, sube al cuarto, y allá ellos, ¿comprende?

Mr. Bright comprendía, empezaba a comprender. La otra añadió, al cabo de un momento.

—Yo creo que a ella le gusta... ¡Caprichos de algunas mujeres!

—No he comprendido nunca esos caprichos

—dijo la de la silla, suspirando campechanamente, como si se quitara unos zapatos estrechos.

Por fin Arolas bajó y entró en la alcoba, cogida estrechamente la cintura por los brazos de una mujercita morena, de mirar extraviado.

Bright abandonó su asiento y se dispuso a marchar, pero Arolas, ahora vigilante y solícito, le detuvo con una sonrisa, mientras le decía:

—¿Qué hacemos? ¿Qué decidimos?

Bright consultó el reloj y comprobó que se habían detenido más de la cuenta. Los otros esperarían ya impacientes.

—Bueno, Mr. Bright —le contestó Arolas— Usted tiene la palabra. ¿Por cuál de estos pichones se decide? —añadió, señalando a las dos mujeres, que se habían también levantado y se apoyaban ahora en las puertas de la alcoba con una actitud mitad humillada, mitad desdeñosa.

Hubo que deshacer el error. Mr. Bright no quería pichones. Él los acompañaría un momento, iría hasta las Ventas y luego se retiraría temprano al hotel, a descansar. Se encontraba un poco fatigado.

—¡Eso no —gritó Arolas fingiendo indignación—, eso sí que no! ¡Nada de embarcar y quedarse en tierra! Mr. Bright tenía que acompañarlos hasta el final, como había prometido, provisto de su correspondiente perro.

La querida de Arolas le dió un golpe cariñoso en el estómago, como protestando del calificativo. Bright, en vista del acoso, se dirigió a la de la silla, que era la de Avila, y le preguntó si quería acompañarlo. La muchacha hizo un gesto ambiguo con la cabeza y subió por el

abrigo. La otra, la granadina, volvió la espalda sin saludar, tarareando desenfadadamente.

Los cuatro se acomodaron en el coche, bastante estrecho, y se dirigieron a las Ventas. Al pasar por la plaza del Duque, Bright se apeó con su amiga y tomó otro coche. Así irían todos más cómodos. Dió orden al cochero de seguir el que ocupaba Arolas y su dama, y se arrellanó, estremeciéndose, sobre el hule del asiento, frío y humedecido por el rocío de la noche.

—¿Tiene usted frío? —le dijo la chica.

Y con un movimiento heroico le cubrió las piernas con una parte de su abrigo. Bright protestó, pero tuvo que resignarse al fin. ¡Grandes mujeres estas españolas! Todas, todas ellas tenían virtudes excelentes, fáciles de encontrar al menor estímulo. Le encantaba aquella solicitud, aquel amparo generoso que se le brindaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la muchacha al desembocar junto al río, fuera ya de la ciudad.

—Me llamo Antonia, pero me dicen Angeles; es más bonito.

—Yo me llamo Richard, y me dicen don Ricardo; es mucho más feo.

La chica rió sin ganas, y volvieron a enmudecer. El coche atravesaba ahora las sombras del paseo, densas y húmedas, caídas de los árboles como inmensos paños, amortajando todo el paisaje muerto de la noche. En algunos lugares la obscuridad aumentaba, recogida por un grupo más numeroso de árboles, por el regazo de la fronda espesa y rumorosa.

—Oye —dijo de pronto la muchacha, acercándose a Bright, con una voz confidencial, oculta hasta ahora—, ¿me vas a querer mucho esta noche?

Bright la abrazó suavemente y le dió un beso tímido en la cara. La muchacha pareció conformarse y se mantuvo así, quieta, acurrucada sobre el pecho frágil de Bright, mientras el aire de la noche corría sobre sus cabezas.

El coche penetró en una rotonda de luz. La

muchacha se irguió y dijo, señalando un quiosco rodeado de bombillas eléctricas como un pandero:

—Oye, ¿nos bajamos? Podemos bailar detrás, sobre la hierba; es el puesto de Fernando.

Bright no sabía bailar. Esta noticia pareció entristecer a la muchacha. El coche, a los pocos momentos, paró en la Venta Eritaña.

Allí le esperaban sus amigos... No... Habían estado hace un momento, pero se marcharon no sabía adónde.

Iban un poco bebidos, sí señor —parecían indicar aquellas vagas referencias del camarero.

Bright no quiso detenerse más. Arolas, por el contrario, entró tranquilamente, abrazado siempre por su hembra, en una especie de balneario de playa recién construido y, ¡ay!, recién pintado, a la entrada del jardín. Se jugó unas pesetas, de pie, junto a la ruleta, y volvió a salir de la sala con el mismo aire de hombre querido y viciado. Bright le esperaba fuera,

sentado en el coche con su pareja desde hacía largo rato.

Los otros pasaron sin mirarlos, absortos en su idilio extraño, y dieron al cochero una nueva dirección. Bright recomendó al suyo que no perdiera de vista aquel coche.

Rodaban ahora por el final de las Delicias, y de nuevo se detuvieron los carruajes. Allí sí estaban sus amigos, en uno de los reservados del fondo. Desde la mitad del jardín se oían sus cantos y sus gritos. Bright volvió a arrepentirse de su desgraciada iniciativa, pero ya era tarde. Una huída así, iniciada en los propios matices de la Venta Antequera, era algo confuso e imperdonable. Subió la escalera que conducía al reservado, como a un puente de mando, un puente de mando inútil de la nave sin rumbo que era para Bright todo el jardín. Y se detuvo en la puerta, aterrado. La habitación, baja de techo y con los cristales cerrados de las ventanas, apretaba el humo denso de los cigarros sobre las mesas, sobre los vasos, sobre los ayes lastimeros de



los cantos, que eran así más frágiles e inciertos. Las mujeres, medio desnudas, encaramadas en las mesas, se llamaban unas a otras con nombres groseros, inverosímiles, mientras los hombres gesticulaban por el cuarto con los vasos en alto y las caras sudorosas. En tanto, el madrileño, más diminuto junto a la corpulencia erguida del *cantaor*, se empeñaba en cantar flamenco, su flamenco. Por supuesto, el que él había aprendido, sin saber cómo —agregaba, moviéndose nerviosamente en su asiento.

Bright fué recibido con una salva de rugidos. Todos protestaron de su tardanza. Arolas decía, como quejándose de largas esperas:

—¡Estos ingleses cuando se meten en juergas...!

Bright se disculpaba; no había sido sólo culpa suya; además, de la ciudad a las Ventas era un trecho largo...

Sus disculpas se vieron amenazadas de naufragar en diez o doce copas que le alargaron.

Bright brindó por la salud de todos, para lo cual —propuso— “hemos de abrir primeramente estas ventanas”.

Su brindis fué seguido de múltiples puñetazos entusiastas que hicieron saltar los cristales. El aire de la noche penetró en la habitación, callado y presuroso. Todos se estremecieron.

—Oye, tú —dijo una de las mujeres, que tenía el pecho al descubierto, con toda la blusa desgarrada—; eso estará bien en tu tierra, pero aquí se cogen pulmonías.

Entonces, todo se volvió en imprecaciones a Mr. Bright por su ocurrencia. El *cantaor* se quejaba también del frío en su garganta.

—¡Justicia! ¡Justicia! —dijeron a una los amigotes, cómicamente furiosos.

—En nombre de Su Majestad —dijo uno de ellos, más borracho, subiéndose a una silla— pido que se condene al reo a servir de parche mientras terminamos estas quince o veinte botellas.

Un aplauso nutrido coronó la sentencia. Bright

fué incrustado en la ventana, sobre el agujero del cristal, con los brazos extendidos como crucificado. Se mantuvo así largo rato, siguiendo sonriente la broma, hasta que sintió el aire frío de la noche taladrándole la espalda. Dió un salto y se quedó en el centro de la habitación, agitado por un continuo estremecimiento.

—¿Ves tú? ¿Ves tú? —le gritaban las mujeres.

Y le alargaron otras copas para reanimarlo.

—Señores —decía desde hacía rato Morales, que había venido sin señora y se mantenía sentado en un rincón, grave y escéptico—, un poquito de flamenco, un poco de calma. A ver, maestro, esas tarantas. ¡Un poco de silencio, señores!

Los demás callaron unos instantes; pero, en la larga preparación de la guitarra, volvieron a la charla animada. Cuando el canto comenzó no consiguió dominar el barullo. Pero el *cantaor*, hombre de seguro acostumbrado a las tormentas, siguió hablando indiferentemente de

sus minas, del peñón de la Gomera, del trabajo en Cartagena. De vez en cuando, la relación de alguna injusticia. La voz salía, ahogada y rebelde, como de las profundidades de la misma tierra, de la propia mina donde se ahogaba. Bright escuchaba los cantos emocionado, sin saber por qué, sin entender apenas lo que oía. Morales le iba diciendo la letra en los compases de espera de la guitarra, y el *cantaor* asentía con la cabeza distraídamente. Bright se entristecía con tanta miseria, con tan terrible sucesión de quejas en aquel campo de Cartagena, árido y soleado.

Buscó con la vista a su compañera. La señorita Angeles estaba ahora sobre las rodillas del madrileñito, diciéndole unos secretos muy largos y muy hondos. Bright suspiró una vez más ante la terrenal fragilidad y se unió de nuevo a aquellos mineros que pedían el salario como una limosna.

El tumulto creció de pronto. Se organizaba una batalla en la habitación. Los dos bandos se separaban en busca de los extremos del cuar-

to, armados de sifones y botellas de *champagne*. El *cantaor*, rompiendo por primera vez su éxtasis, saltó de la silla y ocultó la guitarra debajo de la americana, como un tesoro. Recibió un billete de Morales y desapareció. Comenzaron a sonar los tapones solennes y el frío chillar de los sifones. Cuando las municiones se agotaron parecieron agotarse las energías. Alguno, todavía riendo, se entretenía en bautizar con el vino a las mujeres, mojándoles los cabellos sueltos y fatigados. Al llegar junto a Arolas quiso continuar la ceremonia y, entonces, la de los ojos extraviados le tiró la botella al suelo de un manotazo. El otro le dió una bofetada. Arolas se levantó de la silla, lívido y sereno.

—¿Qué es lo que has hecho? —dijo friamente.

Todos enmudecieron. Se pasaban ahora las manos por la frente para apreciar mejor lo que sucedía.

—Le he dado una bofetada —contestó el otro, fingiéndose más borracho de lo que real-

mente se sentía— a quien no sabe estar entre personas.

—Entonces, sal tú de aquí —repuso Arolas.

Y le dió rápidamente un puñetazo seco, seguro, entre los ojos. El otro, tambaleándose, cayó sobre la puerta.

La fiesta terminó. Cada cual, comentando a su manera, bajó por la escalerilla hacia el jardín. El madrileño fué el primero en desaparecer, acompañado de la señorita Angeles.

Bright y Morales volvieron juntos a Sevilla. Ninguno de los dos habló por el camino, íntimamente contrariados por la escena. Morales dijo solamente, al entrar en la ciudad, y como resumen de sus pensamientos:

—Sí; quizá tuviera razón... Pero Arolas es un grosero.

Bright, entre tanto, quería olvidar lo pasado, recordar complacido otras escenas más felices. No pudo contenerse. A la puerta de su hotel dijo a Morales:

—¿Sabe usted a quién he visto ayer, después

de tanto tiempo? A la señorita de Casa-Manrique, a nuestra amiga.

Morales iba a contestar; pero Bright, pesaroso ya de su indiscreción, había empujado y cerrado de nuevo la puerta del hotel, dando rápidamente las buenas noches.

¿Isabel Casa-Manrique? No podía ser. Ella estaba en Jerez, preparando su boda. Precisamente aquel día había recibido carta de Manolo, que acompañaba a su novia, anunciándole que en la próxima semana vendría a Sevilla a ultimar sus asuntos.

Y con estos y otros argumentos, Morales, camuflado de su casa, se explicaba cada vez menos, cada vez más sorprendido, aquella extraña alucinación de Mr. Bright.

#### IV

NUNCA le pareció tan bello el largo paseo de las Delicias como en aquella tarde de junio, luminosa y templada, que siguió a la famosa noche de Antequera. Se dejaba arrastrar en su carruaje, casi recostado en su fondo mullido, contemplando la increíble transparencia de la hora, que fijaba y descubría ya, como un calco invisible, un lucero pequeñito, humedecido aún por las brumas diluidas de una nube. También los horizontes lucían más distantes sobre el campo abierto y llano, erizado tímidamente en la lejanía por los triángulos agudos de las colinas. El sol derramaba sobre los campos, sobre el paseo, sobre los chalets de la vereda sus aguas de oro viejo, entonando el paisaje entero, revistiéndolo de una alegre dignidad que iba a re-



fugiarse, como en un guiño del paisaje, en los cristales cerrados de los hoteles, en las altas veletas bruñidas que agudizaban los torreones. Sobre las veletas, los aguiluchos se detenían, diminutos y atónitos, sin atreverse a acometer aquel incendio. Abajo, los árboles del paseo abrasaban sus ramas, voluptuosamente inmóviles, curadas ya por el fuego lejano. Todo parecía estacionarse, como por magia creadora, sin previa preparación visible, en un constante equilibrio de la tierra y el cielo, que serenaba, armoniosamente, el alma de Bright, como un inmenso crepúsculo. Bright no descubría, ni tan siquiera adivinaba, el influjo que el descanso de la Naturaleza ejercía siempre en su espíritu. Recibía los estados de ánimo, sobre todo aquel de total reposo, como el fluír natural de sus ideas, que encauzaba así, a su modo, concretando realidades de su fantasía que, por ser tales, vivían su vida más potente frente al mundo casual y pasajero. Todo lo transfiguraba. El amor, Isabel, ya existía. Lo tenía dentro de sí, agitado

y uno, turbándole el sueño y la vigilia. Lo sentía tan vivo, tan en su alma, con tal impulso de revelación, que complaciase a veces en exteriorizarlo, en ponerlo ante los ojos, palpitante y bello.

Bright se volvió a su amigo Morales, que le acompañaba también aquella tarde, y le dijo, con una alegre sonrisa:

—Espléndida tarde, amigo Morales.

El otro asintió con una cara pensativa. Bright atendía ahora al paseo, al lento suceder de coches y automóviles. Todo lo observaba, risueño y optimista, deseoso de hallar un feliz comentario. Tan pronto era la larga familia de X, toda ella en un solo auto, alargado hasta lo inverosímil en su especial carrocería, como cruzaba, más pausado en su tembloroso rodar, la vieja marquesa de Z, encerrada en su coche de cristales, estirada por la parálisis, como un loro disecado en su urna.

Bright curioseaba por todos los rincones. Ya moviase hacia la izquierda, hacia el lado de los

coches, como la vista se le derramaba, luminosa y ansiosa, por las anchas rotondas del paseo. Buscaba algo urgentemente; Morales lo había notado. Vió, sin embargo, cómo Bright volvió a serenarse, fracasadas sus pesquisas, aunque se mantuvo atento el resto de la tarde a los últimos coches del paseo, a aquellos que, por la distancia o la transparencia ya difusa de la hora, parecían distintos hasta el momento de acercarse, en que surgían de nuevo los rostros conocidos: la muchacha del abanico, el señor de los lentes de oro...

Sólo al final del paseo, con la última luz, Morales observó que se animaba de pronto mister Bright. Lo vió incorporarse, estirarse las solapas con un movimiento nervioso de cabeza e iniciar un saludo respetuoso, no exento de entusiasta admiración. Morales vió también pasar un soberbio tronco de alazanes, enganchados fogosamente a un cochecito. En su interior, con gracioso desenfado, se recostaba una muchacha rubia, de inmóvil belleza, que contestó al saludo

de Bright con una mirada profunda, curiosa y fugaz.

—No ha saludado usted a la señorita de Alford —dijo Bright, con voz emocionada, de vuelta del paseo.

—No la he visto, mi querido Mr. Bright —contestó Morales.

Y quedóse mirando a su amigo, más y más asombrado.

\* \* \*

Morales se lo contó al marqués; el marqués a su joven amigo La Mata, y Pepito lo contó aquella noche en el Casino, entre el corro alborozado de los amigos.

—Señores —anunció—, última noticia, última anécdota de Mr. Bright. Nuestro amigo ha saludado esta tarde en el paseo, confundiéndola con Isabel Manrique, a... ¿adivinan ustedes a quién? A Victoria, la *Trianera*.

Ninguno entendió la noticia. Pepito tuvo que explicarla; volver a contar lo que le contara el marqués, que, a su vez, lo supo por Morales, testigo presencial del lance. Todos rieron, entonces. La cosa tenía la mar de gracia. ¡Bright saludando ceremoniosamente!... Y ante el espectáculo del asombro de Victoria y la reverencia solemne de Mr. Bright, volvieron a reírse estrepitosamente.

—No es para tanto, señores, no es para tanto —dijo Morales, que entraba en aquel momento, adivinando el tema de la conversación.

Todos se volvieron hacia Morales y, como si la presencia real del testigo acrecentara el regocijo, volvieron a reír de nuevo, esta vez de mejores ganas.

Morales se encontraba desconcertado, perplejo, ante un éxito tan rotundo. Pero como reaccionaba en seguida, y ante el más ligero pretexto de controversia aparecía su carácter impulsivo y apasionado, se propuso violentamente defender a Mr. Bright.

—No hay tal ridículo —decía—; no hay nada de eso. La cosa es muy sencilla. Bright no ha hablado con Isabel sino una sola tarde, un momento; no tiene nada de particular que la haya confundido. Además, se parecen un poco... Yo mismo...

Las risas no le dejaron continuar. Las carcajadas le sonaban como golpes cariñosos en la espalda, como palmadas elocuentes que no dejaban pasar la trampa.

—Les aseguro —repetía, ya indignado—, que yo mismo me hubiera confundido. Había muy poca luz. Por supuesto —agregó, esta vez con una agresividad manifiesta en sus palabras—, esto me pasa a mí por contar tonterías a tontos.

Pepito se ruborizó. Los demás siguieron riéndose por lo bajo. Hubo que relatar de nuevo la historia, sin embargo, a la llegada de Paco Arolas. Paco Arolas quería conocer en sus detalles aquel incidente famoso, que oyó contar al marqués en Labradoros hacía unos momentos. Morales estaba desolado. Arolas, por el contrario,

parecía muy sereno, y opinaba que el asunto era muy delicado. Se trataba de la honra de un amigo ausente, del honor de Manolo Hacha, de nuevo en peligro.

—Por lo visto —decía muy serio—, el Destino pone a estos dos hombres frente a frente. Esa mujer les es fatal.

Comenzaron otra vez las risas, más acentuadas por aquellos que conocían el antiguo lance y sus preparativos pintorescos. El mismo Morales no pudo disimular una sonrisa, que se le dibujó bien a pesar suyo.

—Señores —recomendaba Arolas—, mucha calma. Hemos de meditar seriamente sobre el asunto.

Al cabo de un rato propuso continuar la farsa. Hacía tiempo que en Sevilla se iba perdiendo el humor, y ésta era una ocasión para recuperarlo. ¿Quién recordaba ya aquellos primeros años de la tertulia, cuando vivía el pobre Joaquín Alvarez y se hizo famosa la peña colorando los papeles de alquiler en los balcones de

la Pura y cerrándole la puerta de la casa, mientras ella recibía en la estación a unas niñas de Córdoba? Aun recordaban algunos las caras de las niñas, y sobre todo la de Pura, al tropezar con las ventanas sin cortinas, dispuestas ya para un nuevo dueño. Él, Arolas, se encargaba ahora de la maniobra. Por de pronto, lo primero era hablar con Victoria.

Los demás asentían, riendo siempre. Morales, amansado un poco con la charla, empezaba a encontrar el juego divertido.

—Has de pensar —le decía a Arolas a la media noche, camino de la calle de Monsalves—, que Bright no es tonto. Además, es posible que Victoria no se preste a la broma; parece un poco orgullosa. ¡Hay que ver el tren! Yo la conozco poco.

Arolas le explicó: Victoria no era orgullosa. Orgullosa, ¿de qué? Él la había conocido en los primeros tiempos, cuando ella bailaba en Novedades. Entonces se decía que se teñía el pelo, pero no era verdad. Él lo sabía. Rodó por todas



las casas de cita de Sevilla, hasta que un día, o mejor una noche, se la encontró en una de ellas un tal Medina, un ricacho de Pamplona, que le puso un piso a todo lujo en Madrid para alegrar sus estancias en la corte. Ahora se decía que estaban reñidos, pero Arolas no lo creía; Victoria era muy interesada. Ella pasaba siempre los meses de abril y mayo en Sevilla, como para deslumbrar con su lujo a sus paisanas. Sí, era muy orgullosa... Bueno; orgullosa, ¿de qué?

Al mediodía siguiente, Paco Arolas dejó su coche en una calle céntrica, junto a un pasadizo, y penetró por él en una plaza, diminuta y callada, donde vivía Victoria. No le fué difícil dar con la casa. Casi toda la placetilla circular la bordeaba la muralla de un convento, blanca y sin huecos como una fortaleza. Llamó a la puerta y esperó largo rato. Tuvo que dar su nombre dos o tres veces y, al fin, le abrieron, no sin antes girar la mirilla de la puerta repetidamente, con un alarmante disimulo. De la calle se entraba directamente a una salita amueblada con

todo confort, y hasta con exceso de comodidades. Las paredes permanecían intactas, mates y limpias con su claro enjalbegado. Toda la decoración, incluso los muebles, terminaba a setenta centímetros del suelo, cubierto enteramente de alfombras, cojines y almohadones, mezclados en una calurosa confusión de matices. Era, aparentemente, la habitación de un oriental, pero de un oriental siete veces fatigado. Victoria llegó con los ojos alegres y sorprendidos por la visita.

—¡Chico! —exclamó con su voz bien timbrada, que hacía pensar en seguida en la risa espléndida de su dueña—. ¿Qué milagro es éste; qué ocurre en Sevilla?

Arolas la saludaba con grandes muestras de afecto, verdaderamente sorprendido de la belleza de Victoria. ¡Cómo cambiaba! Parecía como si la Naturaleza, a través de sus primaveras, se complaciera cada año en agregar un nuevo toque a su obra favorita, perfeccionándola cada vez más, hasta lograr un tipo acabado de

mujer, demostración de su vida y de su arte. La encontraba más alta, más esbelta, con el busto terso y recogido bajo los encajes del corpiño, entrevisto con la efusión del saludo. La curva de las caderas, larga y suave, imprimía a su cuerpo una ligera ondulación de abandono, no desprovisto de fortaleza. Tenía los brazos desnudos hasta cerca del hombro y los cabellos rubios, brillantes, recogidos hacia atrás, descubriendo despejadamente la línea perfecta de la frente. Arolas la miraba sorprendido, con un confuso malestar que le hacía recordar a disgusto aquella época lejana de Novedades.

—¿Qué te parece? —volvió a decir ella, con un rápido guiño en los ojos—. ¿Me encuentras muy fea?

—Estás guapísima, guapísima —no pudo menos de exclamar Arolas, aún deslumbrado.

—Bueno, pues dejemos eso —atajó Victoria—. ¿A qué se debe esta visita, esta sorprendente visita?

Arolas, ya sereno, volvía a mirarla con cu-

riosidad. ¡Qué extraño! El lance de Mr. Bright se le antojaba ahora de una absoluta lógica, de una increíble lógica. Era un parecido evidente, claro, que él descubría en este momento del modo más natural. ¿Cómo él y sus amigos no lo vieron antes? Victoria era quizá más guapa, de una belleza más deslumbradora que María Isabel; pero las dos se recordaban mucho, a poco que la atención se fijara en una de ellas. Este nuevo descubrimiento no le agradó. La manobra, como él decía, perdía a su juicio, sin saber por qué causa, la mitad del interés. Victoria insistió, preguntando:

—Pero, ¿me vas a explicar por qué has venido? Te veo ahí, en ese diván, sin que yo te haya dicho que te sientes, y aún no lo creo.

—Pues siéntate aquí —contestó Arolas, riéndose y haciéndole sitio junto a él—, y verás que no he venido a nada.

La otra acercó un taburete y se sentó frente al diván. Paco Arolas volvió a recostarse muellemente.

—Pues nada, niña. Ayer hablábamos unos amigos de ti...

—¡Chico —interrumpió Victoria—, no perdonáis a los personajes!

—“Chico”... “perdonáis”... —repuso Arolas, levantando la cabeza, con una mueca de asco en los labios—. ¿De dónde sacas esas palabras? ¿Te has vuelto madrileña?

—¡Anda éste! —repuso la otra—. ¡A ver si va a poder vivir la que pronuncia!

—Bueno, no seas *pamplinaza* —continuó Arolas—. Ayer hablábamos unos amigos de ti, como te decía, a propósito de una cosa muy graciosa que le pasó a uno de la peña.

—¿Me empiezo ya a reír? —interrumpió Victoria.

—¡Niña, niña! —le gritó el otro, incorporándose en su asiento, como quien toma una decisión.

—Pero no vayas a perder el sueño —repuso Victoria, empujándole por los hombros para que volviera a acostarse—. Esto no es mas que

la alegría por verte. Habla ahora. Ya estoy seria escuchándote.

—Pues nada —empezó a decir de nuevo Arolas, reclinándose en el diván—; tú figúrate que tenemos esta temporada en la peña a un inglés, un inglés graciosísimo. La de cosas que nos han pasado... ¿Para qué contártelas? Figurate que se ha enamorado, se ha batido, se ha cogido sus curdas... En fin, un gran tipo. Nosotros estamos encantados con él; nos divierte la mar. Es un poco simplón, ¿sabes? pero es buena persona. Más infeliz que un timbre...

—Tanto gusto —murmuró Victoria, como si se lo presentaran.

—No te rías —continuó Arolas—, es un gran tipo. Hace tiempo que está enamorado, ¿sabes de quién?, de la novia de Manolo Hacha, de esa jerezana tan guapa que se parece tanto a ti.

Victoria sintió que se le subían los colores a la cara, como le acontecía siempre que se impresionaba.

—Pues verás —siguió Arolas diciendo, como si no notara el efecto de sus palabras—; nuestro inglés la ha confundido contigo y está enamorado de ti. Se lo ha dicho a Joaquín Morales; ¿tú lo conoces?

—No —murmuró Victoria—, no lo recuerdo.

—Pues sí; parece que te ha visto en el paseo varias tardes y que te ha saludado. El pobre no cuenta nada; pero se le ve que está muy ilusionado contigo; es decir, con la otra.

—Entonces —repuso Victoria, que no había comprendido hasta ahora—, no es de mí de quien está enamorado, sino de esa señorita. ¿Para qué decías que estaba enamorado de mí?

—De la novia de Manolo, mujer —repuso Arolas—. Él te confunde con ella. ¡Bueno, en el fondo está enamorado de las dos! En fin... Él está también enamorado de ti... ¡Fíjate!...

Victoria comprendió al fin, no sin cierto despecho por compartir la gloria con una desconocida.

—Bueno —preguntó—, ¿y qué tengo yo que ver con todo eso?

—Verás, verás, mujer; no te impacientes. Él le ha dicho a Morales que quiere hablar contigo; vamos, tener una entrevista...

—¡Chico! —interrumpió Victoria, con un gesto de cómico asombro—, ¿quién te conoce metido en estos recados?

—¡No, mujer! —protestó Arolas—. No se trata de lo que te figuras. ¡Qué cosas! Al contrario, se trata de una entrevista muy seria, por la reja. No te olvides de que tú no eres tú...

—¡Mira, niño —volvió a interrumpir Victoria—, déjate de líos! Todo eso son las guasistas de los amigos que quieren divertirse un rato. ¡Que se compren un piano!

—¡Claro está; de eso se trata, de divertirnos todos! Nosotros te acompañaríamos, estaríamos presentes en la entrevista.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —preguntaba Victoria, cada vez más confusa.

Arolas amplió sus explicaciones, hizo un



fiel relato del incidente tres o cuatro veces seguidas, recalcando mucho aquello de que Bright la había visto a plena luz sin darse cuenta del engaño. Además, Bright era tonto, ya se lo había dicho; parece ser que de resultas de una herida había quedado medio idiota. Arolas creía, más bien, que había sido siempre idiota, porque ahora recordaba que la herida fué en el pecho, no en la cabeza. Se lo había oído contar a Bright muchas veces. Bright estaba un poco enfermo, pero era buena persona —también se lo había dicho. La cuestión era buscar un sitio donde hablar. Por supuesto, Victoria tenía que fingir muy bien. Bright era un simplón, por eso no había cuidado; Victoria podría fácilmente tirarle de la lengua. Sí, Bright era muy rico; riquísimo. Tenía una de las fortunas más grandes de Inglaterra. Además, los amigos no iban a reírse de Victoria, puesto que la acompañaban, iban a estar presentes, escondidos por supuesto. Irían pocos: Morales, Pepito La Mata, quizá nadie más. El marqués

no iría de seguro, aunque estaba enterado. La cuestión era el sitio. Él había pensado primero en la casa de Manolito, a las cinco de la tarde, cuando no hubiera nadie. A él le dejarían de seguro un cuarto con su reja. La ocurrencia del sitio tenía gracia. Pero después recordó que Bright conocía la casa, podía recordarla; precisamente habían estado juntos hacía pocas noches. A Victoria tampoco le agradaba el lugar. ¡Cosas viejas! Tenía desde antiguo una deuda con Joaquina, la encargada; no llegaba a dos mil pesetas... Bien podía su amigo Paco, si tenía tan buena amistad en la casa, interceder por ella, decirle a Joaquina que esperara... Ella no tenía ahora dinero; el otro, el de Pamplona, estaba muy económico. ¡Cosas de los negocios! ¿Lo haría su amigo Paco? ¡No se fuera a olvidar! Joaquina le había escrito de nuevo hacía unos días, cuando supo su llegada a Sevilla.

Victoria se animaba, poco a poco, con el calor de la conversación. Sí, lo difícil era encon-

trar un sitio. En su casa no se podía pensar, pues ella, Victoria, se encontraba muy a gusto viviendo en aquella paz calladita, al amparo solemne de la muralla del convento.

—¿Y por qué no —dijo de pronto, con un súbito entusiasmo— en casa de Asunción? Allí habría la ventaja de la esquina. Me podría asomar por una de las rejas, de manera que no se viese la puerta de la calle, por si acaso. ¡No creas! Es un sitio formal, de visitas serias. ¡Total, por una noche!

Arolas asentía, le parecía el lugar de perlas: céntrico, poco transitado. Victoria se encargaría de hablar a Asunción. Él, mientras, prepararía con sus amigos a Mr. Bright. Sí; por la noche, era mejor por la noche; cuanta menos luz, mejor. No había cuidado, de todos modos; Bright era un simplón...

—Este lío tiene la marca de fábrica de la peña. No cambiáis con los años —dijo riendo Victoria.

—¡“Cambiáis”...! —recalcó Arolas, volviendo a repetir el gesto de asco.

Ya despidiéndose, con la puerta abierta, Victoria preguntó de nuevo, con intriga:

—Y dime: ¿es tan rico, tan rico?

Arolas abrió los ojos expresivamente y sopló con la boca como quien sopla un montón de dinero.

V

**B**RIGHT recibió "aquello" sin inmutarse, sin graves alteraciones en su espíritu, como lo que se espera desde hace tiempo con la sencilla convicción de que ha de venir así, forzosamente. Lo sentía; lo sintió siempre, desde el primer momento. Lo presintió y lo entrevió incluso como realidad corpórea; llegó a tener de antemano líneas precisas, condicionales. Mas tarde supo concretar el instante, la víspera de la pertenencia. Luego nació, alarmante y tenaz, como un deseo pequeñito. Volvió a su amparo, descuidado a veces, sin embargo; más intenso y tenaz después del abandono, en el dulce pesar de la conciencia. Por último creció, se hizo grande e invisible, y ya no necesitó de su amparo. Mas bien él, Bright, fué el débil y sumiso, bus-

cador a todas horas de aquel fantasma protector en el que en vano pretendía hallar la vieja estampa. A veces era el mismo, a ratos fugaces, pero los más de los momentos se revelaba y adquiría formas nuevas, proporciones distintas, de apremiante interpretación. Entonces, Bright huía de sí mismo, se refugiaba en un mundo de variantes realidades, de imágenes sucesivas entre las cuales apenas se distinguía como un personaje en fuga y secundario. Pero el reposo era ficticio. Pronto volvía a ordenar sus ideas, a colocar cada cosa en su lugar, a ponerse así mismo, sobre todo, donde había de estar, en la primera fila de su vida, en la vanguardia de su acción, frente a todos los problemas que surgían y los cuales necesitaba resolver. Eran estos los instantes en que "aquello" se transformaba de nuevo en lo de antaño, en lo ya conocido, con sus líneas precisas. Venía, juntamente con este cambio, el reposo verdadero, el sentirse en sí mismo, acompañado dichosamente de su alma, de su obra y de su sueño.

Así el amor, uno y múltiple, nació, creció y vivió, previsto, temido y deseado.

Bright releó la misiva, unas pocas palabras: "mañana a las nueve". El encuentro se acercaba. Sin darse cuenta, apenas encandenando intencionadamente los sucesos, Bright llegaba al término de sus afanes. No se sorprendía; tal era la fuerza de su ilusión, la máxima eficacia que encontraba esta vez en sus deseos. Pasó, sin embargo, un día agitado, inquieto, indeciso ante la avalancha de las nuevas sensaciones que le esperaban. Hasta ahora, todo fué distinto: solo un ligero dialogar con su ánima, alborozadamente ciega, dispuesta a percibir y gozar múltiples y sabrosos panoramas, confundidos los unos con los otros y todos dentro de su alma, maravillado siempre con el espectáculo natural de su existencia, que lo empujaba y lo llevaba de un lado a otro, a todas partes, aturdido y feliz.

Al presente cambiaba: parecía decidirse su Destino, y el momento solemne influía notable-

mente en Bright. Así pasó, desconcertado y triste, fugazmente alegre a ratos, como si le iluminaran de pronto interiores resplandores, los últimos momentos de espera. Cuando llegó la cita, vuelta la revolución que lo desgobernaba, Bright salió del hotel sin propósito alguno, a ciegas.

Sin darse cuenta se halló frente a la reja. La calle estaba a oscuras, sombreada densamente por las grandes manchas de la noche caídas de los tejados. Las sombras parecían superpuestas unas a otras como láminas bien prensadas, de múltiples destellos, subiendo hasta los aleros, sobre el estrecho arroyo salpicado de fosforescencias extrañas. Por encima de este rincón sombrío, arañado aquí y allá de fugaces irrisaciones, las estrellas brillaban más precisas, inmóviles en la oscura serenidad de los cielos.

Bright estaba deslumbrado. Se acercó tímidamente a la casa. Apenas la distinguía. La miró con la vista, empezando por la esquina que se aclaraba pobremente con la única luz de la



calle. Después contó las ventanas sumergidas en las sombras y, mas confiado, dió otro paso. Le pareció que le llamaban. Se detuvo de nuevo y ya, muy cerca de la reja, entrelazó su mirada angustiada por los hierros. El corazón le golpeaba el pecho. Tuvo que reforzarlo con la mano, apoyándola fuertemente, y aun así sentía el latido como las alas de un pájaro enorme que en vano intentaba aprisionar. Respiró trabajosamente y se arrimó, por fin, medio desvanecido, a la ventana. Dentro, sonó un grito ahogado de sorpresa. Bright se repuso, sin abandonar su postura, con la mano aún fija sobre el corazón como un hombre que va a disculparse.

—Me ha asustado usted —oyó que le decían.

Le pareció también oír como una risa sofocada que venía de más lejos, de algún rincón del cuarto. Bright se cogió a los hierros de la reja y acercó ansiosamente su cara.

—¿Está usted ahí? —murmuró Bright, con un suspiro.

—No, señor —contestó la voz, ya más tranquila—; quien está es mi hermanita.

Dentro del cuarto volvieron a oírse unas toses contenidas, y la dueña de la voz, hasta entonces invisible, se acercó decididamente a la reja. Bright levantó la vista. La figura de Isabel se iluminaba ahora con los cabellos rubios.

—Buenas noches —dijo Victoria con desenfado.

—Buenas noches... Isabel —contestó Bright.

Victoria pareció desconcertarse por un momento, pero repuso en seguida, con igual desenvoltura:

—Me gusta la confianza. ¿Quién le ha autorizado para llamarme por mi nombre, señor Bright?

Y al pronunciar este nombre hizo con la boca una mueca difícil y graciosa. Bright se alarmó. Él no se permitía ninguna confianza exagerada; ella podría, por otra parte, llamarle Ricardo a secas; pero nada de señor Bright. Victoria rió abiertamente disipándole los temores.

—¿Está usted contenta? —preguntó Bright.

—Sí, muy contenta. ¿Y usted? —preguntó a su vez Victoria.

—Yo no. Yo soy feliz esta noche, nada más.

La otra pareció sorprendida. ¡Ya le habían dicho que Mr. Bright era un poco extravagante!

—¿Extravagante? ¿Quién ha dicho eso? Seguramente no habrá sido un amigo —concluyó, pesaroso, Bright.

Victoria se arrepintió de su ligereza. Sentía sinceramente haberlo lastimado. ¿Le perdonaba Mr. Bright su primera falta?

—Mire usted, Isabel —contestó Bright sonriendo—; usted no podrá nunca lastimarme. Usted podría, eso sí, hacerme mucho daño; pero menos, no.

Victoria se quedó mirándole. Aquella traducción enrevesada del clásico español “me das la muerte”, le producía como unas ganas irresistibles de reír, o unos deseos de preguntar lo que ocurría.

—Oígame usted; yo tengo prisa...

—Pues, ¡hasta mañana! —repuso ella prontamente, disponiéndose a marcharse.

—No es eso, no es eso —protestaba, disgustado, Mr. Bright—. Yo no tengo prisa ahora. ¿Qué le pasa a usted señorita Alford? Yo decía que tengo prisa en arreglar nuestro asunto. No podemos perder tiempo. ¿Comprende usted?

—No comprendo nada.

Pero Victoria sintió cómo una mano, a ras del suelo, le apretaba fuertemente un tobillo. A punto estuvo de gritar, asustada.

—Perdone, Mr. Bright —dijo al cabo—. Estaba distraída. ¿Qué me decía usted?

—Llámeme Ricardo —pidió de nuevo mister Bright.

—Bueno, Ricardo, ¿qué me decías? —repitió Victoria alegremente.

Bright se asió con ímpetu a la reja.

—Te decía que si tú quisieras...

—¿Qué? —preguntó la otra entusiasmada.

Pero Bright se contuvo. Había antes que tratar de otros asuntos.

—¿Y su novio? —dijo gravemente.

Victoria sintió ofendida aquella vaga y segunda personalidad que ostentaba.

—Yo no tengo novio —contestó con frialdad.

—Bien —repuso Bright muy tranquilo, como si esperara la respuesta—; en ese caso yo pensaba hablar en seguida con su padre.

—¿Con mi padre? ¿Para qué?

—Para casarnos. Yo quiero casarme en seguida con usted.

Victoria se sentó, se dejó caer más bien, en una silla. Las cabezas quedaban ahora a la misma altura, muy juntas y cara a cara. Victoria se esforzaba en mostrarle la suya, deseosa sin saber por qué, de romper el engaño. La presencia oculta de sus amigos le producía en este momento una profunda repugnancia. Sobre todo —recordaba— aquel marqués curiosón, aquel viejo hipócrita que había protestado hasta el último

momento de la farsa y concluía uniéndose a los demás "por si pasaba algo", "por si hacía falta su presencia", y en el fondo era solo por curiosidad, porque le gustaba meterse en todo. Victoria empezaba a enfurecerse consigo misma. Ella era la única responsable de aquel papel ridículo que estaba haciendo. Y, para colmo, aquel inglés estúpido se salía ahora diciendo que quería casarse con ella. ¡Cómo se estarían riendo los otros y la de cosas que se les ocurrirían! Bright le hablaba tranquilamente de sus proyectos. Él era muy rico, podía casarse cuando quisiera. Bien es verdad que su madre no se lo había aconsejado nunca, pero él se encargaba de convencerla. Su madre era muy buena, un poco difícil de carácter, un poco voluntariosa, si se quiere, pero muy buena. Él le decía riendo que era una irlandesa. A la gente de Irlanda no se la entiende nunca, no se sabe cómo tratarla. Los irlandeses eran todos un poco desequilibrados. Él era también irlandés, pero muy equilibrado. ¡Por parte de su padre había hasta es-

coceses...! Y Bright se reía muy gustoso de recordarlo.

Victoria no entendía una palabra. Se divertía, sin embargo, con la risa de Bright, oyéndole hablar de tantas cosas. Bright, por último, volvió a ponerse serio. La cuestión, como le había dicho, era hablar con su padre. Él esperaba también convencerlo. Para los padres hay siempre unos cuantos argumentos que convencen: el amor, el porvenir. ¿Su padre era interesado? Él podría probar que, además de su fortuna, heredaría con el tiempo a una tía suya, que vivía en el sur de Irlanda, inmensamente rica, con tres o cuatro castillos. Él podría probarlo.

Victoria seguía riendo. Encontraba a su nuevo amigo francamente simpático. No era tan tonto, además, como le habían dicho. Por lo menos, ella lo creía así. Bien es verdad que aquel relato risueño de su fortuna le había impresionado. ¡Lástima —pensaba— no haber tropezado con Mr. Bright en otras circunstancias más naturales! Seguramente se hubie-

ran entendido. ¡Y qué diferencia entre aquel muchacho fino, tan educado y tan alegre, con su amigo el de Pamplona, aquel Medina de los bigotazos y del bastón con puño de cuerno que la avergonzaba en todas partes con sus gritos y sus groserías! En fin, esa era la vida: ella siempre soñando con ser princesa, y no pasaba de... Bright abordaba ahora el tema de su enamoramiento.

—Yo me enamoré de usted desde el primer día, desde que la vi. ¡Como en las novelas nuestras! —aclaró sonriendo—. Yo no lo supe hasta más tarde, hasta después del duelo...

—¿Hasta después del duelo? —preguntó Victoria sorprendida.

—Sí. Al principio me gustó usted mucho; era usted muy guapa y yo pensaba en usted, pero nada más. Fué luego, después del duelo, cuando yo comprendí que estaba enamorado. Nunca me había batido.

—De manera, Mr. Bright —volvió a preguntar Victoria—, que usted se batió por mí...



—¡Oh, no! —protestó Bright—. Yo nunca hubiera hecho eso. Me batí porque me obligaron, porque me dijeron que tenía que batirme. Me dijeron, también, que era un cobarde.

—Y usted no lo es, ¿verdad? —dijo Victoria sin darse cuenta.

—¡Oh, no! —contestó Bright naturalmente.

Los dos callaron. Bright miraba a Victoria extasiado, agitado por dulces inquietudes. Los minutos revoloteaban sobre la Giralda como pájaros veloces y agoreros. Bright sentía la ansiedad del tiempo que pasaba, pero no rompía su mutismo. Se encontraba bien así, en silencio, contemplando la imagen tantas veces entrevista en sus horas de soledad, cuando el tedio le convertía el soñar en un deseo impaciente por conquistarlo todo. Ya lo tenía; ya su deseo se amansaba. Victoria —Isabel— le parecía mas hermosa ahora, sola e iluminada entre las sombras, sin fondo y sin paisaje, sin la dura claridad del día y la más dura mirada de los

hombres, inmaterial y viva, con su belleza de nuevo entrevista, pero real, verdadera.

Se oyeron unas voces junto a la esquina, en el lado oculto de la otra calle. Bright se estremeció.

—¿Salen de tu casa? —preguntó.

—Sí —contestó Victoria después de un silencio.

—Es ya tarde. ¿Van a cerrar la puerta?

—No creo —volvió a responder Victoria, como venciendo un escrúpulo—. Debe ser que se marcha una visita.

—Parece que se acercan.

Por la esquina aparecieron tres hombres hablando animadamente. Al divisar la reja enmudecieron sorprendidos, y pasaron, lanzando una mirada insistente al interior del cuarto. Llegados al otro extremo de la calle, volvieron de nuevo la cabeza, se detuvieron un instante, como perplejos, y desaparecieron al fin.

—¡Qué amigos curiosos! —dijo Bright sonriendo.

—Quizá no salieron de aquí. No pude verlos.

—Pues ellos miraban mucho. Seguro que salían de tu casa —concluyó riendo Mr Bright.

—Esta no es mi casa —dijo Victoria muy seria—. Yo he venido aquí esta noche para poder hablar contigo.

Se abrió la puerta del fondo de la habitación y asomó una cabeza de mujer.

—Vamos a cerrar ya —dijo una voz—. A ver si terminas.

—¿Quién es? —preguntó Bright.

Una criada vieja —le respondió Victoria, después de vacilar—. No sé por qué ha venido.

La puerta volvió a cerrarse y se oyó un ligero murmullo en el cuarto. Bright lo oyó esta vez.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

—No... no sé —contestó muy turbada Victoria—. A mi también me pareció... Debe ser en la habitación de al lado.

Pero Bright pensaba ya otra cosa. Se daba

cuenta de que la noche terminaba sin haber hablado apenas de lo que tanto interesaba a los dos.

—Espera un momento —pidió—. Tenemos que hablar aún de lo más importante. Yo necesito hablar contigo antes de...

—Ahora no —interrumpió Victoria de pronto, como si hubiera tomado una súbita resolución—. Es ya muy tarde. Otra noche.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—Mañana tampoco. No sé... yo te avisaré. Sí, al hotel, no me olvido. Adiós.

Pero Bright no se movía. Parecía darle vuelta en la cabeza a alguna picardía, a juzgar por su sonrisa maliciosa.

—¿Qué otra cosa deseas? —preguntó Victoria, ya impaciente.

—Un beso —insinuó tímidamente Bright.

—No, eso no —atajó Victoria muy de prisa.

—Un beso, sí —volvió a decir Bright, como un niño contrariado—. Si tú me quieres me debes dar un beso. Yo no quiero sino uno.

—Bueno, con una condición —dijo Victoria, después de pensarlo un momento—. Te doy un beso si me prometes, cuando yo cierre las ventanas, irte por ahí —añadió señalando el final de la calle, por donde habían desaparecido los tres hombres— y marcharte derechamente al hotel, en seguida, sin volver más por esta calle.

—Prometido —contestó gravemente Bright.

Victoria acercó su cara a la reja. Los cabellos rubios rebrillaron junto a los hierros. Bright se cogió a la reja. Estaba muy pálido. Vió muy cerca de sus ojos la mirada clara y profunda de Isabel. La besó en los labios largamente, con una especie de angustia, que lo ahogaba. Después cerró los ojos. Cuando los abrió, Victoria había desaparecido.

Se alejó andando despacio, por el camino prometido. Poco a poco se tranquilizaba. Al llegar a la puerta del hotel había recobrado su dominio. Sólo le quedaba, como una dulce huella, un íntimo contento de sí mismo. Levantó la cabeza y miró la noche estrellada.

## VI

LA aventura de la cita fué debidamente comentada. Se celebraron todos sus pasajes. Demás está el decir que la proposición de matrimonio obtuvo un éxito completo. Bien es verdad que siempre fué opinión de los amigos la de que Victoria haría carrera, pero jamás pudieron sospechar, a pesar de la certeza de los méritos, que alcanzara un final tan elocuente y honesto como el matrimonio. Fué una sorpresa para todos. Más aún para los que, conociendo de antiguo a Mr. Bright, no pudieron sospechar la oculta pasión. No tanta sorpresa, por lo tanto, para los amigos que intervinieron en la farsa, para los más allegados, a excepción de Manolo Hacha. A este hubo que contarle la aventura dos o tres veces, de vuelta de su viaje

de novios por Andalucía, en la primera comida de casado con que obsequió a sus íntimos. Bebieron de lo lindo. El vizconde reía sobre la mesa la ocurrencia de sus amigos. La cosa estaba bien tramada. Pero, cesó de pronto de reír, pareció quedarse preocupado, y dijo al cabo con cierta displicencia:

—Por lo visto, ese majadero pretende aún burlarse de mí.

—Hombre, no —protestó Morales con su voz insegura—. Nosotros somos los que nos burlamos de él.

—Claro está, claro está —afirmó Siete Fuentes—; yo he protestado de eso, pero es así. Nos hemos burlado.

—Ustedes dirán lo que quieran —continuó el vizconde—, pero la cosa no está clara. Él cree que me engaña.

—Desde luego —dijo Morales—; él cree engañarte, y lo gracioso es que resulta él el engañado.

—Pero, a mí me basta —replicó el de Hacha,

alterándose— con conocer su intención. ¿Qué crees tú, Paco?

Arolas, que hasta ahora había terciado apenas en la conversación, contestó fríamente:

—Yo no entiendo nada.

—¡Cómo! ¿Eres tú quien arma el lío y ahora dices que no lo entiendes?

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo —dijo Arolas sin inmutarse.

—A ver, explícate.

—Creo que la cosa, como tú dices, no tiene la menor importancia. Nos hemos reído, hemos pasado un rato, y nada más. El asunto está ya terminado.

—¡Claro! —gritó el vizconde enfurecido—; nos hemos reído... ¡Se ha reído ese mentecato de mí!

—No tanto, no tanto, Manolo —afirmaba el marqués cabeceando—. Yo he protestado, desde luego, pero hemos sido nosotros los que nos hemos reído.

—¡Eso! —afirmó en un ímpetu Manolo, como



si hubiera encontrado la clave de lo que se discutía—. Se han reído ustedes, se ha reído mister Bright... Todos se han reído menos yo.

—Tú también te has reído, hace un momento —insinuó indiferentemente Arolas.

—Paco, entiende lo que digo. Digo que ustedes han hecho una tontería. Si querían divertirse, haber inventado otra cosa, pero yo no puedo consentir...

—¿Qué? —preguntó agresivamente Arolas.

—¡Señores! ¡Señores...! ¡Entre amigos...!

—decía el marqués, doliéndose de no sabemos qué catástrofe.

—Pero, ¿tú crees —preguntó el vizconde, que en su acaloramiento no había notado el acento de reto de su amigo—; tú crees que yo debo consentir el que se confunda por un momento a mi mujer con una prostituta?

—¡Hombre, eso no! —saltó Moral de Morales—. Nadie ha pensado en eso.

—¿Cómo que no? ¿Y qué significa el hacer pasar a Victoria por Isabel?

—Pero, eso no lo sabe Mr. Bright —se creyó el marqués en el caso de aclarar.

—Entonces, tú quieres decir —replicó el vizconde, revolviéndose— que no sabiéndolo míster Bright, yo debo conformarme con que crea que me ha engañado con mi mujer.

—Tampoco, hombre, tampoco —repetía el de Morales, dando unos golpecitos nerviosos sobre la mesa.

—Pues no lo entiendo —concluyó el vizconde.

Se hizo un silencio enojoso. El vizconde, maquinalmente, llenó de nuevo los vasos, atragantándose con el suyo. Los otros no bebieron. Sólo Arolas mojó los labios, en los que empezaba a inmovilizarse una sonrisa de despecho.

—Creo —dijo al fin— que has hecho bien en molestarte. Me he equivocado.

—Lo dices en un tono... —interrumpió el vizconde.

—Lo que Paco ha querido decir —intervino oficiosamente el marqués—, es que aunque tú

creas que debes molestarte no ha habido intención alguna de ofenderte por parte de él. ¿No es eso, Paco?

—No —contestó éste secamente—; no es nada de eso. Tú siempre empeñado en hablar por los demás.

—Supongo —preguntó Manolo con cierta altivez— que no has tratado de ofenderme.

Arolas lo miró. Por un momento brillaron sus ojos con la luz diminuta y fugaz que le empuñecía la mirada. Pero la apagó rápidamente, como asustado de la hoguera que iba a encender.

—Supones bien —contestó tranquilamente. En lo que yo me he equivocado es en haberte creído amigo mío.

—¡Pero, hombre, Paco...! —volvió a interrumpir el marqués, emocionado.

—Déjalo, déjalo —decía el vizconde—; verás como resulta que yo soy el culpable.

—Tú eres el único culpable —afirmó Arolas— de esta escena ridícula. Los demás no la

hemos provocado. Te debió bastar, si eras un amigo, con saber que era cosa mía lo que se te contaba.

—¡Claro! —añadió Joaquín Morales, sin dejar de teclear en la mesa.

—El procedimiento es muy cómodo —contestó el vizconde, esforzándose en reír—: yo me burlo de ti, pero, como soy yo quien se burla, tu no debes enfadarte.

—Así es —dijo fríamente Arolas.

Puesta la discusión en este terreno sentimental, tan propicio a las rectificaciones, y al calor de una animada sobremesa, todos llegaron al poco rato a un unánime acuerdo: allí no había sino amigos, que no podían dejar de serlo por tonterías. El marqués era el primero en congratularse por esta armonía, procurando, de paso, llevar la conversación por otros cauces. Evitaba, de esta manera, un nuevo choque entre los dos amigos, a poco que se borrara, con las copas consiguientes para celebrar la concordia, el pálido momento de la efusión. Morales, sin

embargo, cometió una indiscreción imperdonable. Cuando parecía olvidado el incidente, dijo a manera de resumen:

—¡Y pensar que han estado ustedes a punto de reñir por supuestas burlas cuando, a mi juicio, el único que se ha burlado de nosotros ha sido Mr. Bright.

Arolas levantó la vista de su vaso, que acababa el vizconde de llenarle, y la clavó fijamente en Joaquín. Joaquín removía una de sus dudas.

—¿Crees tú? —preguntó sin alterarse.

—¿Que Bright se ha reído de nosotros? —preguntó también el marqués, sumido en la mayor de las sorpresas.

Manolo no dijo nada. Pareció sonreírse de un modo especial, que no le escapó a Joaquín.

—Yo no estoy seguro—replicó Morales—; no puedo estarlo; pero se me ha ocurrido a veces el pensarlo: ¿y si Bright fingió que lo engañábamos para aprovecharse de la aventura?

—¿Es posible? —dijo el marqués, más y más sorprendido.

—Yo no sé si es posible, pero no he conseguido explicarme claramente lo ocurrido. Que Bright es tonto, no me cabe duda; pero que no tenga ojos, que no haya notado el engaño me parece difícil de creer.

—Sin embargo —repuso gravemente el marqués olvidando todas sus prudencias—, el parecido es exacto; a nosotros mismos nos ha sorprendido.

—Sí, es verdad —admitió Morales—, pero no basta para confundirlas. Hay diferencias esenciales de gestos, de educación —añadió dirigiéndose al vizconde, como dedicándole el cumplimiento.

—¡Pero, hombre —exclamó triunfante el marqués—; si sólo se han visto un momento! No tuvieron apenas tiempo de hablarse.

Joaquín miró al marqués como quien guarda su última arma. Los demás se dieron cuenta y se aprestaron al final de aquel duelo.

—Es que eso no es verdad —afirmó Morales bajando la voz—; es que se han visto otras veces, es que han seguido hablando.

El marqués se rindió con una última exclamación de asombro. Arolas murmuró:

—Lo suponía.

—De manera —siguió Morales, gozoso por su triunfo— que o se fingió engañado desde el principio o se finge ahora. De cualquier modo se ha reído de nosotros.

—O pudiera también suceder —se oyó decir al marqués con un tono quejumbroso— que no se finja engañado y sea simplemente el querido de Victoria. En cuyo caso, le hemos servido de alcahuetes.

Arolas destrozaba entre sus dientes un paliillo dándole vueltas inverosímiles. El vizconde, por el contrario, reflejaba en su sonrisa tal placidez, que dijérase encantado de lo que oía.

—Por lo visto es un pollo de cuidado —dijo alegremente.

—Mañana lo sabremos —contestó Arolas, levantándose.

Salieron los amigos a la calle y se despidieron a los pocos pasos. Arolas se fué en busca de la prójima. A la madrugada, de vuelta de las Ventas, empezaron en el cuarto las confidencias, que duraban hasta bien entrado el día. La individua, en camisa, hacía el café sobre una silla, mientras Arolas, tendido sobre la cama, se adormecía con un diluvio de palabras.

Sí, Victoria, ya la conocía. Mucho postín ahora y, total, había sido como todas: una de tantas. Fueron compañeras, aunque Victoria era más vieja, bastantes años más. Después la perdió de vista. Alguna vez se habían encontrado, pero le molestaba mucho aquel saludo suyo tan afectuoso, con aquella sonrisa como queriéndole decir: “Ya ves tú a lo que he llegado”. Y todo porque a la gente le había dado en decir que era muy guapa, y, total: un cabello rubio, unos ojos bonitos, y pare usted de contar. A la gente le gustaba mucho el pelo rubio,



todo lo que parecía “de fuera”; pero ella prefería las mocitas sevillanas, morenitas y limpias. Pero, lo que es esa, tenía el alma negra. ¿Sabía lo que hizo a Joaquina, la encargada de la casa? Pues le debía un dineral desde hacía la mar de tiempo. Joaquina se lo reclamaba siempre, porque andaba últimamente muy mal de cuartos: unas trampas, unos empeños. La otra, como si nada; muchas veces ni le contestaba y, cuando lo hacía, era para decirle que esperara, que no tenía dinero. ¡Cómo si se pudiera vivir sin dinero en la forma que ella vivía! Total, que la pobre Joaquina se vió acosada por sus acreedores. Fué a ver a Victoria y esta le hizo una escena de llantos y ruegos. Por supuesto, todo preparado. Le habló, me parece, hasta de un inglés muy rico al que va a arrimarse ahora, por lo visto. Y la simplona de Joaquina se lo creyó y le dió más plazo. Ahora se ha tenido que marchar de casa, por huír de las deudas, y se ha metido en esa taberna que hay frente a los muelles y que se llama LIVERPOOL. Ella pien-

sa hacer dinero porque allí hay mucho negocio, pero ¡qué sitio! ¡No van más que marineros “de fuera” y gente borracha!

Arolas levantó la mano y descargó un golpe en la nuca de la individua, que casi derrama el café que estaba bebiéndose.

—¡Cállate ya y acuéstate! —dijo—. Hablas más que una cotorra.

Se levantó a la tarde, más temprano que de costumbre, y Arolas se dirigió a la taberna en busca de la Joaquina. Preguntó por ella y le hicieron pasar, por una puerta medio oculta, a unos departamentos de dudoso servicio. Las habitaciones, en su mayoría, estaban miserablemente amuebladas; algunas de ellas, más espaciosas, con unas mesas alargadas en su centro, revestidas por grasientas cubiertas a través de las cuales se traslucía, sin embargo, la esperanza descolorida del paño verde. En un búcaro, como olvidadas, relucían unas fichas de hueso viejo, con sus números y signos cabalísticos.

Llegó la Joaquina y se fué con Arolas a un rincón de un pasillo obscuro que ventilaba los cuartos, donde hablaron, en pie, durante largo tiempo. Al despedirse, Joaquina parecía muy emocionada. Arolas decía:

—Ya sabes; cuando yo te avise, la haces venir aquí para arreglar el asunto de la deuda, amenazándola con un escándalo si no viene. Verás como cobras: o te paga ella o te pago yo, de todos modos.

Joaquina sólo pudo articular, entre lágrimas:  
—¡Paco!

Arolas salió de la taberna, ya de noche, y tomó el camino de Labradores. Necesitaba un centro de información.

## VII

Los primeros días que siguieron a la cita fueron muy penosos. Bright no recibía noticias y se pasaba las tardes y las noches vagando por la ciudad, sin rumbo fijo, sobresaltado de continuo por la cercanía de alguna casa que antojábasele, de pronto, la de Isabel. Atisbaba por las ventanas, por los zaguanes; subía la mirada hasta las altas azoteas. Después cruzaba inquieto la calle, volviendo la cabeza, con ese andar especial del hombre que se siente invisiblemente seguido por los ojos de la amada. Ya cansado, volvía sus pasos al hotel, cargado de enorme pesadumbre, sintiéndose naufragar en la triste inutilidad de sus paseos. Por último, una mañana, recibió noticias de Isabel. Volvía a citarlo por la noche, pero no en la mis-

ma calle de la primera cita, abierta a todas las curiosidades y ruta franca a todos los rumbos, sino en una plazoleta callada, lugar de arribo y no de paso, reecogida y silenciosa, al amparo de una gran muralla, que amortiguaba los ruidos callejeros, infundiendo a la plazuela, a todo el contorno, un aire de intimidad, un ambiente doméstico, como de patio olvidado y perdido en el intrincado laberinto del barrio. Bright elogió el sitio. Le entusiasmaba aquel reposo, aquel apartado goce del silencio en la contemplación insaciada de Isabel, más bella cada noche, blanca y misteriosa en su aparición como el hada de aquel lugar, de aquella oculta maravilla.

Victoria hubo de explicárselo. Tampoco era su casa. Pero estarían más seguros aquí, más lejos de las indiscreciones, más escondidos. Bright no insistió. Gustaba de aquella especie de complicidad.

Al principio fueron las citas por la noche, en la pequeña plazoleta, pero, en una de ellas, Vic-

toria empezó a hablar de verse por las tardes. Eran sus horas más libres. Además, tenía un especial interés, un interés vivísimo, en que hablaran de día, a plena luz del sol. Estas eran las ventajas del sitio escogido: podían hablar a cualquier hora sin temor a que los molestaran. La plazuela estaba siempre callada, durmiendo su soledad. Bright aceptó: vendría al siguiente día por la tarde.

Otro motivo tuvo Mr. Bright para no olvidar la hora de aquella nueva cita. Fué un suceso sin importancia, al que apenas prestó atención en un principio y que, más tarde, sin embargo, llegó a intrigarle desagradablemente haciéndole desear más que nunca la hora del encuentro. Fué una carta anónima recibida la misma mañana de aquel día. Decía así:

“Pregunte usted a una persona que ve todas las noches si conoce a Victoria, la Trianera”.

La alusión era bien clara. No podía ser otra que Isabel la persona que él veía todas las noches. Pero, ¿qué quería decir lo demás? ¿Qué

significaba esa curiosidad por saber si conocía o no conocía a esa mujer? Bright adivinó algo desagradable. No le agradaba, por lo demás, que le enviaran cartas sin firma.

—¡Fea costumbre! —pensó.

Y rompió la carta con cierta repugnancia.

A la tarde se encaminó a la plaza. Victoria le esperaba impaciente. Cuando le vió llegar, se puso en pie detrás de la reja, descubriendo su figura casi por entero. Bright, un poco turbado, contempló la aparición.

—Ricardo —dijo Victoria desde lo alto, con una insospechada gravedad en la voz—; fíjate bien en mí. Quiero que me mires mucho y que después me digas lo que piensas.

Bright estuvo un largo rato mirándola, sorprendido y risueño. Victoria parecía muy nerviosa.

—¿Qué piensas, di? —preguntó, sin poder contenerse.

—¿Qué pienso? ¿De verdad? —preguntó

Bright a su vez, como quien teme descubrir una censura.

—Sí, de verdad —volvió a decir Victoria ruborizándose—. No te importe decírmelo.

—Pues, bien, siéntate aquí —pidió Bright para su confesión. Después, bajando la voz, añadió: —Me pareciste que no eras tú.

Victoria inclinó la cabeza, avergonzada.

—Sigue —murmuró.

—Nada más —concluyó Bright.

Victoria levantó los ojos. Se hizo un silencio.

Victoria volvió a decir:

—¿Nada más? ¿Y si realmente fuera yo otra persona?

—No comprendo.

—¿Si realmente fuera yo otra mujer distinta?

—Eso no es posible —dijo Bright—; tú no puedes ser sino tú misma.

—Bien. Pero, ¿si yo fuera de otra manera?

—Eso no es posible —repitió Bright—. Tú eres así, de una sola manera, como yo te veo.



—No es eso, no es eso —replicó Victoria—. Fíjate bien: ¿si yo no fuera como tú crees, sino de otro modo?

Bright la miró sonriendo. De eso sí estaba seguro. Ella era como él la creía, como se la había figurado siempre, como él la había soñado desde hacía muchos años, muchos antes de conocerla. Lo demás: cómo la conoció, el lugar en que estaba, sus amigos, sus padres, el duelo, ¿eso sí era distinto! Pero ella, Isabel, era la misma, idéntica, nacida de su sueño y por él creada. ¿Qué si estaba seguro? ¿Cómo no iba a estarlo, si era su propia obra, engendrada por él, fruto de su vida y de su sueño? Ahora lo veía mas claro. Isabel estaba junto a él desde aquellos días del colegio, desde los días más lejanos de su infancia. No se le había separado nunca. Fué la constante creación de sus ocios, su obra maestra. ¿Cómo no iba a ser como él pensaba, si él la pensó así, tal como era?

Victoria le oía entristecida; no se hacía entender. Aquello era verdad, desde luego. Bas-

taba que él lo dijera con esa convicción que la asustaba. Pero, lo que ella necesitaba saber era otra cosa, otra cosa más simple.

—¿Qué pensarías tú —volvió a preguntarle— si supieras ahora que yo no me llamaba Isabel; que me llamaba, por ejemplo, Victoria?

Bright recordó el anónimo. Quiso hacer una pregunta y no pudo. Después, sonrió.

—¿Qué pensarías?

—No pensaría nada.

—¿Creerías, entonces, que yo era otra persona?

—No; tú siempre serías la misma.

—¿Y si yo fuera —se atrevió a decir Victoria, jugándose la última carta— una mujer que te había engañado, una mujer mala?

—De eso también estoy seguro —interrumpió Bright—. Tú no puedes ser mala.

Quedaron los dos en silencio. Bright sentía las palabras del anónimo quemándole el cerebro. Tampoco el anónimo era verdad. Era una triste mentira del mundo.

—¿No has oído hablar nunca —dijo al cabo Victoria— de una mujer que llaman la Trianera?

—Nunca —murmuró Bright.

La noche empezaba a caer. La plaza parecía empequeñecerse, ahogada entre las sombras por la pesada muralla del convento.

—¡Óyeme! —dijo de pronto Victoria, como agitada por un sobresalto— ¡Sácame de aquí, llévame fuera de Sevilla!

—Cuando nos casemos nos marchamos en seguida —le respondió sonriendo Bright.

—No, antes, cuando tú quieras.

Bright la miró asombrado.

—¿Qué tienes? ¿Por qué dices esas cosas?

Era verdad; Bright no sabía nada de ella, no podía conocer su vida. ¡Si la supiera! Ella necesitaba salir en seguida de la ciudad, sin perder un momento. Si no, tendría que quedarse para siempre, enterrada para siempre en aquel barrio. Ella quería vivir, ver mundo, gozar de la

vida, ser por lo menos, lo que había sido hasta ahora.

Bright se encontraba cada vez más sorprendido. Pero, ¿qué le pasaba para estar tan inquieta? Victoria tuvo que explicárselo, saltando sobre miles de obstáculos: la ruina, la ruina horrible que la consumía poco a poco. Ella no podía esperar nada de su familia, de nadie en el mundo. Estaba ya al borde de la pobreza, junto a la miseria.

Bright rió alegremente. ¿Y eso era todo? ¡Pobre Isabel y qué mal le oía! Ya le había dicho que él era muy rico. Con su dinero habría de sobra para los dos. Podrían vivir sin apuros, gozar de la vida, ver el mundo, viajar...

—Eso, viajar —interrumpió Victoria—. Me gustaría mucho salir de España, vivir fuera unos años, en cualquier parte.

—Nos llevaremos a mi madre con nosotros —dijo Bright.

Victoria enmudeció. Una sombra muy densa le cubrió todos los sueños. Eso no era posible.

Bright no entendía el porqué; su madre era muy buena, un poco caprichosa —ya se lo había dicho—, pero muy buena en el fondo. Precisamente tenía una carta suya en el bolsillo. Y buscó en su americana la cartera. Sacó la carta y se la entregó a Victoria. Victoria leyó el sobre: “Señorita Carmen...”

—¿Qué es esto? —preguntó extrañada.

Bright leyó también y pareció desconcertarse, balbuceando unas excusas.

—Espera un momento —dijo Victoria—. Antes de devolvértela dime qué significa esta carta.

—Nada... No tiene importancia... Ya te explicaré...

—Explicámelo ahora. ¿Quién es esta señorita?

—No la conoces... No es nada.

—Dime quien es.

Y en un ímpetu irresistible, Victoria rompió el sobre. Unos cuantos billetes de banco cayeron sobre su falda. No pudo contenerse y exclamó.

—O me explicas en seguida lo que esto significa, o me marchó.

Bright estaba avergonzado, sin saber qué hacer.

—Yo te lo explicaré todo. Verás como no tiene importancia. Fué hace unos meses, cuando yo vivía en el otro hotel, donde estaba una muchacha a mi servicio que se llamaba Carmencita. Era muy buena y me cuidaba mucho. Llegó hasta contarme su historia. La gente del hotel, por lo visto, encontraban mal que nos habláramos. Pensaron otra cosa y la despidieron. Yo le había hecho un daño, sin querer. Averigüé dónde vivía y, desde entonces, todos los meses le envié su sueldo bajo sobre, sin decirle quién se lo manda, para que no se ofenda. Es muy pobre; tiene una hija pequeñita. Eso es todo. Hoy me olvidé de mandárselo.

Victoria se acercó a la reja para mirar de cerca a Mr. Bright. Sabía que no la engañaba. Lo miró largamente, sin interrumpir sus excusas, con una nueva ternura en el alma.

Bright parecía conformarse con sus propias palabras. No tenía otra explicación que darle. ¿Estaba enfadada todavía?

—Acércate —dijo Victoria—; tienes que perdonarme mucho.

Bright volvía a reír, alegre y aturdido.

—Acércate tú también—dijo a su vez—; tienes que decirme cuánto me quieres.

—¿Cuánto?—preguntó apasionadamente Victoria, separándose de la reja.

Desapareció y, al poco rato, abrió la puerta de la casa que daba a la plazoleta. Hizo una señal a Mr. Bright. Bright se acercó, deslumbrado. Oyó que Victoria le decía:

—¡Entra!...

## VIII

AL cabo de unos días, Arolas explicaba a sus amigos el término de sus gestiones. Era la hora de un mediodía caluroso, hirviente, que filtraba sus vahos a través de las lonas suspendidas sobre las calles de la ciudad, curvándose con la densidad de los calores, entintando con sombras difusas las calles más estrechas, apagados sus ruidos con el enlosado tosco y uniforme, despiertos sus ecos, más tarde, con el canto febril de las aguadoras, de los vendedores ambulantes, con el canturrear monótono de los mendigos, con el diálogo lánguido de la flauta y el tamboril con que los rifadores anunciaban sus tesoros. Toda la parte de la ciudad en sombra, bajo el rebrillar apagado de los toldos, adquiriría un momento, a la hora de la siesta, la apa-



riencia remota de un arrabal judío, consumido y cansado, alterado su sueño de tiempo en tiempo por el tráfico de su mercado, por el paso de su comercio trashumante, pregonado a gritos.

Más abajo, en la Plaza Nueva, abierta y soleada, se cegaban todos los ruidos. En el patio fronterizo del Casino se adormecía, también, la tertulia, ante el culto espumoso de los refrescos. Arolas decía:

—No ha habido fundamento para sospechar nada. Bright sigue lo mismo, creyendo en su conquista. La otra, Victoria... esa va a lo suyo. Parece que el de Pamplona la ha dejado y piensa ahora consolarse con el inglés.

—De manera —interrumpió Manolo Hacha con su voz soñolienta—, que ese bárbaro sigue creyendo que me engaña.

—Eso lo sabremos esta tarde.

—¿Esta tarde? —preguntó Morales bostezando.

—Sí, esta tarde —respondió Arolas—. Ten-

go preparada una pequeña juerga a la que va a acompañarnos Mr. Bright.

El marqués despertó. ¿De qué se trataba? Seguramente sería de una nueva salvajada. Arolas protestaba de las palabras del marqués. Morales volvió a intervenir:

—Pero explícanos en qué consiste la juerga.

—Pues, ¿en qué ha de consistir? En lo que consisten todas las juergas: en vino, cantos, mujeres, y algún disgusto. ¡Valiente pregunta!

—¿Qué mujeres?

—Pues, mira tú, he estado dudando; pero, en vista de que las mujeres honradas iban a aburrirse, me he decidido por las otras. ¿Te enteras?

—Sí, hombre, sí; pero es que podrías tenernos preparada una sorpresa.

—Sí que la hay —repuso Arolas—. Hay una sorpresa, grande; sobre todo para mister Bright.

—¿Dónde va a ser? —preguntó Morales, enderezándose en su asiento.

—El sitio es otra sorpresa: un descubrimiento de última hora. Se trata nada menos que de LIVERPOOL, una magnífica taberna con todo el prestigio que merece.

El marqués volvió a protestar. Encontraba el proyecto escandaloso: ¡meterse en una taberna por la tarde, sabe Dios en qué taberna, a juzgar por el nombre, y beber hasta emborracharse, como marineros, rodeados de gente sucia...!

—Eso no —dijo Arolas—. Vamos a estar solos, completamente solos. Es decir, los presentes y Mr. Bright. Acaso nos acompañe también la Joaquina que está ahora allí de encargada... del bar. Va a ser una juerga en familia.

—De todas maneras —argüía el marqués—, es dar el escándalo. No olvidemos que Manolo está recién casado. Todo se sabe en Sevilla.

Manolo desvaneció los temores con un gesto de hombros desdeñoso. Por él no había cuidado. El marqués insistía, sin embargo, con sus más sensatos argumentos. Procuraba disuadirlos del capricho, a su juicio disparata-

do. Él, claro está, no había de pregonarlo, pero todo se sabría. ¡Una juerga así, en plena tarde, en una taberna del muelle! Arolas aseguraba ahora que no se trataba de una juerga ruidosa. Bien sabía él lo que hacía. El marqués no lo dudaba, pero había creído su deber poner los reparos más prudentes. En último caso, él, estaba dispuesto a acompañarlos por si pasaba algo, por si su presencia era necesaria. Los demás sonrieron. Quedaron, en fin, en ir a las cinco al hotel a buscar a Bright, hora que fijó Arolas después de algunos cálculos allá en su mente.

En cuanto a Bright, amaneció aquel día con una amarga tristeza. Se despertó tarde, bien entrada la mañana, con esa especial sensación de ahogo que nos asalta, a veces, después de una pesadilla. Sin embargo, no recordaba haber soñado. Aquella sensación, más bien, era producto de su despertar, tal vez del crudo contacto con la luz que se le entraba por la ventana. Quiso cerrarla, pero no se movió. Le vagaba la mirada por todo el cuarto, por las paredes, como

en espera de algo extraordinario que necesitaba su tristeza. Después, cerró los ojos, pensativo, hasta sumergirse en un mar de amargura. Decididamente, había una causa, próxima o remota, que influía en su ánimo de tal manera. La buscó afanoso, con un deseo tenaz de encontrarla, pero no pudo. Tropezó, por el contrario, en sus adentros, con una serie de recuerdos, todos de igual índole, felices, prometedores. Y no consiguió vencer, sin embargo, la gran tristeza que le dominaba.

Abrió los ojos y los fijó obstinadamente en la claridad de la ventana. El verano —pensó— debía estar ya adelantado. Poca gente quedaría a estas horas en Sevilla. Él debió también marcharse antes de que empezaran los calores. Lo pensaba ahora por primera vez y se asombraba. Debía ser el mes de julio. Hacía mucho calor. Volvió los ojos a un rincón en sombra del cuarto. Sí, marcharse; su madre estaría disgustada. Él no escribía hacía tiempo. De pronto, se incorporó en la cama, una angustia muy

s. Del documento, sus autores. Digitalización realizada por ULPGC - Biblioteca Universitaria, 2008

grande le apretaba el pecho. Miró a la puerta, creyendo que alguien llamaba.

—Adelante —dijo.

Escuchó largo rato. El hotel estaba en silencio, como a la hora del mediodía. Miró el reloj: las doce. De un salto dejó la cama. Era una mala costumbre esa de levantarse tarde. De ahí le venía su tristeza: de su pereza y de su sueño. Pero ¡se acostaba a unas horas! Quiso consolarse, y no pudo. Se hundía a cada momento más y más. Se bañó y se vistió despacio, a desgana, pensando a disgusto mil cosas indiferentes. Luego, casi vestido, se animó un poco recordando la cita de aquel día. Pronto, no obstante, volvió a invadirle aquel desasosiego.

—Adelante —repitió, mirando la puerta.

Nadie respondió. La abrió de un golpe y salió al pasillo. El pasillo estaba desierto. Echó a andar por él y bajó las escaleras distraído, huraño. Se sentó en el patio a esperar la hora del almuerzo. Le pareció que un amigo suyo, de Londres, estaba sentado en el otro extremo.

Se levantó a saludarlo y, al aproximarse, comprendió que se había equivocado. No era su amigo. ¡Qué ocurrencia tuvo! ¡A quién podía ocurrirle que viniera nadie a Sevilla en este tiempo! Cogió un periódico y empezó a hojearlo. Leyó unos artículos largos sobre administración. Eran cuentas del Estado, que no resultaban muy claras, según el articulista. Se interesó en el asunto. Después arrojó el periódico con gran desdén. Al artículo le faltaban datos concretos, estadísticas. Sin estadísticas no era posible hablar de administración. Pero, decididamente, aquel que estaba sentado allí era su amigo. ¡Cómo se le parecía! Recordó más tarde que su amigo no era tan grueso, ni usaba bigotes... Pero, se parecían, se parecían de todas maneras.

La hora del almuerzo llegó. Bright volvió a subir las escaleras y entró en su cuarto. Al cabo de cierto tiempo pareció recordar algo y bajó al comedor. Estaba desesperado.

Poco antes de las cinco llegaron sus amigos.

Venían a invitarle. Bright se excusó primero de asistir pensando en su cita, pero los amigos no podían insistir con más afecto. Se trataba sólo de pasar un rato juntos. Mr. Bright los tenía olvidados. Además, se le necesitaba para inaugurar un nuevo sitio pintoresco que se llamaba nada menos que LIVERPOOL. Bright no podía faltar tratándose de ese homenaje. Era cuestión nacional. Bright se excusaba sonriendo, agradecido a las bromas cariñosas de sus amigos. Efectivamente, el gran puerto lo merecía todo. Ofrecía, desde luego, su entusiasmo por la causa. Y hasta les acompañaría un rato —rectificó de pronto, sin darse cuenta—. En realidad, por lo que le contaban, la taberna debía estar muy próxima. La cita, además, era a las seis y media. Podía pasar una hora en compañía de sus amigos. Recordaba, también, su tristeza de aquel día, su humor, su desaliento. Sin duda alguna le convenía aquel rato. Salió gozoso del hotel, dispuesto a ahuyentar su melancolía. Pero, a los pocos pasos, tuvo un encuen-



tro enojoso. Saludó al vizconde de Hacha que, por lo visto, estaba esperándoles en la calle. Bright dijo dos o tres frases de cortesía y el otro se excusó de no haber entrado. Se había detenido hablando con un amigo. Siguieron juntos, a pie, camino de los muelles. Bright estaba desconcertado con el encuentro. Desde la escena del duelo apenas se habían visto. Cambiaban un saludo muy ligero, de pura fórmula, casi sin mirarse. No es que Bright le guardase rencor, pero, últimamente, el asunto de Isabel los separaba irremediamente. Bright sospechaba la enemistad del vizconde. ¿Es que ahora iba a olvidarse todo, entre los amigos, a borrarse la antigua huella? Mejor era así. Bright se sintió aliviado.

Llegaron a la taberna. LIVERPOOL, ese amplio nombre de grandezas, no cubría, por el momento, sino una cueva inmunda, la clásica taberna de puerto de mar, de río en este caso, donde se expende principalmente ginebra y tabaco de contrabando. Ofrecía, sin embargo, esta de

ahora, ciertas innovaciones notables: un salón espacioso para beber y bailar; salas, más reducidas, para jugar y perder; y, por último, como término de tantos afanes, unas alcobas misteriosas para dormir y descansar, amén de interioridades. Todo este sistema exigía una especial organización. Dentro de la unidad que representaba, como símbolo inmutable, el nombre glorioso del gran puerto, cada departamento, llamémoslo así, conservaba su vida autónoma, su conducta o costumbre, el culto a su índole, si bien la mutua dependencia se regulaba por los altos intereses de la comunidad. Materialmente estaban asimismo separados. Una puerta, hábilmente trazada, comunicaba la taberna propiamente dicha con los lugares de recreo. Para llegar hasta éstos era preciso atravesar todo el salón, a través de mesas y de mostradores, sufriendo de continuo la múltiple tentación de las botellas. Pero, si hábil y disimulada era la comunicación de que hablábamos, más intrincada y laboriosa se presentaba la que unía

los lugares de recreo con los más íntimos rincones de la casa. Las alcobas habían de buscarse por el obscuro pasillo, torciendo infinidad de veces la dirección de los pasos, abriendo y cerrando puertas, marchando otra vez por las sombras de un inmenso cuarto desierto, resto de almacén, desembocando, por último, en un patio interior de servicio, de tan penetrante humedad, que desvanecía por momentos los sentidos, haciendo buscar el apoyo de la escalera, estrecha y quejumbrosa, que conducía a las habitaciones superiores. Dentro de los cuartos, la miseria no se mostraba por sus jirones, sino por la más fría desnudez y desamparo.

Esta era la parte del negocio que regentaba la Joaquina. De la taberna y el juego cuidaba, alternativamente, el propio amo. Se había reservado, para estos dos delicados componentes del negocio, los privilegios de su inspección personal. Al principio fué él solo quien asumió la total dirección del establecimiento, complicado mecanismo que, por sus di-

## EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE

versos engranajes, no podía atender como debiera. Así lo comprendió al cabo de algún tiempo y se decidió a segregar del cuerpo común, aunque siempre dependiente, el factor más ingrato del negocio, las mujeres, que encomendó a la sabia tutela de Joaquina, reservándose, en todo caso, la más suprema de las inspecciones. En cuanto a la clientela, constante y rumbosa, se la surtían los muelles inmediatos, los barcos cansados y silenciosos que remontaban el río, el indudable incremento del puerto sevillano, el Guadalquivir, padre de todo progreso, y la policía. Todo estaba previsto de antemano, con ese atinado orden que requieren siempre las difíciles especulaciones. En cuanto al nombre, surgió, naturalmente, como síntesis de aquel mundo diverso, de diversas radas, de alineadas bahías para refugio y seguridad de los viajeros. Era, además, un nombre evocador. LIVERPOOL, ya que no rico y potente como su homónimo, bien podía pasar, a

poco que se meditara, por una indudable predilección de los marinos.

Los amigos entraron en la taberna, hundiéndose poco a poco por la ancha escalera que conducía al salón subterráneo desde la calle. Para mayor confusión en la topografía, los dos primeros departamentos —así los hemos llamado— se asentaban sobre un plano que había mas tarde que rectificar, con nuevos escalones ascendentes, al entrar en los dominios de Joaquina.

Atravesaron el salón, y Arolas se separó un momento del grupo para hablar con el mozo, que sustituía al dueño a aquellas horas. La taberna se animaba sólo por las noches. Durante las horas del día permanecía callada, con su piso recién humedecido, como un rincón de apetitosa sombra frente a la violenta claridad del río. Los amigos penetraron por la puerta misteriosa en un largo pasillo, y de allí, a una de las habitaciones, la más espaciosa, completamente a oscuras. Hubo necesidad de encender el carburo, que lanzó sus resplandores lívidos

sobre las paredes, sobre la estera usada y retorcida, sobre el techo recién pintado. Se mezclaba el olor de la lámpara con el de la pintura fresca, de acre y voluptuoso perfume, despertando recuerdos inverosímiles, de confusa definición.

Sentáronse alrededor de una mesa, nerviosos, contrariados, y pidieron un par de botellas. Todos sentían una sed imperiosa. Vino, vino es lo que hacía falta. Hasta el mismo Bright confesaba su sed; ahora, que no se explicaba la eficacia del vino. Hubiera pedido otra cosa.

Trajeron las botellas. El vizconde se entretuvo en abrirlas, despidiendo al mozo, mientras Arolas desaparecía por el pasillo cerrando la puerta del cuarto. Empezaron a beber. Cuando Arolas volvió, de las dos botellas en pie sólo quedaba una. La otra rodaba vacía por la mesa, como un ahogado sobre las olas. Arolas volvía contento. Bright bebía un vaso de agua con unas gotas de vino. El vino solo le irritaba. Hacía demasiado calor. Los otros pidieron más bebi-

da, con un afán precipitado de alegrarse. El marqués protestaba de aquel modo de beber sin medida y sin tino. ¿Y las mujeres? Las mujeres vendrían ahora, se estaban arreglando.

—Por supuesto —explicaba Arolas—, no hay que esperar grandes mujeres. ¡La verdad es que el sitio!...

Morales creía lo mismo y daba vueltas con la mirada a la habitación, comprobando la calidad del lugar.

—Esto es horrible —afirmó el marqués.

—No tanto —exclamó Morales, en quien el vino empezaba a hacer efecto—. En estos sitios, a veces, se suelen encontrar grandes cosas. ¿No es así, Paco? —concluyó, haciendo un guiño.

—Veo que tú sabes distinguir —contestó Arolas—. Las mejores mujeres de Sevilla me las he encontrado yo en estos sitios.

—Me parece que exageras —sugirió el marqués.

—Nada de eso. Tú no sabes de estas cosas.

Hay muchas mujeres que vienen aquí precisamente porque a nadie se le ocurriría pensar que pudieran venir. Estos sitios son la mejor garantía para las casadas, para las comprometidas...

—Ninguna mujer casada es capaz de venir aquí —aseguró el marqués.

—¿Ninguna?

Arolas bajó la voz:

—Hay una esta tarde.

Morales y el vizconde soltaron la carcajada. El marqués los miró desdeñosamente, sin comprender la causa de la risa.

—Este es un sitio miserable —dijo—. Lo que venga aquí es de lo último.

Bright estaba disgustado. Sentía como un creciente malestar, que le impedía estar contento, alegre, celebrando las risas de sus amigos. Hubiera querido marcharse. Miró el reloj.

—Y hablando de otra cosa —dijo el vizconde, ya calmado, llenando una vez más su vaso—; ¿cómo le va al señor Bright por Sevilla?



—Míster Bright —se apresuró a decir Morales, aunque con cierta dificultad en las palabras—, es un tío con suerte. Me parece que ha encontrado lo suyo.

Bright se ruborizó balbuceando unas palabras.

—¿Es cierto eso, señor Bright? —preguntó el vizconde.

—A mí me han dicho —intervino Paco Arolas—, que se las entiende con una mujer muy guapa. No sé quién es ella.

Bright lo negó. Habíase quedado confuso, aturdido, con aquella conversación inesperada ante el vizconde. El sitio además le repugnaba para hablar de Isabel. Prefería que hablasen de otra cosa. Pero Arolas insistió.

—Y me han contado más —dijo—. Me han dicho que el amigo Bright pela la pava como un buen sevillano.

—Amores honestos —murmuró el marqués, mirando a Mr. Bright.

—No, ahí está lo gracioso —añadió el otro—.

La reja es sólo para despistar. Cuando llega cierta hora, el amigo se cuele.

Bright miró a Arolas, indignado, pero se contuvo enseguida. No estaba seguro de haber entendido bien.

—¡Vamos! —intervino Morales, atragantándose—. ¡Dejar en paz a Mr. Bright! Cada uno hace lo que puede.

El vizconde bebía en silencio. Poco a poco se le iba oscureciendo el semblante, tomando una expresión rencorosa.

—Creo que a mí me han contado también —dijo al cabo de un momento— algo de esa aventura de Mr. Bright. Parece ser que se trata de una muchacha conocida, que estuvo a punto de casarse. ¡El novio debe ser un imbécil! —concluyó, con una rabia taciturna.

—Pues según mis noticias —dijo a su vez Arolas—, no se trata de una muchacha, sino de una mujer hecha y derecha. Parece ser que le gustaba mucho a uno de los amigos de Bright,

pero éste se le adelantó. ¡Esto le pasó al amigo por fiarse demasiado!

El marqués entendía ahora. Recordaba aquella escena de la reja, en casa de Asunción, que tan buen rato le había hecho pasar; aquellas escenas más lejanas del duelo, de los preparativos. ¡Todo había pasado ya! Pronto arreciaría el verano y se dispersarían los amigos; acaso alguno no llegara al otoño. Él era el más viejo. Llenó su vaso y bebió. Morales dormitaba sobre la mesa.

—¡Un imbécil! —repetía el vizconde, como hablando consigo mismo.

Después empezó a reír y a empujar la mesa sobre el marqués. Morales levantó la cabeza.

—Me parece que oigo pasos —dijo.

—Silencio, señores —pidió Arolas.

Se oyó al fondo del pasillo el ruido de una puerta al cerrarse.

—Son las mujeres —dijo—. Vamos a sorprenderlas.

Y abrió de un golpe la puerta del cuarto. To-

dos miraron al pasillo. Victoria se detuvo sorprendida. Bright se levantó de un salto del asiento y quedóse en pie, inmóvil, profundamente pálido. Victoria entró apresuradamente en la habitación, pero se contuvo a los pocos pasos y dijo con mucha calma, volviendo la cabeza hacia Joaquina:

—¿Qué significa esto?

Joaquina bajó la cabeza y desapareció. Victoria, entonces, se dirigió a los amigos:

—¿Qué significa esto? —volvió a preguntar serenamente.

—Esto significa —dijo Arolas, rompiendo el silencio—, que vas a beberte una copa con nosotros.

Victoria lo miró con extrañeza. Luego fijó la vista en Mr. Bright. Bright la miraba asombrado, como un loco, con una mirada desorbitada y quieta.

El vizconde se levantó tambaleándose, con un vaso en la mano.

—¡Oye, tú! —dijo a Arolas, con voz de man-

do—. ¡Que yo no tolero que nadie ofrezca nada a mi mujer!

Victoria no lo oía. Habíase quedado a la entrada del cuarto, como hipnotizada, pendiente de los ojos de Bright. Empezaba a comprender aquella mirada angustiada, de alarma. El vizconde se le acercó y le puso una mano en el hombro. Victoria no se movió. Bright la miraba siempre, como un obsesionado. Su semblante era ya lívido, desencajado, perdida toda la expresión a fuerza de sufrimiento.

—Bébetelo —le ofreció Manolo, cogiéndola por un brazo.

Victoria se estremeció.

—Anda, bébetelo —insistió el vizconde apretándole un brazo.

—¡Suéltala! —dijo de pronto Mr. Bright.

Todos se volvieron sorprendidos. El vizconde no podía creer lo que oía.

—¿Qué ha dicho? —preguntó asombrado, sin soltar a Victoria.

—¡Suéltala! —repitió Bright con decisión.

Manolo no pudo contener una carcajada a la que hicieron coro los amigos. Sólo el marqués parecía un tanto nervioso.

—¡Oye, tú, inglés de m...! —dijo luego el vizconde, poniéndose serio y con un tono de gran soberbia—. Yo hago lo que me da la gana. ¿Te enteras?

Bright dió un paso atrás y sacó una pistola.

—¡Suéltala! —dijo, esta vez apuntando al vizconde.

Todos retrocedieron asustados. Manolo no se movió. Su cara reflejaba por momentos una indignación creciente y, de pronto, en un impetu salvaje, como un animal furioso, cogió a Victoria por el cuello, la atenazó con sus dedos y dijo a gritos, zarandeándola:

—¡Fíjate, fíjate bien! ¡ A pesar de todo, de ti, de tu pistola, la cojo y la abrazo y la beso y hago con ella lo que me da la gana, porque para eso es una...!

Bright disparó. El vizconde soltó a Victoria, fué a apoyarse en la mesa y cayó de rodi-

llas en el suelo, con los ojos muy abiertos. Victoria, despavorida, como dándose cuenta, al fin, de lo que pasaba, corrió a Mr. Bright, lo cogió por una mano y lo arrastró al pasillo.

—¡Corre! —dijo precipitadamente.

Y sin soltarlo, se precipitó hacia la puerta que comunicaba con la taberna. La abrió con la misma carrera, empujándola con el cuerpo, atravesó como en un vuelo la taberna vacía, subió los escalones y se lanzó a la calle. Corría hacia Triana, hacia su barrio, siguiendo el pretil del paseo, a lo largo del río. Corría mucho, mucho. La mano de Bright se aflojó. Victoria quiso animarlo, volviendo la cabeza. Bright cayó junto al muro.

No hemos de olvidar —resumió Alvaro, terminando su relato— que la vida de Bright carece, como decía, de determinado heroísmo, de verdadera historia. Lo dije con anterioridad, pero he de insistir de nuevo sobre este punto, tan importante en la vida de nuestro amigo. Bright no se supera nunca. Cuando más tenaz vemos su esfuerzo, cuando adivinamos su personalidad, vacilante, en vísperas de una decisión, cuando sus facultades todas están preparadas, dispuestas para el cambio, la fatalidad, esa vieja enemiga que jamás lo abandona, le sale al paso, lo detiene y lo disminuye. Bright,



carne hecha espíritu, alcanza quizá sus goces; pero Bright, carne hecha de carne dolorida, fracasada y muere. La tierra, suelo histórico, no puede recoger sus frutos; son frutos perdidos, abstracciones, pensamientos, a lo más, que se pierden impalpables en la confusa vorágine del mundo.

—No tendré, por lo tanto, necesidad de explicar —añadió— el por qué la última de sus aventuras no tuvo ninguna consecuencia. Baste decir que no pasó absolutamente nada. O, dicho en otros términos, se echó al asunto la consabida tierra y se evitó el escándalo indudable, que tanto temía el marqués. El herido, por lo demás, curó bien pronto. La bala, a través de la pierna, había encontrado un camino llano, abierto, sin obstáculos alarmantes. El vizconde mismo lo comprobó, pasados los primeros momentos, al examinarse la herida, después del estupor causado por la escena.

—Sólo Bright quedó mal parado. Fué trasladado al hotel por los mismos amigos, que ha-

bían salido de la taberna, persiguiéndole. Lo llevaron en coche, lo instalaron en su cuarto y lo acostaron. Bright continuaba desvanecido. Al cuarto día se agravó. Los amigos tuvieron, aún, más atenciones con él. Gracias a sus influencias con el gerente, Victoria pudo entrar todas las noches en el cuarto de Bright, a altas horas, cuando los demás huéspedes dormían. Bright murió al noveno día, en una madrugada sin fin del mes de julio.

—Su entierro fué solemne. La estación no se prestaba a una “nutrida manifestación de duelo”, como escribieron los periódicos, pero puede decirse que cuantas personas de viso, de posición o de nombre se encontraban entonces en Sevilla, acudieron espontáneamente a la ceremonia y acompañaron conmovidos el último paseo de Bright, cuya popularidad era grande y merecida. Está enterrado en el cementerio de San Fernando, en su parte nueva. Lo cubre una lápida sencilla, con unas iniciales y una fe-

cha. Junto a la lápida crece un romero perenne y oloroso.

\* \* \*

Alvaro terminó su relato. Mr. Eales disimulaba su evidente turbación tosiendo fingidamente, con un pañuelo sobre la boca. Pareció muy interesado durante el curso de la narración. Aunque le quedaba por satisfacer una curiosidad.

—¿Y la señorita Isabel? —preguntó—. ¿Qué se hizo de ella?

—Para consternación de sus amigos —le respondió Álvaro—, la señorita Isabel abandonó a su marido a los pocos meses de casada. Claro está que Manolo era un salvaje, pero la decisión de Isabel, si es que la hubo, debió ser más sensata, más en armonía con sus costumbres y hasta con su nombre. Hoy está dedicada a una vida licenciosa, pública, de continuo escándalo, que hace estremecer en sus cimientos las ve-

nerables tradiciones de la sociedad española. La vi, la última vez, en Madrid, el pasado otoño, en compañía de Victoria. El destino, por lo visto, las unió. Recordé mucho a mister Bright. Efectivamente, el parecido era notable. Juntas las dos, formaban el amor unificado de Bright, esa vieja unión del alma y la materia, suprema expresión de belleza, que tanto ha perseguido el mundo a través de su arte y de sus filósofos. Ahora que, en el caso presente, hubiera sido difícil una acertada distribución de símbolos. ¿Victoria? ¿Isabel? Las dos vivían en el alma de Bright, inseparables. ¿Para qué separarlas nosotros? Bright —esto es lo único cierto— era un gran corazón.

—Era un buen inglés —afirmó Mr. Eales.

—¡ Oh, no! —protestó Álvaro alarmado— ¡Era todo, menos un inglés! Bright es el hombre de instintos, poco intelectual, atento siempre a la corazonada. No hay un cálculo en toda su vida. Su función cerebral es, también, pobre, de escasa aplicación. Bright es el

hombre sentimental, enemigo de toda inteligencia. Casi no pertenece a una comunidad de hombres. Nos parece extranjero, por que lo vemos desenvolver su vida en un medio bien acusado, Sevilla, y en tal ambiente, sus costumbres, su palabras, y hasta sus mismos gestos, han de destacarse más. Pero, en el fondo, Bright no es inglés, ni español; es el pobre diablo, el paria, el hombre sin tierra y sin amigos, sin patria y sin mundo; el hombre inepto, inútil, incapaz de servir para nada.

La conversación terminó. Salimos a la calle. La nieve había cesado de caer y el viento soplabá ahora por la plaza desierta, silenciosa, llevándose las últimas hojas de los árboles.

—Propongo —dijo Mr. Eales mientras andábamos, insinuándonos tímidamente su estado de ánimo, oprimido por la conversación— irnos ahora a un teatro alegre del West End, a cualquiera de ellos.

—Son las ocho —objetó Álvaro—. No tendremos tiempo si cenamos.

—Propongo el teatro —repitió Eales—. Cenaremos después.

Frente a nosotros se prolongaba la perspectiva eléctrica de Regent Street. Nos lanzamos decididos al mar de luz, en dirección al teatro.

—Bright —volvió a decir Mr. Eales al cabo de un momento, como exteriorizando el resumen de sus impresiones— tuvo gran parte de culpa en su fin desdichado. Aquella vida suya de desorden, su afán constante de aventuras, su afición a conocer gentes de toda clase, su misma pereza, su despreocupación por todo, hasta por su propia salud, su falta de ocupación en algo serio, su ir y venir inconsciente por la vida, no podían conducirle a otro destino que a aquel tan lamentable de su muerte.

En realidad, lo que deseaba Mr. Eales era mostrarnos las excelencias de su vida ordenada, quieta, consagrada por entero al trabajo, al cuidado solícito de su consulado, pendiente de los negocios del Imperio, encerrado en un celibato prudente, que no agriaba —¡al contra-

rio!— su carácter. Y mientras hablaba, Álvaro, cultivador eterno de la síntesis, creyó encontrar en las palabras de Eales como una especie de admiración, de velado entusiasmo, hacia la vida apasionada y ciega de Mr. Bright.

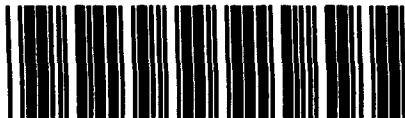
FIN

*Montaña de los Lírios.*  
*Gran Canaria, 1923.*

*Esta obra se ha terminado de imprimir en la imprenta de Rafael Caró Raggio, Mendizábal, 34, Madrid, el día 30 de mayo de 1924.*



**ULPGC.Biblioteca Universitaria**



**\*487750\***

**BIG 860-3 TOR en**